UNIVERSITY OF TORONTO
3 1761 01769372 2

LA ESTELA
DE UNA VIDA

Numa P. Sloma

LA ESTELA
DE UNA VIDA

POEMAS LÍRICOS

de

NUMA P. LLONA

Miembro correspondiente de la R. Academia Española
Miembro honorario de la Academia Colombiana, etc., etc.

PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1893

LIBRARY
NOV 11 1974
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
8219
L63E8

Guayaquil, Novbre 7 de 1891.

Señores Garnier Hermanos.
París

Distinguidos Sres míos:

Con el mayor gusto accedo al deseo de V.V. que me ha expresado, en carta que tengo á la vista, su Representante viajero, Sr. Hipólito A. Garnier, dándoles la autorización necesaria para hacer una edición de mis obras poéticas escogidas.

Deber es de todo escritor del Nuevo Continente propender á que se estrechen más y más los vínculos de confraternidad literaria

entre la que yá podemos
llamar gran familia de
poetas hispano-americanos,
y estimo como un medio
muy eficaz para conseguir
tal fin, la publicación
de sus obras en la justa-
mente acreditada "Biblioteca
Poética" de V. V., que
tán extensa circulación
tiene en América y en
España.

Esta consideración,
mas que ninguna otra, me
ha decidido á complacer
á V. V.

Grato me es, con tál
motivo, ofrecer á V. V.
la expresión de mi sincera aprecio.

Numa P. Llona

NUMA P. LLONA

Ni la estrechez del espacio de que disponemos, ni nuestra débil pluma, pueden permitirnos ofrecer á nuestros lectores un boceto biográfico digno del eminente poeta, honra del mundo americano, cuyo retrato viene á ocupar hoy un lugar preferente en la galería de *El Perú Ilustrado*.

Numa Ponpilio Llona no sólo ha brillado como poeta fecundo é inspirado; las arduas cuestiones de la diplomacia y la cátedra, han sido para él nuevos campos de labor, donde ha evidenciado sus altas dotes intelectuales, cultivadas con el estudio y la observación. Su vida, en la que la suerte parece que se hubiera complacido proporcionándole todo género de alegrías y toda clase de dolores, no ha sido hasta hace poco, sino ese batallar incesante del espíritu contra la materia, de

la voluntad contra los obstáculos. Y por eso Numa Pompilio Llona, poeta ilustre, diplomático notable y distinguido maestro, es también hombre de gran experiencia, que, á fuerza de luchar con las miserias de la tierra, ha llegado á adquirir ese carísimo, pero provechoso conocimiento de los hombres y de las cosas, capital de inmenso valor en las transacciones mundanas.

Tres naciones reclaman por suyo á Numa Pompilio Llona y las tres tienen para ello títulos bastantes : Ecuador, por que vió la luz en las alegres orillas del caudaloso Guayas; Colombia, porque el poeta en sus deliciosas comarcas vivió los placenteros días de su infancia; y el Perú, porque aquí concluyó sus estudios, compartiendo largo tiempo con nosotros las glorias y los reveses de la suerte. Pero ya sea Numa Pompilio Llona compatriota de Olmedo, de Arboleda, ó de Vigil, siempre será un timbre de honor para el mundo Americano y para los que estas líneas trazamos, motivo de justísima complacencia que esté hoy ligado á nosotros por los estrechos lazos de la familia que ha formado en el Perú.

En la simple relación de fechas que hacemos en seguida, hasta cierto punto innecesaria, puesto que son de todos conocidos los antecedentes del inspirado autor del *Canto de la vida,* podrán ver nuestros lectores los positivos servicios prestados por el poeta al Ecuador, su patria natal y al Perú, su patria adoptiva.

—

En Guayaquil, el año de 1832, en el seno de distinguidísima familia, nació Numa Pompilio Llona.

Su digno padre, el eminente abogado ecuatoriano don José L. Llona y su respetable madre la señora doña Mercedes Echeverry, se esforzaron para que recibiera la esmerada educación que correspondía á la posición social de la familia y á las notables disposiciones que desde sus más tiernos años demostrara.

En 1836 se trasladó con sus padres á Cali, ciudad del Estado del Cauca (Colombia) en el que la familia de su señora madre tenía algunas propiedades.

Y fué así como el señor Llona hizo sus primero estudios en el Colegio de Santa Librada de Cali en el que permaneció hasta la edad de 13 años revelando cualidades sobresalientes. Á los 11 años según don Rafael Peña, compuso el señor Llon su primera poesía.

En 1846, cuando aun el joven poeta no habí cumplido 14 años, vino á establecerse con s familia en Lima, continuando sus estudios en Sa Carlos, con tan brillantes resultados que á lo 20 años, es decir en 1852, se recibía de abogado

En 1853, fué nombrado catedrático de Estétic y Literatura general de la Universidad de Sa Marcos; habiendo sido sus discípulos, en los die años que en épocas distintas regentó esa cátedra muchos de los hombres que de entonces acá, ha figurado en el país.

Demás creemos detenernos en manifestar qu el señor Llona como profesor, demostró magnífica prendas.

En 1860 á 1862 ejerció el Consulado del Per en España.

En 1864 fué secretario del Congreso Ameri

cano reunido en Lima; pasando, una vez cerradas las sesiones de aquél, á servir el Consulado General del Perú en Italia.

Después del 2 de Mayo de 1866, el señor Llona fué comisionado por nuestro gobierno para presidir en Francia é Italia la construcción del monumento conmemorativo que se ostenta hoy en la portada del Callao; debiéndose á sus esfuerzos que ese monumento sea digno de la gloriosa fecha que recuerda.

En 1880 fué nombrado director del Instituto Nacional de Bellas Artes, Letras y Monumentos y miembro del Consejo Superior de Instrucción Pública.

Además de estos puestos de importancia, el señor Llona ha servido muchos otros cargos y comisiones de carácter municipal, beneficente etc., demostrando en todo caso su sincero afecto al país que lo había inscrito entre sus más dignos ciudadanos.

En 1883 se trasladó al Ecuador con su esposa, la distinguida escritora nacional doña Lastenia Larriva de Llona, de quien ya hemos tenido oca-

sión de ocuparnos, aunque sin haberle hecho toda la justicia que merece.

En el mismo año fué nombrado por el gobierno del Guayas Rector de la Universidad de Guayaquil, precisamente el mismo día que se le confería en Quito el cargo de sub-secretario del Ministerio del Interior y de Relaciones Exteriores y casi á la vez que el gobierno del Cauca (en Colombia) lo nombraba Rector de la Universidad de Popayán. Como ya había tomado posesión del primer empleo, no pudo aceptar ninguno de los otros dos importantes y honoríficos puestos; siendo reemplazado en el Rectorado de la Universidad de Popayán por el eminente estadista, escritor y repúblico colombiano don Sergio Arboleda.

Poco después el gobierno del Ecuador le encomendaba la dirección de la Escuela Nacional de Bellas Artes y de Artes y Oficios de Quito.

Á fines de 1844, fué acreditado como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Ecuador en Colombia, legación que desempeñó de 1885 á 1886.

Ya al hablar de nuestra ilustrada amiga la señora

Larriva de Llona, indicamos la honrosísima acogida que ambos dignos esposos merecieron de la culta sociedad bogotana.

Apenas conocido en Colombia el nombramiento del señor Llona como Ministro del Ecuador, los más importantes periódicos se ocuparon del esclarecido poeta en términos por demás elevados, distinguiéndose, entre otros, « La Voz Nacional » de Bogotá redactada por don Sergio Arboleda y don Rafael Pombo. Esas manifestaciones de simpatía fueron mucho más significativas á su llegada á Bogotá, mereciendo también de la *Academia Colombiana* la notabilísima distinción de ser nombrado *miembro honorario* de tan ilustrado cuerpo; el cual nombramiento se le comunicó por el secretario don Rafael Pombo en un oficio que es por sí solo timbre de legítimo orgullo para el diplomático y para el escritor.

Vuelto al Ecuador fué nombrado Rector del Colegio Nacional de San Vicente del Guayas, cargo que ha servido desde Agosto de 1886 hasta Enero del año en curso (1888).

Como se comprenderá, el señor Llona, en el

desempeño de los diversos cargos y comisiones que ha desempeñado, ha viajado en América y Europa, visitando en el viejo continente España, Francia, Inglaterra, Bélgica, Italia y Suiza, habiéndose puesto así en contacto con todas las eminencias de la época, y cabiéndole el honor de recibir manifestaciones muy honrosas de Víctor Hugo y de otros personajes de su talla y referencias de los órganos más acreditados de la prensa europea.

Numa Pompilio Llona, que desde sus más tiernos años demostró su vocación literaria; que desde la edad de once años principió á escribir, tratando con igual galanura é inspiración el verso y la prosa, ha producido tanto, que no nos sería posible ni aun indicar siquiera sus obras más notables, obras que después de todo, el mundo literario conoce bastante.

Sus poesías publicadas por los principales órganos de la prensa americana y europea, están reunidas en varios volúmenes, que ha impreso por séries en nuestra Capital, y otras, como los *Cantos americanos* (1865) en París, *Nuevas poesías y escritos en prosa* (1870) en Suiza, y *Noche de dolor en las montañas* (1872) en Italia.

En la prensa también, Numa Pompilio Llona ha hecho ver su clara y bien cultivada inteligencia. Redactor principal del decano de la prensa peruana, *El Comercio*, desde 1854 á 1859, ha dirigido otras importantes publicaciones en el Perú y el Ecuador, colaborando en multitud de periódicos de Europa y América. Debemos citar, entre las más notables publicaciones de las que el señor Llona ha sido redactor ó colaborador: *La América* (1869 á 1870, Bruselas), *El Americano* (1871 á 1883, Paris), *La Alborada*, en unión de la distinguida escritora argentina doña Juana Manuela Gorriti (Lima 1876 á 1878), y los más acreditados órganos de la prensa peruana.

De *El Perú Ilustrado*, de Lima.

ALGUNOS JUICIOS

ALGUNOS JUICIOS

EMITIDOS ACERCA DE LAS POESÍAS DE LLONA

Carta dirigida por Víctor Hugo al autor, en París, en 1873, con motivo de haberle remitido éste un ejemplar de sus *Nuevas Poesías*.

16 de Agosto.

Señor Numa P. Llona.

Doy á usted, señor, las gracias por su precioso envío y por su elocuente carta. Es usted un noble espíritu. Envío á usted todos mis aplausos y todas mis simpatías.

VÍCTOR HUGO.

El *Athenæum* de Londres, la afamada revista semanal de Literatura, Ciencias y Belles Artes,

consagró, en Septiembre de 1871, un artículo de fondo á la primera serie de las *Nuevas Poesías*, en el que, despues de decir que *debe considerarse justamente á este poeta como uno de los tipos representativos* (representatives types) *de la raza hispano-latina*, agrega lo siguiente :

Las poesías del señor Llona están comprendidas en un pequeño libro de 70 páginas. La principal de esas poesías líricas es un fragmento que lleva el título de *Canto de la vida*. Á pesar de ser un fragmento, el autor despliega allí *una profundidad de pensamiento y una elegancia de estilo* que rara vez se encuentran en las obras de hombres más conocidos de la fama. Aventuramos en seguida una imperfecta traducción de su última estrofa.

La *Revue des Deux-Mondes* emitió, en el Boletín Bibliográfico de su entrega de 15 de Septiembre de 1873, el juicio siguiente acerca de la misma colección :

El señor Llona no hace ahora su primer ensayo. Hoy, bajo el sencillo título de *Nuevas Poesías*, publica dos

randes composiciones, *Los Caballeros del Apocalipsis* el *Canto de la Vida,* que le asignan un rango aparte ntre los modernos poetas españoles. Armonía, vigor, rofundidad, tales son las principales calidades del oeta peruano, cuya musa se remonta por alturas que uestra poesía no alcanza desde hace mucho tiempo. i la lengua española estuviera aún de moda en Fran-ia, el nombre del señor Llona, popular en la América el Sur, sería pronunciado más frecuentemente entre osotros.

La Rivista Europea, de Florencia, se expresaba sí en Agosto de 1871 :

Florencia hospedaba en el mes último á un genial oeta peruano, el señor Numa P. Llona, quien nos ha ejado, como un recuerdo suyo, el primer volúmen e la colección de sus *Nuevas Poesías.* El poeta posee n gran sentimiento de la armonía; y tiene, además, na fe envidiable en la inmortalidad, por lo cual con eguridad puede cantar de este modo :

¡ No muere el hombre ! etc.

La ilustre escritora suiza Condesa de Gasparín, — autora del « Viaje á Oriente », de « Al través de las Españas », « Los horizontes próximos », « Los horizontes celestes », « Las tristezas humanas », y de otras muchas obras notables publicadas bajo el seudónimo de « El autor de *Hesperus* », — al leer las *Nuevas Paesías*, publicadas en Ginebra á fines de 1870, dirigió á Llona una carta en la que se encuentran frases como las siguientes :

He leído vuestras bellas poesías y vuestra prosa ardiente inundada de los resplandores del sol peruano...

En vuestros versos he sentido pasar el soplo genial de la inspiración : esa inmensa tristeza que llena el corazón de todo poeta, y que no es más que una inmensa nostalgia de los cielos... yo he sentido sus lágrimas en vuestros versos.

Yo soy de los que exclaman :

¡ Astros, llorad ! ¡ llorad, llorad, Planetas.
Sobre el gran duelo del destino humano ! (1)

(1) Canto de la vida.

Pero también siento en mí

..... la celestial esencia
Que en el santuario de mi ser reside. (1)

Y, como un peregrino que se apresura á terminar su viaje, me encamino del lado de la eterna luz y de la felicidad infinita...

El eminente poeta italiano conde Aleardo Aleardi, dirigió al autor dos cartas de las que reproducimos en seguida los pasajes principales :

Florencia, 10 de Junio de 1872.

Ilustre Señor :

He leído con verdadero placer las gallardas y bellas poesías y los escritos en prosa que ha tenido usted la cortesía de enviarme. En sus cantos se encuentra potente vigor de lirismo, exquisita delicadeza de conceptos, noble moralidad de sentimientos...

Leyendo su fragmento del *Canto de la vida* (2), he sentido el orgullo de haber expresado yo también, —

(1) Canto de la vida.
(2) Publicado en 1869, en la *América Latina*, de Bruselas.

aunque ciertamente menos bien que usted — algunos pensamientos muy semejantes á los suyos, en un último poema mío sobre la muerte de una egregia señora (1). Así, para significarle, como me es posible, mi gratitud por su bello don, que espero no será el último, me atrevo á enviarle un ejemplar de aquellos versos...

ALEARDO ALEARDI.

Al Ilustre Poeta don Numa P. Llona.

En una segunda carta dirigida por el mismo Aleardi al autor, á consecuencia de haberle remitido éste la *Noche de dolor en las montañas*, que había dado á luz recientemente en Pisa, se encuentran los pasajes siguientes :

..... Lo que agradezco sobre todo á usted es el que me haya enviado este su nuevo canto, que me ha agradado extraordinariamente. Aquella descripción de la bella y eterna Naturaleza, aquella terrible pregunta que usted hace, y que todos estos pobres granos de polvo que piensa se han hecho, desde Job hasta Hamlet

(1) Publicado en Roma, en 1871.

y desde Hamlet hasta Leopardi, sacudieron mi alma profundamente.

¿Por qué esta ansia de espíritu gigante
Puesta en un ser efímero y mezquino?

Tiene usted razon. Si otra cosa no hubiera en el hombre que este maravilloso contraste entre la debilidad de sus fuerzas caducas y la inmensidad de sus deseos y de sus aspiraciones, creo que bastaría para probar que nuestra alma es inmortal.

¡Oh! siga usted señor, *vistiendo con espléndidos versos estas grandes verdades;* que, además de obra bella, hara obra buena.

Sírvase usted aceptar la expresión de mi profunda estima.

ALEARDO ALEARDI.

De Florencia, el 11 de Mayo de 1873.

El notable crítico de Liorna, A. P., juzgaba así las poesías de Llona, en su Revista Literaria del 23 de Diciembre de 1872:

De la composición *Los caballeros del Apocalipsis,*

inspirada por un cuadro del grande artista belga Cluysenaar, se puede decir con verdad *ut pictura poesis*, tanta es la expresión, casi diré la viveza del *colorido* que anima á aquellos versos.

Las magníficas octavas del CANTO DE LA VIDA *rivalizan con el célebre* Salmo de la vida *del otro poeta americano Longfellow;* y si bien distan mucho de la sencillez de aquél, le superan en inspiración y originalidad. La última estrofa : *No muere el hombre...* recuerda los versos de Montanelli :

Dal ciel discese l'alma inmortale,
Di prova in prova passa quaggiú;
E quando all' alta patria risale.
Le fan ghirlanda le sue virtú.

Del cielo bajó el alma inmortal — aquí en la tierra ella pasa de prueba en prueba — y cuando vuelve á elevarse á su excelsa patria — va ceñida con la guirnalda de sus virtudes.

El mismo asunto, esto es, la lucha que tiene que sostener el hombre antes de convertirse en la *angélica mariposa*, está expresado magníficamente en las estrofas tituladas *Semejanzas*.

De la *Toma de las islas de Chincha* y del *Canto del Porvenir*, que figuran entre los primeros trabajos del señor Llona, sólo dirémos que, en ellos, como igualmente en la *Noche de dolor en los Apeninos*, publicada en Pisa, se descubre á menudo el sello del genio.

El diario italiano *Gazzeta Livornese* publicó en Marzo de 1873, con ocasión de haberse trabajado en Carrara los mármoles del gran monumento de la victoria del Callao, un largo y honroso artículo biográfico acerca de Llona, considerado bajo el triple aspecto de poeta, periodista y funcionario diplomático. Hacia el fin de ese artículo se encuentran los párrafos siguientes :

En 1867, Llona vino nuevamente á Europa, con el objeto de dirigir la ejecución del gran monumento artístico que ha dado ocasión á esta biografía.

Se comprenden fácilmente las dificultades que presentaba semejante empresa ; Llona las ha superado todas á fuerza de talento y de actividad. Mediante un trabajo prodigioso de asimilacion, él ha facilitado y

completado la obra que tenía encargo de dirigir; é inspirando á los artistas, supo imprimir el carácter original de su fantasía en la obra del escultor y del arquitecto.

Como poeta, Llona escribió su primera composición á la edad de once años; poco después componía poesías líricas que fueron muy aplaudidas, y odas dedicadas á los héroes de la Independencia Nacional, las cuales fueron reunidas bajo el título de *Cantos Americanos* y formaron un trabajo asaz importante.

Á medida que la edad avanzaba, el poeta daba á luz sonetos de forma castigadísima y de sentimientos filosóficos notablemente elevados; y en seguida escribió con ardientes conceptos y con el viril acento de Tirteo un poema lírico sobre la *Toma de las islas de Chincha*, grito sublime del patriotismo ultrajado.

Las últimas poesías de Llona, aquellas que más han contribuído á consolidar su fama, por la feliz alianza de la alta filosofía con la sublime inspiración, hija del cielo, son el *Canto del Porvenir* y el *Canto de la vida*. En la última colección se encuentran también *Los Caballeros del Apocalipsis*, poesía descriptiva que revela la potencia de imaginación del poeta, y las *Semejanzas*, en la cual compara los abismos de su espíritu con aquellas quiebras profundas que forman los escollos

en las orillas del mar, y entre los cuales las ondas se agolpan y se atropellan tumultuosas, para romperse en seguida contra las cimas más elevadas, con un rumor siniestro repetido por la profundidad de las cavernas.

Á esta colección siguió, en el año pasado, la poesia *Noche de dolor en los Apeninos*, publicada en Pisa, — suprema y casi desesperada interrogación del hombre frágil y caduco, frente à frente de la eterna, inmòbil y silenciosa naturaleza...

El sentimiento que domina en las poesias de Llona y al que debe sus mejores inspiraciones, es indudablemente el del dolor; él es su cantor, su hijo privilegiado.

Pero ese dolor, que aparece en casi todas sus poesias, no enerva ni disminuye en nada el vigor nativo y la potente originalidad de sus concepciones; ese dolor no tiene nada de común con las quejumbrosas elegias de Malfilatre, sino que más bien se asemeja al soplo potente y tempestuoso de las poesias de Victor Hugo; dolor enérgico, desesperado y profundo, que él analiza y presenta bajo todas las formas, y del que convida á participar á los astros, al universo entero.

E. G.

El distinguido periodista colombiano don Adriano Páez, decía lo siguiente, en una correspondencia escrita del Havre al director de un periódico hispano-americano y publicada en París, en Octubre del 72 :

UN GRAN POETA AMERICANO

..... No tengo por qué presentarlo á usted, pues que le conoce bien; pero son de tal mérito las últimas producciones de este poeta, que no puedo menos de llamar la atención hacia ellas, considerándolas como un título de gloria para nuestra literatura americana.

Numa Pompilio Llona, peruano, á quien la Academia Española ha nombrado su miembro correspondiente no ha muchos meses, y á quien Manzoni, el primer poeta de la Italia, César Cantú, Aleardi, Prati, la célebre escritora suiza condesa de Gasparín, Ad. Pictet, Marc Monnier, Hartzembusch, la Avellaneda, etc., han honrado como se merece, acaba de publicar sus *Nuevas Poesías* y entre ellas un canto titulado *Noche de dolor en las montañas* que me parece de los más enérgicos y elevados de la Musa americana.

Sus obras anteriores habían sido recibidas con aplauso de cuantos aman *la verdadera poesía*, aquella

que nace del sentimiento, que tiene su origen en las más profundas regiones del alma y que brilla con el fuego sagrado de la idea; pero el último canto de que hablo le coloca definitivamente en el rango de los príncipes de la literatura española, á juicio de los críticos competentes de la península.

Llona, es pues, para nosotros *una gloria legítima*, como lo fueron Bello y Baralt... Llona, á semejanza de don Juan Nicasio Gallego, que escribió pocas poesías y que sin embargo es considerado como uno de los primeros poetas españoles, no ha llenado muchos volúmenes con versos; pero todo lo que sale de su pluma tiene una fuerza, originalidad y elevación incomparables.

Su Musa no es de las que *rastrean el suelo* y se humillan en el polvo; es de las que *vuelan por altas regiones* y miran de frente al sol. En prueba de ello, vea usted estas magníficas estrofas :

(Sigue la poesía *Los caballeros del Apocalipsis*.)

En la *Noche de dolor en las montañas*, lea usted estos trozos admirables :

(Siguen extensos fragmentos de dicha composición.

Y después de leer y releer tan sublime canto, dígame usted si no es cierto *que tenemos en América un gran poeta.*

ADRIANO PÁEZ.

Monsieur Adolphe Pictet, el sabio escritor, de reputación europea, autor de varias obras capitales de Filología y de Estética, dirigió á Llona en 1871, de Ginebra, una carta de la que copiamos este pasaje :

Doy á usted las gracias por sus *Nuevas Poesías,* que se ha dignado usted enviarme. Yo he cultivado en otro tiempo con predilección la lengua española, para llegar á leer sus grandes poetas y prosadores; mas desde entonces la he perdido un poco de vista. Lo que aun poseo de ella no me basta, sin duda, para sentir todos los méritos de estilo de las obras de usted; mas puedo, al menos, apreciar plenamente *la belleza de sus imágenes, y sobre todo la elevación de sus ideas y de sus sentimientos.....*

La célebre Princesa Dora D'Istria y los renombrados escritores italianos ó franceses, G. Prati, De Gubernatis, Lucien Biart, Marc Monnier, etc., expresaron conceptos semejantes respecto de las *Nuevas Poesías*, en cartas ó artículos que no reproducimos aquí por no alargar demasiado este apéndice.

Habiendo circulado en España algunos ejemplares del mencionado libro, sabemos que encontró muy benévola acogida entre varios de los más afamados literatos de aquella nación, tales como Hartzembusch, don Eugenio de Ochoa, don Fermin de la Puente y Apecechea, la Avellaneda, don Leopoldo Augusto de Cueto, etc. En consecuencia, y á propuesta de los tres primeros, Llona fué nombrado Miembro Correspondiente de la Academia Española.

Entre los escritores españoles que han emitido una opinión favorable acerca de las obras de Llona, debe citarse también al gran crítico y poeta festivo don Juan Martínez Villergas, quien, después de

haber conocido algunas de las producciones de aquél, durante su permanencia en Lima, le daba el calificativo de *poeta insigne y de forma clásica.*

De entre los juicios formulados por diversos escritores hispano-americanos, tomamos la siguiente carta :

Sr. Numa P. Llona.

París, Octubre 26 de 1872.

Querido poeta :

El temple del verso se prueba en la lectura : me había parecido que las estrofas de usted perderían el acento vital que reciben de su declamación verdaderamente artística; yo las he leído tibiamente, verso por verso, palabra por palabra, para estudiar en ellas el secreto literario de la composición : y á pesar del análisis, persisto en creer que el *Canto de la vida* y la *Noche de dolor en las montañas* son lo más acabado que ha salido de su pluma. Esas dos composiciones bastarían para hacer la reputación de cualquiera que aspi-

rase á colocarse á la cabeza de la América poética.

Por mi parte, felicito á usted con una especie de orgullo nacional. La España, nuestra abuela literaria, no puede lisonjearse de poseer muchas composiciones como las últimas de usted. El hombre, el destino, el infinito, Dios, constituyen lo que la Filosofía tiene de más alto y la Poesía de más bello. No sé que el espíritu humano pueda ir más allá ni se remonte á más sublimes concepciones, desde Platón que creía en todo hasta Voltaire que no creía en nada. El espíritu de todos los filósofos encontrará, como usted, un abismo de tinieblas, la vida; un abismo de luz, la conciencia humana, que se rebela contra la muerte y proclama á gritos la inmortalidad.

Los últimos cantos de usted son la poesía que conviene á un siglo como el nuestro, profundamente egoísta, ¡profundamente escéptico!

¡No muere el hombre!.....

He aquí lo más bello que usted ha escrito : es el acento del profeta, es la palabra del destino humano, es la poesía de la resurrección, es el *fiat lux* de las almas.

Lástima que en América consagren nuestros poetas

su maravillosa fecundidad á un género de composiciones fugitivas sin el pensamiento filosófico que las vivifica y sin la castigada forma del arte que las inmortaliza.

Por esta vez también nos enseña usted el camino. Ya procuraremos seguirle, ilustre maestro. En mi libro de los veinte años no habrá usted visto más que al niño: en el que pienso publicar verá usted al hombre.

¡Y entonces, feliz yo si mereciera una empuñada de felicitación de usted!

Su entusiasta admirador y amigo.

CARLOS A. SALAVERRY.

Carta del célebre poeta don Gaspar Núñez de Arce.

Madrid, 19 de Enero de 1882.

Señor don Numa Pompilio Llona.

Lima.

Mi muy distinguido señor: he recibido los dos tomos de las Obras Poéticas de usted (*Clamores de Occidente* é

Interrogaciones) que ha tenido la bondad de remitirme con dedicatoria tan afectuosa como inmerecida, y me apresuro á dar á usted las más expresivas gracias por su bondadoso recuerdo.

Conociendo, como conocía de antemano, las relevantes cualidades poéticas que distinguen á usted no es menester que le diga el afán con que he leído sus inspiradas obras. Si no temiera ofender su modestia ó que pareciese interesado mi juicio, algo le diría de la rica variedad de tonos, y de la elevación de conceptos, y de la belleza de expresión que campean en sus *Cien Sonetos*, así como de la profunda y melancólica filosofía de sus *Interrogaciones*, principalmente de las que llevan por título *Canto de la Vida* y *Odisea del Alma;* pero ha sido usted tan galante conmigo, que me ha privado de toda libertad para alabarle y aplaudirle como se merece, para que no crea usted que es cortés correspondencia lo que seguramente sería la sincera manifestación de mis opiniones.

Saludo á usted, pues, cordialmente, y al través de los mares le estrecha con el pensamiento la mano su atento S. S. Q. S. M. B.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.

De *La Nación* de Buenos Aires, diario dirigido por el eminente escritor y estadista, general don Bartolomé Mitre, tomamos el artículo siguiente de fecha de Febrero último :

Poesías de Numa Pompilio Llona. — Hemos recibido de Lima dos publicaciones del renombrado poeta ecuatoriano Numa Pompilio Llona, lujosamente impresas cual corresponde al mérito artístico de las poesías que contienen, divididas en dos series.

Tienen ambas el título común de *Clamores del Occidente.* La primera serie contiene *Cien sonetos nuevos* y la segunda lleva el nombre de *Interrogaciones.*

El señor Llona tiene aquí, como en toda la América y hasta en Europa, asentado su renombre de poeta.

Es un fiiósoto de lenguaje lleno de galanura y armonía; y es ese fondo de su poesía, hermanado con la gracia superior de sus estrofas, lo que ha dilatado su fama hasta merecerle el digno título de correspondiente de la Academia Española, al par del alto testimonio de aprecio de Víctor Hugo y de Manzoni, de Aleardo Aleardi, cuyas cartas son efusivas, de Hartzembusch — quien con Ochoa y don Fermin de la Puente y Apecechea, fueron quienes propusieron á Llona en la Academia

Española, — de la Avellaneda, de Marc-Monnier y de muchos otros escritores de universal nombradía.

En América, Llona es considerado como uno de los más eminentes poetas que honran el Continente.

Sus poemas filosóficos son armonías profundas de duradera vibración y tienen una majestuosa amplitud que penetra y emociona el espíritu. Por otra parte, sus estrofas líricas, suaves y galanas, son sonetos cincelados como una pieza de Cellini, en los cuales encierra con gracia y soltura lo mismo la idea grave que la sutil expresión amatoria y muestran otro cambiante de su espíritu, no menos refulgente bajo la luz de la inspiración.

Sean bienvenidas las nuevas colecciones del poeta Llona, que pueblan de nuevas armonías las ráfagas que cruzan el continente americano.

Carta del eminente escritor español don Marceleno Menéndez y Pelayo.

Madrid, 4 de Abril de 1886.

Señor don Numa P. Lllona.

Muy señor mío y de todo mi aprecio : tengo que

dar á usted las gracias por los tres tomos de poesías con que me ha favorecido. Entre los sonetos encuentro algunos admirables, dignos del mejor versificador castellano de nuestros tiempos. En todos hay gran estudio de dicción y alteza de pensamientos. Los poemas filosóficos (salvo el pesimismo sistemático, con el cual ya comprenderá usted que no van acordes mis creencias filosóficas) valen mucho, como muestra de un género casi nuevo en la poesía castellana. En las octavas dedicadas á Valera *(Meditación de noche al pie de los Apeninos)* y en la *Odisea del alma* encuentro (sin lisonja sea dicho) rasgos de verdadero y gran poeta, á un tiempo pensador y descriptivo. La robustez de los versos y la rotundidad de las estrofas merecen toda alabanza. Si algo le daña á usted á veces (perdón por este reparo quizá inoportuno) es el excesivo raudal de ideas y de imágenes que se ofrecen en tropel á su fantasía. Soy gran amante de la sobriedad, que en ingenios tan vigorosos como el de usted debe ser la perfección más alta y el sello de todas las demás.

Felicita á usted cordialmente su A. S. S. Q. B. S. M.

M. Menéndez y Pelayo.

Carta de don Víctor Areguine, distinguido poeta uruguayo.

Montevideo, Octubre 26 de 1890.

Señor don Numa Pompilio Llona.

Mi ilustre amigo :

Gracias, mil gracias, por su valioso obsequio que ha venido á ratificar en mi espíritu el alto concepto que usted me merecía desde años atrás. Leyendo sus poesías admiro, con una especie de sagrado terror, al genio americano y siento levantarse del fondo de mi naturaleza un inmenso, delirante entusiasmo hacia el autor de la *Odisea del alma*, que es, para mí, la nota más poderosa y desolada del dolor humano. No de ese dolor mezquino de que tantos se quejan en lloro estéril, sino del grande y viril del genio, á quien han herido la realidad cruel y la envidia de la mediocridad impotente, que, por desgracia, tantos puestos usurpa para sus pequeños ídolos en menoscabo de los dioses.

Antes de ahora era usted para mí el primer poeta americano. Leídos sus libros encuentro además el filósofo, el mártir y el héroe de incontrastable energía, al

que se siente el lector vinculado por algo así como una adoración misteriosa. Mi aplauso va á usted sincero y fuerte como brota de mi alma, que no paga tributo más que á Dios y á los espíritus superiores que en sí llevan una potencialidad que á Dios les asemejan.....

En breve publicaré en ésta, ó en Buenos Aires, en libro, un juicio crítico acerca de sus poesías, en el que espero dar cumplido cauce á mi entusiasmo.

Cuente usted con algo más en mí que con un hijo ó un hermano : con un alma.

Su admirador,

VÍCTOR ARREGUINE.

POESÍAS

DEDICADAS AL AUTOR

AL POETA AMERICANO

NUMA P. LLONA

AUTOR DE LA « ODISEA DEL ALMA »

¡Aun resuena en el fondo de mi pecho
Ese apóstrofe inmenso de tu alma !
¡Aun chispea mi espíritu, encendido
En el rayo vivaz de tu palabra !

Hoy que el fuego de tu alma me circunda,
Hoy que azota mi frente con sus llamas,
¡Cómo laten mis sienes! ¡cómo hierve
Tumultuosa mi sangre americana !

¿Qué volcan, en los Andes inflamado,
Dió á tu pecho el aliento con que abrasas ;
Y qué eléctrica nube tempestuosa,
La tremenda explosión de la borrasca ?

¿En que selva del trópico lujoso,
En qué oculta sonora catarata,
Aprendiste la música sublime
Que en tus versos suspende y embrïaga ?

¡Oh ! ¡dímelo, poeta !... Muchas veces,
Solitario, en los llanos de mi patria,
He pedido á los silbos del Pampero
El enérgico idioma de la Pampa.

¡Vano empeño ! Jamás la lira mía
Arrancó de sus cuerdas agitadas
Ni el crujido del trueno en la llanura,
Ni la música triste de sus calmas.

¡Dime, cóndor audaz del pensamiento,
En qué nube, en qué aurora, en dónde se hallan
Esos tintes de espléndida belleza,
Que yo pueda tender allí mis alas !

¡Sí ; yo siento también, como tú sientes,
Una fuerza explosiva que me arrastra ;
Un incendio en mí mismo, que deslumbra
Como un astro deshecho en llamaradas !

¡Y, admirando la lira de la Grecia
Que las piedras y fuentes apartaba,
He soñado el Poeta á cuyo acento
Retroceda asombrado el Tequendama !

¡El Poeta inmortal del Nuevo Mundo,
Que recorra sus sendas ignoradas
Con el alma de América en los labios,
Con el fuego de Dios en la mirada !

El Homero, cantor de sus victorias,
Que, por cima del humo y la metralla,
Clave audaz en el Sol nuestra bandera ;
En el Sol, que es la cuna de Atahualpa !

¡ Ah ! ¡ tal vez eres tú ! ¡ Quizá en tu lira
Duermen todos los himnos que levanta
El hirviente cristal del Amazonas
Y el oleaje que rueda sobre el Plata ;

Quizá duermen los genios que suspiran
Del argentino Paraná en las playas ;
Los que ciñen, tejiendo hebras de fuego,
Deslumbrante diadema al Aconcagua !

¡ Quizá gimen los vientos melancólicos,
Cargados con las sombras y las lágrimas
Que las nubes del cielo de la América
Desprenden al pasar sobre las huacas ;

Y resuena el magnífico concierto
De tu espléndida tierra ecuatoriana,
Allí donde á ceñir el Chimborazo
Baja el Sol de los Incas en guirnalda !...

c.

¡Salve, cóndor audaz del pensamiento !
Dígnate descender hasta mi estancia :
¡Que yo toque contigo las estrellas,
Aunque ruede después bajo tus alas !

RAFAEL OBLIGADO.

Buenos Aires, Octubre de 1876.

DECIRES AMIGABLES

Á NUMA P. LLONA

¡Que el trovador ya se allega
Con el su laúd sonante!
¡Bienhaya! ca non dió á olvido
El camino de sus valles.
¡Non saludos! ansí abraços,
Ansí abraços hermanales,
Do, entanto no haya paraulas
Los corazones se fablen...
Trovador el bienvenido,
¡Buenas tardes, buenas tardes!

¿Más, qué os fizo que ansí atanto
Los cabellos se os blanqueasen?
Adolescido traedes
El coraçon malandante,
Magüer en la altiva tiesta
La hoja de Apolo mostrades:

Ca tan divinal arreo
Non quita que só se enclave
Fiera espina en noble frente
Que en luz celestial se apasce.
Trovador maravilloso
Que una *Ulixea* narrasteis
Escrita del propio pecho
Malferido, con la sangre,
Decí ¿non son aun finados
Nin del pelegrino el viaje
Nin esa lid porfiosa
En que ha tiempo que punnades?
¿É, al dar el cuerpo en la arena
É al bañarla en vuessa sangre,
Por ende abatió sus bríos
El coraçon arrogante?
¿Vos ha cegado los ojos
El polvo vil del combate,
É la luz de la alta esfera
Para su mal les negades?
¿El coraçon se vos fizo
Cual de león espantable
Que en lo oscuro de la selva
Da voz temerosa al aire,
En tanto que fabladoras
Las avecicas volantes
Suso del árbol non curan
Sinon de dulces cantares,
É de invidiar tras las nubes

En las altas claridades
Nidos do fuesen eternos
Las luces é los cantares?

¡Ah, non! que ya el viento truxo
Del vuesso laúd sonante
El eco que *¡Amor Supremo!* [1]
Face temblar en los aires;
Grido de vivo conhorte
Que lueñe, tras de los mares
Sobre el laurel de su fuessa
Fara resurgir al Dante,
En celo de la alta gloria
De terneças inmortales
Con que fiz la *Vita nuova*
De sus castas mocedades.

Lastenia vos ha guarido,
É los ojos hoy alzades
Á fartarlos en la cumbre
De las salas inmortales.
Afinojadvos, poeta,
E nuevos cantos alzades
Que de sofrencia é conhorte
É de esperanza nos fablen,

1. Título del último poema en sonetos, de don Numa P. Llona.

Subides hasta los cielos,
Desprendedes de los ángeles
La música en que á Dios loan
Con decires inefables :
Ca, en la tarde de la vida,
Del alma las poridades
Fabladas mirando al cielo
Al fumo de encienso saben
Que se enciende en vieja eglesia
Do, magüer esté arruinándose,
Hi non falta el sacerdote
Que perfume los altares.

Más quisiera yo decirvos,
Mas falta el verso menguante
Al sabor de los afectos.
É ansi abraçarvos dejadme :
Ca soplirán á las voces
Mis abraços hermanales
Do, en tanto no haya paraulas,
Los coraçones se fablen.

HONORATO VÁSQUEZ.
(Ecuatoriano).

Quito, Diciembre 20 de 1883.

AL INSIGNE POETA Y ESCLARECIDO LITERATO

DON NUMA POMPILIO LLONA

En el primer albor de la existencia
Te alejaste, turpial, del patrio nido,
Y extranjeros verjeles han oído,
Resonar de tus trinos la cadencia.

Pero era tarde ya : ¡ basta de ausencia !
Te dijo el corazón, y enternecido
Vuelves á la floresta en que has nacido
Á cantar de tu Patria la excelencia.

¡ Felices ella y tú ! Mas, si privada
Por largos años fué de tu armonía,
Resárcele la pérdida pasada.

Sí; que para una dulce sinfonía,
Buscaste de esa alondra enamorada,
Cantora como tú, la compañía [1].

LUIS CORDERO,

(Ecuatoriano.)

Cuenca, Enero 12 de 1884.

1. Sabido es que nuestro vate tiene por esposa á la distinguid poetisa peruana, señora doña Lastenia de Larriva.

POESÍAS FILOSÓFICAS

POESÍAS FILOSÓFICAS

LOS CABALLEROS DEL APOCALIPSIS

(CUADRO DE Mr. CLUYSENAAR)

Á don José María Samper.

Ciegos huyen en rápida carrera ;
Y, de terror en hondo paroxismo,
En confuso escuadrón y rota hilera,
Derechos corren al profundo abismo :

Por largas horas, en combate crudo,
Á invencible falange resistieron ;
Mas, arrojando al fin lanza y escudo,
La rauda grupa del corcel volvieron :

Pálidos, polvorosos, jadeantes,
Tendidos con espanto en los arzones,
Cual lívidos fantasmas, anhelantes
Aguijan sin descanso sus bridones ;

Toscos soldados, fieros capitanes,
Revueltos huyen como indócil horda,
Y de sus voladores alazanes
El sonante tropel la tierra asorda ;

Por la llanura y la infecunda arena,
Por fragosas pendientes y peñascos,
Cual sordo trueno á la distancia suena
El rudo golpe de los férreos cascos ;

El horizonte y soledad agreste
Devora ardiente su mirada ansiosa,
Y cerca ya la vencedora hueste
Les parece sentir, que les acosa ;

¡ Y sentir les parece ya el rüido
Del contrario bridón que les alcanza,
Y en su espalda su ardiente resoplido,
Y entre sus carnes la punzante lanza !...

¡ Por entre el polvo, á la menguante lumbre,
La expresión de los hórridos afanes
Se ve de la apiñada muchedumbre,
Y sus desesperados ademanes !

El uno, allá en el fondo, al firmamento
Dirige inenarrable una mirada,
¡ Y alza en su mano trémula, sangriento,
El trozo inútil de su rota espada !

¡ Crujiendo el otro de furor los dientes,
De su fuga en los ímpetus veloces
Ambos brazos abiertos é impotentes
Al cielo eleva, con airadas voces !

Y ayes, imprecaciones y gemidos,
Por el rigor lanzando de los Hados,
Todos por fuerza incógnita impelidos.
Todos en confusión atropellados,

¡ Allá van ! ¡ cual ondeante se arrebata
Furibunda corriente estruendorosa,
Y, cual rauda viviente catarata,
Van á hundirse en la sima pavorosa !

¡ Horror ! ¡ horror !... de todos el primero,
Cuando aun el brío del corcel irrita,
Desde el borde del gran despeñadero
Ya al abismo sin fin se precipita ;

Quiere el bruto cejar ; mas, acosado
Por el recio talón ó aguda espuela,
Ciego ya de dolor, desatentado,
Sobre el vacío despeñado vuela ;

En lo alto, las pupilas dilatadas,
De hórrido espanto las narices hincha,
Y convulso, y las crines erizadas,
Con alarido fúnebre relincha...

Y el jinete el escuálido semblante
Entre sus brazos con horror oculta,
Y, de angustia infinita palpitante,
¡En el profundo abismo se sepulta !...

¡Pintor sombrío ! ¡en la visión siniestra
Que en el lienzo fijó tu osada mano,
La fantasía sin cesar me muestra
La triste imagen del destino humano !

De la vida en la lid, el hombre agota
Todo el vigor de sus robustos años ;
Mas cede al fin ante la hueste ignota
De dolores y adustos desengaños ;

Y, estremecido de su gran miseria,
El ser, — sobreponiéndose al espanto
Del bruto vil de la soez materia
Y á su propio terror y su quebranto, —

Por el furor injusto ó la venganza
Acosado, sin tregua, de la suerte, —
Dando un adiós eterno á la esperanza...
¡Se arroja en el abismo de la muerte !

París, 1869.

SEMEJANZAS

Á don Federico de la Vega.

Yo he visto en las riberas del Oceano
Hondas quiebras, oscuras galerías,
Donde se lanzan con furor insano
Las olas espumosas y sombrías :

Con rudo embate, en las estrechas bocas
Primero rumorosas se atropellan,
Y entre murallas de gigantes rocas
Después, en larga sucesión, se estrellan ;

Y á cada choque, montes levantando,
Corren tronantes, como en lid eterna ;
Y, en ímpetu y rumores aumentando,
Piérdense al fin en lóbrega caverna ;

Y, al aplicar el temeroso oído,
Allá en el fondo del abismo oculto
Se siente ronco subterráneo ruido,
Creciente, inmenso, colosal tumulto !...—

En las gargantas vi de mis montañas,
Cuando la negra tempestad mugía
Con voces potentísimas y extrañas,
Y el relámpago pálido lucía,

Del nublo que del sol oculta el disco
Desprenderse la ignífera centella,
Y, rebotando de uno en otro risco,
De sus iras dejar una ancha huella.

Y á su siniestra serpeante lumbre
El fragoroso trueno sucediendo,
Á lo lejos su voz de cumbre en cumbre
Repercutirse con creciente estruendo :

Primero era un rumor ; y luego un grito
De rebelión potente semejaba ;
¡ Y después un clamor alto, infinito,
Que en la Creación entera resonaba !...—

De mi espíritu, así, de sombras lleno,
En las profundidades rudas y hondas
Retumban del pesar el ronco trueno
Y del mar del dolor las turbias ondas : —

No intensa pena ó sufrimiento agudo
De pronto excita el infortunio amargo
En mi ser ; de la suerte al golpe rudo,
Queda como en estúpido letargo...

Mas sobreviene luego el pensamiento,
Y contempla su mal y lo analiza,
Y, con trabajo silencioso y lento,
Del corazón la llaga profundiza ;

Con su punzante reflexión, en mi alma
Se interna cual oscuro audaz minero,
Y pronto sigue á esa aparente calma
Hondo dolor, desesperado y fiero ;

En la mano llevando aciaga lumbre,
Mudo, sombrío, en sus abismos entra,
Y la vena de ignota pesadumbre
En sus senos recónditos encuentra ;

¡Y al golpe sordo de su atroz martillo
Que las cavernas sin cesar ahonda,
Y de su antorcha al implacable brillo,
Mi alma el abismo de sus males sonda !

Y crece mi dolor ; y aquí en mi pecho
Se levanta fierísima batalla ;
Y en breve, siendo á contenerlo estrecho,
Ya mi angustiado corazón estalla !...

¡La onda de la aflicción, como en Octubre
Del equinoccio la glacial creciente,
Sube en mi älma, y sus alturas cubre,
Y la aniega y sepulta omnipotente !...

Y, cada vez más grande y más profundo,
El dolor que mi ser entero absorbe
Es al fin de congoja y duelo un mundo,
Grande como el espacio, como el Orbe...

¡Ay! ¿por qué al corazón no ha revestido
De temple superior naturaleza ;
Ó es menor del pesar el estallido,
Y la ola, menor, de la tristeza ?...

—

¿Mas qué importa el dolor? - Aunque de adusta
Pálida faz, la adversidad sombría
Es celeste deidad, noble y augusta,
¡Madre de la sublime poesía!

¿Qué importa que tal vez la desventura
Bajo su peso mi existencia abrume ?
¡Ella da al alma incógnita dulzura
Y al corazón balsámico perfume !

La pena es el crisol do el sentimiento
Se acendra más, del ánimo constante ;
En su fondo, de escoria vil exento,
Queda el metal más duro y más brillante.

¡Ella levanta y engrandece el alma ;
Postrándola, la enseña á la victoria ;
Y á su sien ciñe inmarcesible palma,
Más bella que las palmas de la gloria !

Lo ha dicho el Genio(1): « De las liras rotas,
Que el pie del tañedor ha destrozado,
Salen después más melodiosas notas,
Un gemido más tierno y desolado ! »

En solitaria torre, que la injuria
Destrozó de los años y los vientos,
Forma del recio vendaval la furia
Más sonoros tristísimos concentos.

¡Sabio cultivador es el quebranto,
Del árbol de la vida : — de congoja
Le riega con perenne tibio llanto ;
Y de sus verdes ramos le despoja !

Y en la estación propicia, sobre el tronco
De savia henchido la segur suspende,
Y una vez y otra vez, al golpe bronco
Del duro hierro, sus entrañas hiende :

Dobla el árbol la frente ; y de sus rotas
Entrañas, obediente á su destino,
Como de lloro silenciosas gotas,
Brota la mirra ó el licor divino :

¡Bálsamo que suaviza la honda llaga
De los vencidos en la lid sangrienta ;
Néctar celeste que la sed apaga
De ansiosa multitud calenturienta !...—

(1) Lamartine.

¡Sí! ¿qué importa el dolor?- ¡Nunca el embate
Del mar, el monte colosal derrumba;
De sus ondas la furia al pie se abate,
Y hallan allí su sempiterna tumba!

¡Y aquel asalto fiero y lid constante
Sello le imprimen de mayor grandeza;
Entre las ondas álzase gigante,
Símbolo de la eterna fortaleza!

¡Y la ola que, en golpe eterno, labra
Su inconmovible base de granito,
Le da, en el gran idioma, una palabra,
Una voz en el cántico infinito! —

La furibunda tempestad deshecha
Que del risco durísimo en la frente
Clava su triple fulminante flecha,
Á vencerle también es impotente.

Vano es que el rayo la soberbia roca
Una vez y otras mil con furia hiera;
No la hiende jamás ni la derroca;
Antes, le añade majestad severa:

Surcan su sien tronando las centellas,
Sin conmover su mole y sus raíces;
Y sus rasgos parecen y sus huellas
Augustas, dolorosas cicatrices!...—

Así el poeta: sin mortal desmayo,
De la existencia en el fatal combate,
Resistirá de la desgracia el rayo
Y del dolor el furibundo embate.

¡De adversa suerte afrontará la saña
Y del vulgo el clamor vano, irrisorio,
Firme como el peñón de la montaña,
Como del mar el alto promontorio!

¡Ni de irritadas ondas el murmullo,
Ni el rayo, ni del noto la arrogancia,
Conmoverán la roca de su orgullo,
El escollo eternal de su constancia!

¡Y, — escrita en ella su sublime duelo, —
Ceñida de relámpagos, la frente
Elevará magnánimo hacia el cielo,
Más noble y más augusta y eminente!

París, 1869.

LAS ILUSIONES PERDIDAS

(CUADRO DE Mr. GLEYRE)

Á don Manuel Cañete.

Es una tarde mágica y serena
Del mar inmenso en la desierta playa,
Donde la ola, entre menuda arena,
Lánguidamente y sin rumor desmaya :

Del sol, que ya ocultó su disco ardiente,
Come fúlgida hoguera de topacio
Aun brilla el esplendor en occidente,
Y por grados se funde en el espacio;

Entre el pálido azul, su arco de plata
La luna asoma transparente y bella,
Y ya con lumbre silenciosa y grata
Radiante luce del amor la estrella;

Y el fulgor argentado de la luna,
Unido al de la antorcha vespertina,
Con la luz del crepúsculo se aduna,
En clarida opaca y peregrina : —

Dudosa claridad, suave y extraña,
Que al mundo envuelve en apacible velo
Y con sus tintas misteriosas baña
El aire, el mar y el adormido suelo;

Serena luz de rayos boreales,
Tenue albor nacarado é indeciso,
Cual la luz de los campos inmortales,
Cual la inefable luz del Paraíso....

Duerme el mar, cual brillante inmóvil lago
De oro hacia el fondo, cerca azul ó verde,
Y de sus playas el contorno vago
En vasto semicírculo se pierde;

Huyen por el confín del firmamento,
Hendiendo en melancólicas hileras
Con sus alas inmóviles el viento,
Las aves del otoño plañideras;

Por el oriente, el resplandor escaso
Poco á poco se borra y palidece;
Y desde allí la sombra hacia el ocaso
Muda se avanza y por momentos crece;

Vagamente, en la tierra y en la altura
La opaca sombra con la luz se funde;
Indefinible incógnita dulzura
Por todo el Universo se difunde...

¡Solemne, augusta, misteriosa calma
Domina la inmortal naturaleza;
Y, ya en su fondo estremecida, el alma
Siente de lo pasado la tristeza!... —

Y, entre la luz que en occidente brilla,
Pintoresca, fantástica y ligera
Destacarse se ve junto á la orilla
La esbelta forma de oriental galera :

Ornada de vistosas banderolas,
Desde la playa, sin rumor, se aleja,
Y en el azul profundo de las olas,
Más oscura, su sombra se refleja;

Dando al viento suavísimos cantares,
Harpas pulsando de márfil y de oro,
En ella parte á los remotos mares
De hermosas ninfas peregrino coro;

¡Bellas hadas, silfídicas mujeres,
Fantasmas ideales y risueños,
Maravillosos y radiantes seres
Del encantado mundo de los sueños!

En sus rostros divinamente bellos
Se abren sus grandes ojos soñadores,
Y flotan á los vientos sus cabellos
Coronados de mirtos y de flores;

En círculo armonioso entremezcladas,
En varias y graciosas actitudes,
Entonan sus canciones inspiradas
Ó pulsan sus dulcísimos laúdes :

Inmóvil, una, en pie, meditabunda, —
De sus abiertos ojos la mirada
En los abismos piérdese, profunda,
De irrevocable dicha no olvidada...

Y mientras que se pierde, así, en lejano
Horizonte fantástico su älma,
Cual símbolo inmortal, su diestra mano
Ostenta verde inmarcesible palma;

Hacia atrás inclinada la cabeza,
Sobre el pecho los brazos, y el semblante
Vuelto hacia el cielo con mortal tristeza,
Llora, la otra, su esperanza amante...

De su existencia en las felices horas, —
Ésta, — ó ajena á duelos inhumanos, —
Acompaña las músicas sonoras
Gentil batiendo las ebúrneas manos;

Aquella, envuelta en vestidura blanca,
De la barca reclínase en los bordes,
Mientras, con mano distraida, arranca,
Del arpa melancólicos acordes;

La otra, — la faz en su hombro reclinada, —
Triste, á sus cantos, lo pasado evoca,
¡Y sonríe acordándose, crispada
Con la sonrisa del dolor su boca!...

. . . . . .
. . . . . , ...
. . . . . .
. . . . . .

¡Y esas son, esas son las ilusiones
Que, en la tarde final de nuestras vidas,
Como grupo de mágicas visiones
Para siempre lloramos ya perdidas!

Ginebra, 1871.

CANTO DE LA VIDA

(DIVERSOS FRAGMENTOS)

. . . . . .

¡Yo, del vil polvo mísero gusano,
Humilde brizna de la faz terrena;
Átomo leve, imperceptible grano
Perdido de la mar entre la arena;
Gota viviente del inmenso oceano
Que los espaeios insondable llena;
Molécula sensible y pensadora
Que en el gran todo se estremece y llora!...

¡Seis lustros hace ya que la mirada
Sumerjo en ese azul del firmamento;
Que la celeste bóveda estrellada
Contemplo ansioso del terrestre asiento;
Seis lustros que al abismo de la nada
Lanzo sin tregua mi angustioso acento,
Al Universo demandando en vano
La explicación del infinito arcano!

. . . . . .
. . . . . .

¡Como esfinge callada y misteriosa,
Como estatua de mármol triste y bella,
Yo he visto á la natura silenciosa,
Y me he sentado pensativo ante ella;
Y escuchar pareció la augusta diosa
Mi honda interrogación y mi querella
Con sonrisa de vaga simpatía,
De ternura, ó fatal melancolía!

Al sordo acento de mi angustia fiera,
Conmoverse la vi por un instante,
Y ráfaga de vida pasajera
Iluminar su pálido semblante;
Lanzóme una mirada lastimera
Con expresión, al parecer, amante,
Y creí que, extendiendo á mí sus brazos,
Iba á estrecharme en cariñosos lazos.

Sus labios convulsivos se agitaron
Cual proferir queriendo algún acento;
Pero después inmóviles quedaron,
Con expresión amarga de tormento;
Y nuevamente por hablar pugnaron,
Y quedaron también sin movimiento,
Cual si cerrados estuviesen ellos
Por misteriosos infrangibles sellos!

¡El sello, sí, que la implacable suerte
Grabó en su boca con potente mano,

Y aunque invisible, cual los bronces fuerte;
Porque el supremo impenetrable arcano,
Enigma de la vida y de la muerte,
Revelar no pudiese al ser humano,
Que, cual la res que al ara se destina,
Ciego, entre sombras á morir camina!!

. . . . . .

Como la diosa fúnebre nocturna
Por el gran Miguel Ángel esculpida, —
En actitud doliente y taciturna
El misterioso genio de la vida,
De la existencia derramando el urna,
Á sus copiosas aguas da salida,
Que cayendo incesantes de la altura
Van á perderse en lontananza oscura.

. . . . . .

De su copa de pálido alabastro
Fragancia vierte que en las auras vuela,
Muriendo, el lirio; de la noche el astro,
Rayo de plata que en la mar rïela;
En las nubes el sol, purpúreo rastro;
En las ondas la nave, blanca estela...
¿Y de la noble inteligencia humana
Ningún vestigio quedará mañana?...

—

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Ah! ¡lo comprendo! ¡Cual saeta ardiente,
Rasgó mi corazón la certidumbre;
La terrible verdad súbitamente
Proyectó en mi alma su siniestra lumbre!
El hondo arcano sorprendió mi mente,
Que cobija la fúnebre techumbre
Del firmamento, — ¡y lóbrego y sereno,
Guarda el abismo en su callado seno!

¡Fatal arcano, con dolor escrito
Sobre la faz de la creación entera;
Que trazan sin cesar en lo infinito
Los astros en su fúlgida carrera! —
¡Condenación perpetua sin delito,
Incomprensible adversidad primera,
Que oprime, por extraña ley sin nombre,
Desde lo piedra inmóvil hasta el hombre!

¡Eternamente, sí, con su coyunda,
Con su infrangible yugo diamantino,
Nuestras cervices que el sudór inunda
El brazo postra del común destino :
Mientras hacia el sepulcro moribunda
Va nuestra vida en el fatal camino,
Él la consolación sólo nos deja
Del perenne gemido y de la queja!...

¡Mísera grey! ¡Pues en la eterna herencia
Sólo te cupo el desgraciado lote,

Y arrastrar es tu suerte la existencia
Del infortunio bajo el fiero azote, —
Para gemir tan bárbara sentencia,
Raudal de llanto de tus ojos brote,
Que corra de la tierra por las zonas,
Más vasto que el raudal del Amazonas!

¡Viertan los ojos sempiterno llanto
Y exhale el labio gemebundo acento,
Aun escasa expresión de tu quebranto,
Eco débil de tu hondo sentimiento!
¡Del humano dolor el triste canto
Suba desde la tierra al firmamento;
Y únanse á nuestras míseras querellas
Las criaturas, los orbes, las estrellas!...

¡Astros, llorad!! ¡llorad, llorad, planetas,
Sobre el gran duelo del destino humano!
¡Dicen al corazón voces secretas
Que es vuestro ser de nuestro ser hermano!
¡Vuestras vidas también están sujetas
Á un oculto poder duro y tirano!
¡Por qué á todos nos hizo desgraciados
El rigor misterioso de los hados!!...

¡Ah! ¡Desde el pedernal informe y yerto
Hasta el astro sereno y fulgoroso,
Todos los seres en fatal concierto
Alcen su voz, sin tregua ni reposo;

Y, en el espacio lóbrego y desierto
Elevándose el himno doloroso,
Que eterno llene el ámbito infinito
De la criatura el gemebundo grito!

¡Aquel concento múltiple, diverso,
Mas uniforme en su doliente tono,
Será el grande clamor del Universo
En su desolación y su abandono!
La protesta sin fin contra el adverso
Fallo y tremenda ley, que, de su trono,
Sobre las cosas fulminó la suerte:
¡Ley de miseria, de dolor y muerte!...

¡Á su acento, tal vez, allá en el seno
De la callada inmensidad sombría, —
Más allá de ese azul triste y sereno, —
Tras el confín de la región vacía, —
Un ser augusto y misterioso, lleno
Se sentirá de inmensa simpatía,
De infinita piedad y de ternura,
Por nuestra inenarrable desventura!

Tal vez, de la distante opuesta orilla
De aquel inmenso y trasparente oceano, —
Donde la luz de las estrellas brilla
Con resplandor tranquilo y soberano, —
Con pasmo universal y maravilla,
Se alzará de repente eco lejano,

Voz con qué á nuestra voz doliente y honda
Un inmortal espíritu responda.

¡Tiernas, profundas, íntimas, ignotas,
El eterno silencio al fin rompiendo, —
En dolorosas palpitantes notas
Las voces de ese cántico surgiendo, —
Por las regiones del azul remotas
Descenderán en musical estruendo,
Cual huracán de intensa melodía,
Cual grandiosa y doliente sinfonía!...

¡Si es poderoso, él nos dará su ayuda!
Si, cual nosotros, sin ventura gime,
Nos dirá su desgracia acerba y ruda,
Y el duelo escuchará que nos oprime!
¡La eternidad inexorable y muda
Poblará nuestro doble himno sublime,
Y, en alternadas quejas inmortales,
Se aplacarán nuestros comunes males!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Precipitado al mar de las edades
De misteriosa nave, en golpe rudo,
Alza el hombre en las vastas soledades,
Y entre la noche, su lamento agudo;

De lo alto, á las sidéreas claridades,
Le ve el piloto indiferente y mudo;
Y el callado bajel, entre la espuma
Se aleja, y las tinieblas y la bruma!

Un punto lucha, con esfuerzos vanos,
El náufrago infeliz; desesperadas,
Del mar recorren los desiertos llanos
Y hacia el cielo se vuelven sus miradas;
Sobre la faz del piélago aun sus manos
Se ven surgir unidas y crispadas...
¡Y se hunde por fin... y silencioso
Reina de nuevo el eternal reposo!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Morir!... ¡Por la creación haber pasado
Como una sombra vana y fugitiva,
Cual cruza por el éter azulado
Ligera nube en la estación estiva!...
¡Sentir dentro del pecho atribulado
Del ansia del vivir la llama activa;
Y morir!... ¡cual, por grados, en el viento
Leve rumor se extingue, ó vago acento!

¡Dar una eterna amarga despedida
Al cielo, al mar, al bosque, à la llanura,

Al aura de fragancia y luz henchida,
Al cuadro de la espléndida natura,
Á los encantos todos de la vida,
Del *ser* á la fruición y á la dulzura...
Y hundir la frente, de congojo lleno,
De eterno olvido en el oscuro seno!

¡Que en perenne pausado movimiento
Girando siga la estrellada esfera;
Y la luna argentando el firmamento
En las noches de tibia primavera;
Y entre las flores suspirando el viento;
Y el arroyo cantando en la pradera...
Y por siempre! ¡sin fin! ¡eternamente!!
¡Mi ser esté del Universo ausente!

¡Que en parte alguna, ni escondido seno,
De la creación profunda é infinita,
El ser palpite que hoy de vida lleno
Dentro mi pecho, enérgico, se agita!
¡Que jamás, en el cóncavo sereno,
De mi existencia el eco se repita!
¡Y duerma mi memoria sepultada
En la perpetua noche de la nada!!

¡Pensamiento de horror! ¡Á tal idea,
Como ante el borde de siniestro abismo,
El alma se estremece y titubea,
Presa de congojoso parasismo;

Y, — oscurecida de la fe la tea
Al soplo de letal escepticismo, —
¡Su fondo llena amargo desconsuelo,
Horrenda angustia, tenebroso duelo ! !

¡Ah ! Si nacer debimos condenados
Á dormir en profundo eterno sueño
Y á ser perpetuamente desterrados
Del Universo espléndido y risueño,
¿Por qué, — al yacer en paz aletargados
Del *no ser* con el fúnebre beleño, —
De súbito una voz desconocida
Desde la nada nos llamó á la vida ?

¿Por qué, del fondo de la estancia oscura
Donde cautivo nuestro ser dormía,
Dejarle ver del orbe la hermosura
Y las regiones fúlgidas del día :
Si, luego, de su cárcel la abertura
Cerrarle mano incógnita debía,
Y encerrado yacer en su caverna
En muda noche y soledad eterna ?

¡Ay! ¡el ciego infeliz de nacimiento
No de la luz extraña los colores,
Ni la bóveda azul del firmamento,
Ni el vivo esmalte de las gayas flores ;
Mas si dado le es ver por un momento,
Y, otra vez eclipsados los fulgores,

Le circunda por siempre noche oscura,
Indecible será su desventura !...

¡ Por la bella radiosa perspectiva
Deslumbrada su mente en todo instante, —
Su vista, en noche lóbrega cautiva,
En derredor se volverá anhelante ;
Y con perenne afan, la fugitiva
Sombra que mira sin cesar delante,
Asir intentará en los aires vanos,
Con planta incierta y temblorosas manos !...

Tras fatigosa é ímproba jornada, —
Tras la existencia de dolores llena, —
¿ Tan sólo, el hombre encontrará la Nada,
Cual fin y galardón de su faena ?
¿ Tal será de su historia desgraciada
El desenlace y la final escena ?
¿ Y quedará en la tumba concluída
La mísera tragedia de la vida ?

¿ Y con él, entre el ronco torbellino
Que eterno muge por el aire vago, —
En el negro violento remolino
De eterna destrucción y eterno estrago, —
Irán los seres todos que el destino
En instante abortó triste y aciago,
Y, en confusa espiral vertiginosa,
Bajarán á la sima pavorosa ?

¿Esa natura espléndida y fecunda
Que, al humano dolor indiferente,
Cielos y tierra sin cesar inunda
De la vida inmortal con el torrente, —
Es tan sólo vorágine iracunda
Que de los seres el raudal viviente
Á la externa región lanza, del orbe,
Y en sus abismos otra vez los sorbe?

¿Es el antiguo bárbaro Saturno
Que, sordo al llanto y al gemir prolijos,
Insensible, siniestro y taciturno
Su hambre apacienta con sus propios hijos?
¿Gigante monstruo que, al fulgor nocturno
De los eternos luminares fijos,
Ó á la lumbre del sol, — á toda hora, —
Se produce á sí mismo y se devora?

¿Y de sus fauces en el hondo abismo,
Verá la eternidad, con mudo pasmo,
Hundirse amor, virtudes, heroísmo,
Gloria, beldad, creencias, entusiasmo...?
¡Oh! ¡en extraño, perpetuo antagonismo,
La vida fuera entonces el sarcasmo,
El juguete sangriento, la ironía,
De una deidad maléfica é impía!!...

¡No! ¡no es verdad!... La celestial esencia
Que en el santuario de mi ser reside,

La noble poderosa inteligencia
Que el cielo abraza y que los orbes mide, —
Centro y fin de la cósmica existencia, —
Que á su infinita evolución preside, —
¡ No morirá ! ¡ más que los bronces fuerte,
Resistirá á los golpes de la suerte !

¡ En su sustancia incorruptible y pura
Más firme que el acero y el diamante,
El dolor gastará su mordedura
Y su lima las horas, incesante ;
Cuando deshecho baje de la altura
El orbe con fragor horrisonante,
Ella invencible, enérgica, divina,
De pie verá la universal rüina !...

¡ No muere el hombre ! — ¡ Su caduca vida
Al hundirse en la negra sepultura, —
Cae tan sólo, en polvo convertida,
Su frágil y terrestre vestidura ;
Crisálida inmortal, de luz vestida,
Tiende el alma sus alas á la altura,
Y en victorioso arrebatado vuelo,
En los abismos piérdese del cielo !...

. . . . . .
. . . . . .

Y, en esfera más alta, á vida nueva
Se alza, vestido de una nueva forma ;

Muere y renace allá ; y en otra prueba,
Otra sustancia mas etérea informa ;
Y, así, por grados sin cesar se eleva,
Y, en progresiva serie, se transforma ;
En vasta metamórfosis externa,
En ascendente evolución eterna...

Su envoltura exterior y externa gala
Cambiando, así, con ansiedad inquieta ;
Y, en incesante actividad, el ala
De un planeta elevando á otro planeta ;
Por la infinita sideral escala
Sube del orbe á la unidad secreta,
De la inmensa pirámide á la cumbre,
Centro de vida, manantial de lumbre...

¡Mas en su eterno viaje le acompaña
Implacable el dolor! ¡En donde quiera
Le alcanza el golpe de su adusta saña
Y su mano de bronce dura y fiera ;
Ni humano ardid su vigilancia engaña,
Ni súplica le ablanda, lastimera ;
Centinela terrífico y sombrío
Que se cierne en los campos del vacío !!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

—

Cual, gimiendo de horror, el condenado
Lucha sobre el cadalso en ancha plaza
Con siniestro verdugo enmascarado
Que le oprime y sujeta y amordaza ;
Así con el adverso incógnito hado
Relucha el hombre, y al vivir se enlaza ;
¡Mas al golpe, por fin, de su cuchilla,
Cae del abismo en la fatal orilla !!

. . . . . .

En vano intentas eludir sus sañas,
¡Hombre infeliz! pues tradición oscura
Refiere que engendraron las entrañas
De la necesidad antigua y dura
Dos tristes hijas, á la dicha extrañas —
La infausta humanidad y la natura, —
Y el mal, su hermano, — ¡triunfador monarca
De cuanto el mundo y el espacio abarca !...

. . . . . .

Bajo el brazo feroz del carnicero
Sintiendo en la garganta ya el cuchillo,
No se lamenta el cándido cordero
Que alegre, ayer, triscaba entre el tomillo ,
Su llanto silencioso y lastimero
De sus ojos anubla el manso brillo ;
¡Y lamiendo la mano que le hiere,
El cuello dobla y resignado muere !...

. . . . . .

¡Mas yo no así!... ¡Á los golpes de la suert
Cansado de servir de eterno blanco,
Y sus saetas, en reposo inerte,
De recibir en mi sangriento flanco;
El hierro, al fin, con brazo airado y fuerte
De mis entrañas míseras arranco,
Y mi mano, con grito de venganza,
Á esa deidad maléfica le lanza!

. . . . . .

¡Alzar la frente contra el hado fiero
Que en nuestro corazón su espada embota,
Oponiendo á los golpes de su acero
Del firme orgullo la templada cota;
Y al caer en el polvo del sendero,
La sangre hirviente que del pecho brota,
Vencido y moribundo, cual Juliano,
Lanzar al viento con airada mano!...

¡La sangre, sí, del justo, el inocente!
¡De la víctima inerme del destino!...
¡Que de la inmensidad caiga en la frente
Y su esplendor empañe, diamantino;
Y que su oscura mancha eternamente
Marcada quede, cual tremendo sino,
Padrón del mal que con placer profundo
Perpetuamente tiraniza al mundo!

. . . . . .

. . . . . .

¡Que encima de los soles me levante
Potente brazo, ó en el caos me hunda !
¡Ó contra el cielo, en golpe resonante,
Despedace mi frente moribunda !
¡ Que la planta furiosa de un gigante
Mi ser esparza, como escoria inmunda,
Ó con peso inmensísimo me oprima ;
Y en suplicio tan hondo, siglos gima !...

¡Que todas, de mi triste ser, disueltas
Las partes sean ! — ¡ y, en eterno grito,
Las lleve el huracán por las revueltas
Del abismo de horror de lo infinito !...
¡Que, en sus crujientes prodigiosas vueltas,
Mis miembros rompa, — nuevo Ixión maldito,
Por ley fatal de mi destino adverso,
La rueda colosal del Universo !...

¡Jamás me quejaré ! ¡ nunca un acento
Se exhalará de mi crispada boca ;
Yo sufriré tan bárbaro tormento
Paciente y mudo como inmóvil roca !
¿Á qué herir, á qué herir el firmamento
Con gritos de dolor ó de ira loca,
¡ Ah ! si la inmensidad no tiene oido
Que escuche nuestro mísero gemido ?...

LA EDAD PRESENTE

FRAGMENTO

Al doctor Don Evaristo Gómez Sánchez

Solitaria, salvaje, cavernosa
Es la oscura hondonada de la vida
Do, en esta edad infanda y dolorosa,
La humanidad se encuentra sumergida ;

Á su recinto, con engaño artero,
Con rudo empuje ó con rugiente amago,
Nos trajo por fatal desfiladero
La airada hueste del destino aciago ;

Fiero arcángel, gigante centinela,
De nosotros en pos, cerró la entrada...
¡Imposible volver ! ¡porque allí vela
Lo irrevocable con fulmínea espada !

¡Al frente, allá, del desolado valle
La contrapuesta y áspera garganta,
Formando estrecha, tortüosa calle,
Se hunde entre abismos cuya vista espanta !

Desconocidos monstruos y terrores
Moran en su callado seno oscuro
Que con manto de inmóviles vapores
Aun envuelven las brumas del futuro...—

¡Parece la ancha sima, de la tierra
Ahondarse hasta en las lóbregas entrañas,
Y por do quiera, el horizonte cierra
Barrera de titánicas montañas !

Cayendo vertical del alto cielo,
Fulgor escaso la quebrada alumbra
En cuyo fondo, cual opaco velo,
Reina perpetua funeral penumbra ;

De la sombra al través, en las alturas
Se ven surgir, — vanguardia de los hados, —
Cubiertos de aceradas armaduras,
Taciturnos dolores y cuidados ;

¡Y en lo profundo, como vil rebaño,
Devorada de interna pesadumbre,
De ansioso afán ó acerbo desengaño,
Yace inmóvil la humana muchedumbre ! —

¡En la lid ya sus cuerpos destrozados
Y por el hambre y el cansancio yertos,
Y los dolientes miembros quebrantados
De sangre y polvo y de sudor cubiertos,

Falta á la turba mísera el aliento
Para seguir más lejos su camino
Y afrontar con impávido ardimiento
Los azares y luchas del destino !

¡Cuánto dolor grabado en las facciones
Se mira, de sus pálidos semblantes,
Y en la quietud ó rudas convulsiones
De músculos y nervios palpitantes !

Unos postrados entre incultas breñas
Yacen en consternadas multitudes ;
Otros de pie ó sentados en las peñas
En diversas, dolientes actitudes : —

Vuelta la faz á la remota altura
Y tendidos los brazos hacia el cielo,
Se mira allí una pálida figura,
Con expresión de inenarrable duelo ;

Otra, echada hacia atrás, sobre la frente
Las manos con dolor tiene enlazadas,
Velando bajo el párpado doliente
Sus pupilas de lágrimas bañadas ;

Otra, en silencio y en quietud sombría,
La faz cubierta con espeso manto,
Se ofrece á la pasmada fantasía
Como la estatua inmóvil del quebranto ;

¡Allí, sentado un hombre, en las rodillas
Fijos entrambos codos, y apoyadas
En los crispados puños las mejillas,
Muestra dolor sin nombre en sus miradas!

¡Otro, la faz doblada sobre el pecho,
En funeral desolación profunda,
Hunde sus manos con feroz despecho
En su cabello que su rostro inunda!...

. . . . . .

¡Por intervalos, cual oír se deja
El murmullo del viento entre las cañas,
Circula entre esos grupos sorda queja,
Indistinto clamor de sus entrañas!

Y al cielo alzando las ansiosas frentes
Y en derredor mirando en lontananza,
Sollozan, prosternándose dolientes:
¡Ya no hay para nosotros esperanza!

. . . . . .

. . . . . .

1878.

LA NATURALEZA

¡Surge de vasta lóbrega caverna
De los seres la inmensa catarata,
Por breve instante, á la región externa,
Y hacia su oscuro fondo se arrebata ;
El astro inmóvil de la vida eterna,
De lo alto, alumbra con fulgor de plata
La gigante parábola hervidora...!
¡Y el abismo, sin tregua, la devora !

(Autógrafo Americano.)

NOCHE DE DOLOR EN LAS MONTAÑAS

Á don Juan Valera.

Rugió la tempestad; y yo, entretanto,
Del monte al pie, la faz sobre la palma
Vertiendo acerbo inextinguible llanto,
Quedé, en su pena adormecida mi alma;
Cuando cesó el sopor de mi quebranto,
Limpio estaba el azul, el viento en calma...
¡Y con asombro y amargura y duelo,
Alcé mi rostro á contemplar el cielo!...

Sirio radiante sin cesar lucía;
Saturno, inmóvil, del cenit miraba
La vida universal... La *Láctea Vía*
Que con luz taciturna centellaba
Y al orbe en ancho círculo envolvía, —
De brillantes escamas, semejaba
La infinita simbólica serpiente
Que se está devorando eternamente!...

¡Cuánto silencio! ¡oh Dios! ¡cuánto reposo!
¡Y cuán honda y fatal indiferencia!

¡Cuán extraño ese todo prodigioso
Es del hombre á la mísera presencia!...
¡Al comprenderlo, un pasmo doloroso
Penetra y acongoja la conciencia,
Y en sus abismos íntimos clarea
Una tremenda é implacable idea! —

Gira el mundo en el vasto firmamento
Con pompa augusta y majestad suprema,
Y se agita, en acorde movimiento,
De los astros sin fin el gran sistema...
¡Y el hombre pasa, alzando su lamento,
Y de su propio ser con el problema;
¡Sufre y muere!... ¡y no turba su caída
El perpetuo banquete de la vida!

Ser inmenso encerrado en su egoísmo
Parece el Universo soberano,
Ó un colosal y ciego mecanismo
Que gira sin cesar; y el ser humano, —
¡El que, entre todos, siéntese á sí mismo, —
La arista deleznable, el leve grano,
Que va á saciar, sin que eludirlo pueda,
La actividad de la gigante rueda!

¡Un resorte es, tal vez, de aquella vasta
Maravillosa máquina divina,
Mas resorte que sufre! ¡que se gasta,
Y que siente su próxima rüina! —

¡Ser cuya triste pequeñez contrasta
Con su instinto que á lo alto se encamina!. .
¡Que vive un día en cautiverio infando,
Eterna vida y libertad soñando!

¡Vive! ¡en su mente el doloroso drama
Llevando de sus propios pensamientos;
Conjunto extraño, mísero amalgama
De opuestos y encontrados elementos;
Mezcla de sombra y de celeste llama;
Antítesis de todos los momentos;
Híbrido ser; en medio á cuanto existe,
De la fatalidad víctima triste!

Como el príncipe aquel infortunado
De los extraños cuentos orientales,
Que, en su inferior mitad petrificado,
Lloraba inmóvil sus eternos males;
Á la inerte materia encadenado
El hombre, así, por vínculos fatales,
De las regiones ínfimas del suelo
Ansioso mira y suspirando el cielo!

Más dichoso, — del ángel puro y fuerte
No oprime el barro la sustancia aeria;
La inmóbil planta, el mineral inerte,
Son insensible estúpida materia;
Siente el bruto los males de su suerte,
Pero no á su dolor y á su miseria

Da una perpetua y céntuple existencia
El cristal refractor de la *conciencia!*

Sólo él, que se llama el rey egregio
De la vasta creación puesto en la cumbre,
Sólo él recibe el alto privilegio
De la razón, con que su noche alumbre;
Él tiene el pensamiento, signo regio
Que en su frente refulge, interna lumbre,
Del Universo misterioso espejo,
Y de su propio ser sombra y reflejo :

¡Don prodigioso, mágico, sublime,
Más funesto á la vez! en él se halla
La fuente de la angustia que le oprime
Y del inquieto afán con que batalla :
Como una espada fúlgida le esgrime,
Y la tierra á sus plantas avasalla;
¡Mas ella le abre una profunda herida
Que bálsamos no curan de esta vida! —

Tal vez, cual rey que abdica su corona,
Él renuncia á tan noble preeminencia,
Al atributo que su estirpe abona,
Á esa invisible y mágica potencia;
Á los torpes instintos se abandona,
Y á la del bruto iguala su existencia;
Feliz en su abyección... mas ¡ay! ¡si un día
Aquel rayo se enciende que dormía!...

¡Despierta! de su espíritu las alas,
Sacudiendo la vasta pesadumbre
De lo real, por las etéreas salas
Le alzan del orbe á la sublime cumbre;
Mira á sus pies de la creación las galas,
Sobre su frente la sidérea lumbre...
¡Y en su alma, dilatada en lo infinito,
De la vida inmortal se eleva el grito!

Baja después al mundo... y anegada
Su alma en las ondas de una nueva vida,
Al tender por la tierra la mirada
La ve de extraña magia revestida;
De la espaciosa terrenal morada
El variado espectáculo, embebida,
Contempla sin cesar, ¡y en la belleza
Se absorbe de la gran naturaleza! —

El sol, de eterna majestad vestido,
Que nace en calma allá en el oceano,
Cuando, como de amor estremecido.
Palpita y se alza su cerúleo llano;
Cuando bullente mar de oro fundido
Su faz semeja; y su vapor liviano
Flota en los aires, y escalando el monte,
Desvanece el perfil del horizonte;

Cuando, en las altas cúspides quebrados,
Hieren los dardos de oro las montañas...

Y de los hondos valles y collados
El humo se alza ya de las cabañas;
Y el distante mugir de los ganados
Se oye, y la voz de montes y campañas;
Y de la tierra la anchurosa escena
De luz, de vida y de rumor se llena!

Los espumosos rápidos torrentes
Que, de los montes rudos y sombríos
Relumbrando en las ásperas vertientes,
Bajan al valle; los sonoros ríos
Que, en caprichosos giros refulgentes,
Por entre bosques, pueblos y plantíos,
Se pierden en confusa lontananza...
¡Como un sueño de amor y de esperanza!

La hora augusta, callada y ardorosa
Del meridiano universal sosiego,
Cuando la Tierra extática reposa
Bajo su blanca túnica de fuego... —
Las sombras de la tarde misteriosa;
De la campana el clamoroso ruego,
Mientras el sol se oculta paso á paso
En las pompas sublimes del ocaso;

Del labrador alegre los cantares,
Que, más feliz que próceres y reyes,
De la diurna faena á sus hogares
Al paso vuelve de sus tardos bueyes;

Las voces de las granjas y lagares;
El tropel y balido de las greyes
Que en silencio al redil el pastor guía,
Á las vislumbres últimas del día;

Venus que asoma rutilante y pura
Del dudoso crepúsculo entre el velo;
La muchedumbre de astros que fulgura
En el profundo cóncavo del cielo,
Mientras cubre aún la tierra sombra oscura. .
¡Y el alma siente indefinible anhelo
Bajo esa inmensa y trémula techumbre
De viva, ardiente y fulgorosa lumbre!

¡La aparición de la triunfante luna
En el azul más claro del vacío,
Que con serenos rayos la laguna
Argenta y la montaña y selva y río... —
La misteriosa oscuridad que aduna
Tal vez la noche en su recinto umbrío,
Mientras del mar en la tiniebla oculto
Resuenan los gemidos y el tumulto!...

Las nebulosas noches en que vela
El firmamento sombra vaporosa,
Cuando la luna trémula rïela
En la mar alterada y tenebrosa,
Y su argentada rutilante estela
Sigue el vaivén del onda silenciosa...

¡Y en el alma se eleva, conmovida,
Como el recuerdo de otra augusta vida!...

¡Las montañas inmobles y severas
Que se reflejan en el hondo lago,
Cuyo luciente espejo auras ligeras
Tan sólo agitan, en amante halago;
Sus ondas que en las plácidas riberas
Lentas expiran con murmullo vago;
Los Nevados que elevan á lo lejos
Sus cúpulas de fúlgidos reflejos!...

Los azulados pálidos albores
De la aurora en los valles indecisa;
El amante susurro de las flores
Que el soplo inclina de la fresca brisa;
De la escondida fuente los rumores;
De los cielos la fúlgida sonrisa;
La blanca nube que en su fondo rueda;
La tórtola que gime en la arboleda...

Del panorama espléndido del Mundo
Cada aspecto magnífico y diverso,
Cada acento sonoro ó gemebundo
Del himno augusto en la creación disperso, —
De un sentimiento incógnito y profundo
Llenan su corazón; y al Universo
Estrecha su alma con gigante abrazo,
Y unirse quiere en perdurable lazo!

¡Perpetuamente contemplar quisiera
De la tierra y los cielos la hermosura;
Y, siguiendo en su rápida carrera
Á la gloriosa é inmortal natura, —
Al revolver de la celeste esfera, —
En éxtasis de amor y de ventura,
Del éter por las vastas soledades
Atravesar con ella las edades!

¡De la ley de la muerte vencedora,
Gozar quisiera de inexhausta vida,
Sin noche, sin ocaso y sin aurora,
Sin término, ni valla, ni medida!
¡Y la infinita sed que la devora
Así saciando, — al Universo unida,
Su espíritu fundiéndose en su esencia,
Abismarse en la cósmica existencia!...

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Y siente que en su seno palpitante
Flecha mortal le clava cada hora,
Y que con mudo diente cada instante
Oculta parte de su ser devora;
Que en débil cuerpo su alma vacilante
Se encierra, cual antorcha tembladora
Que de opaco alabastro en frágil urna
Se agita á la merced de aura nocturna;

Que, á pedazos, su ser de angustia lleno
Se queda de la vida en los abrojos...
Y pronto al orbe fúlgido y sereno
Se cerrarán sus fatigados ojos!
Y que sobre la tumba en cuyo seno
Yacerán sus inmóviles despojos
Eternamente trémulas y bellas
Lucirán en silencio las estrellas!...

Comprende que, por fallo del destino
Á que es empeño inútil que resista,
Brillará el espectáculo divino
Después que el triste espectador no exista...
Y otras gentes vendrán con igual sino,
Y disfrutando un punto de su vista,
Cual remolinos pasarán de arena!...
¡É Isis inmóvil seguirá y serena;

¡Que, como el dios á quien sangriento rito
En sus altares consagró Cartago,
Torvo el hado, imperando en lo infinito,
El ser devora en incesante estrago;
Y, sin que alcance á detener el grito
De universal dolor su curso aciago,
Al través de la ruina de las cosas
Siguiendo va sus sendas misteriosas!

¡Que es la vasta creación, con los fulgores
De sus eternos astros, con la orquesta

De sus seres, y cantos y rumores...
El coro inmenso, la perpetua fiesta
Entre la cual la humanidad, de flores
Marcha ceñida, y á morir dispuesta!
¡Ifigenia inocente y resignada
Ante ignota deidad sacrificada!...

¡Comprende que es inútil su esperanza!
¡Que, — blanco de la cólera tremenda
Del destino implacable ó la venganza,
Ó ante su altar propiciatoria ofrenda, —
Por fuerza oculta arrebatado avanza
Gimiendo el hombre en la terrestre senda,
Á cuyo fin le espera silenciosa
La universal y sempiterna fosa!...

¡Oh indecible dolor!... ¡oh desventura
Eterna, inevitable é infinita!
¡Contradición fatal! ¡ley de amargura
Á nuestra raza mísera prescrita!...
Si por do quier á la infeliz criatura
Su propia y triste condición limita,
¿Por qué esta sed que nos devora interna
De amor, de vida y venturanza eterna?

¿Por qué esta ansia de espíritu gigante
Puesta en un ser efímero y mezquino?
¿Por qué este anhelo inmenso é incesante
De lo eterno, inmortal y lo divino,

Si el sueño irrevocable de un instante
Sólo es la vida que le dió el destino;
Niebla que en el azul del firmamento
Veloz agrupa y desvanece el viento!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Ah! ¡desde el punto mismo en que esa idea,
Esa duda terrífica, en su mente
Con resplandores fúnebres clarea,
Muerta ya el hombre su esperanza siente;
Cual de vasto sepulcro opaca tea,
Ve lucir en el Orbe el sol ardiente,
Y, á sus miradas, de tristeza un velo
Cubre la tierra y oscurece el cielo!

¡Ella la luz de su ventura apaga,
Y su alma llena de mortal despecho;
Cual honda herida ó incurable llaga
La lleva oculta en su doliente pecho;
Los goces mismos del amor estraga;
Y cual genio crüel puesto en acecho,
Detiene el brazo con que, en ansia loca,
La copa del festin lleva á su boca!

¿Á qué apurar los terrenales goces
Y el inefable amor de las mujeres,

Si sabe que disípanse veloces,
Cual sombra de una nube, sus placeres?
¿Si en derredor, con lamentables voces,
De los terrestres y caducos seres
El triste coro sin cesar le advierte
Que es su cercano término la muerte?

¿Si es la vida la estancia opaca y fria
Do al abatido preso silencioso,
Mientras que llega de su muerte el día,
Breves horas conceden de reposo; —
Vestíbulo fatal de la sombría
Eternidad, — pasaje misterioso
Entre la cárcel de la nada oscura
Y la negra y eterna sepultura?

¿Al condenado imitará, que, en vano,
Su congoja en el vino ahogar espera,
Y el olvido beber del ya cercano
Tremendo instante de su muerte fiera;
Que de la orgía en el tumulto insano
Pasa su infanda noche postrimera;
Y, con amarga risa, bebe y canta,
Mientras que su cadalso se levanta?

¿Ó, — de la adusta realidad el ceño
Huyendo estremecida su conciencia, —
Se adormirá tal vez con el beleño
De insensata y letal indiferencia;

Y en profundo sopor y largo sueño
La noche pasará de su existencia,
Hasta que el vivo rayo de la aurora
Venga á anunciarle del morir la hora?

¿Ó, cual víctima inerme que, doblada
Ante el hosco verdugo la rodilla,
Pálida, suplicante, é inundada
En lágrimas cobardes la mejilla,
Procura en vano detener la espada
Que alzada en alto ante sus ojos brilla;
Así eludir el golpe *necesario*
Querrá el hombre, del mudo victimario?...

¡Nó! Armada de la séptuple coraza
De firme voluntad el alma fuerte,
El golpe esperarás con que amenaza
Tu inerme seno la infalible muerte,
¡Oh tú de Adán desventurada raza,
Hija desheredada de la suerte!
¡Y le opondrás la calma y la grandeza
De tu heroica invencible fortaleza! —

De la enemiga tribu prisionero
Y próximo á sufrir muerte crüenta,
Atado al tronco el índico guerrero
Las breves horas de su vida cuenta;
Inmóvil, silencioso y altanero,
No á sus contrarios apiadar intenta;

Su suerte acepta; y de la turba impía
Desdeñoso la saña desafía;

En lo pasado engólfase su mente
Largo tiempo, al rumor que en la enramada
Forma el viento que le habla tristemente
De su selva, su choza y de su amada...
Levanta, al cabo, la inclinada frente;
Centellante recorre su mirada
De sus verdugos el salvaje coro...
¡Y al fin entona un cántico sonoro!

¡Un cántico de muerte y de victoria!
¡Himno á la vez triunfal y plañidero!
Que toda encierra la sangrienta historia
De sus luchas *de guerra en el sendero;*
¡Apoteosis de su propia gloria!
¡Consolación de su suplicio fiero!
En su labio crispado al fin expira...
¡Y el cuerpo entrega á la inflamada pira! —

Así ¡oh tú, alma generosa y fuerte
Que el soplo alienta de viril potencia!
Aceptar debes de la adversa suerte
La injusta cuanto bárbara sentencia;
El aspecto cercano de la muerte
Mirarás con estoica indiferencia;
¡Y, al morir, sin flaqueza y sin quebranto,
Entonarás tu funerario canto!

Y en él dirás : — de tus fugaces años
Las luchas, los cuidados y dolores,
Incertidumbres, dudas, desengaños...
De la instable fortuna los rigores;
De la callada edad los lentos daños;
De los seres más caros y mejores
La inesperada eterna despedida,
Que extingue la mitad de nuestra vida...

De invisibles contrarios el asedio
En la terrestre encarnizada guerra;
La ponzoña letal y sin remedio
Que allá en su fondo nuestra copa encierra;
La creciente congoja y hondo tedio
En nuestro triste viaje por la tierra...
¡Y aquel amargo y desdeñoso acento,
Muriendo, arrojarás al firmamento! —

¡Del propio crimen que nosotros reo,
Sufriendo atroz suplicio en la alta roca,
No, de Jove, el antiguo Prometeo
Con viles ruegos la piedad invoca;
Encadenado el torso giganteo,
Cerró el silencio del desdén su boca;
Mas, sublime, lanzó, con frente enhiesta,
Á la eterna justicia su protesta! —

¡Sí! que, al morir, elévese á lo menos
El grito de la mísera criatura,

Y traspasando los etéreos senos,
Allá resuene en la celeste altura;
Que en los espacios mudos y serenos
Eterno vibre su eco de amargura...
¡Y que después deshágase y sucumba,
Y en polvo caiga en ignorada tumba!

Al pie de los Apeninos, enero de 1872.

ODISEA DEL ALMA

Á la santa memoria de
mi tierna y abnegada madre,
consagro este poema.

SUMARIO

I. Al despertar. — Viaje del alma hacia el pasado. — El valle de la infancia. — Ensueños. — Los juegos olímpicos de la vida. — Aspiraciones. — II. Vuelta del alma á la realidad. — Historia íntima. — El palenque de la existencia. — El presente. — III. Combate diario. — Desolación. — El anfiteatro del mundo. — Grito supremo.

Hasta mi estancia, entre el confuso ruido
Que forma la ciudad en la mañana,
En alas de la brisa conducido,
Ha llegado, al través de mi ventana,
De distantes vacadas el mugido : —

De amor y alarma alto y profundo acento;
Largo clamor de tristes vibraciones;
Ronco grito, ardoroso llamamiento
Que, — por lentas graduales inflexiones, —
Acaba en un hondísimo lamento :

En cuyos tiernos sones prolongados
La salvaje hermosura y la tristeza
Se siente de los bosques y los prados,
De las rudas montañas y collados,
¡De toda la inmortal naturaleza... —

Al oírlo, en fantásticos *mirajes*
Ha cruzado delante de mi ālma,
Bajo hermosos espléndidos celajes,
Panorama feliz de agreste calma, —
Risueños cuadros, — rústicos paisajes :

Un encantado valle, al que sombríos
Bosques dan paz, misterios y frescura;
Entre el follaje blancos caseríos;
Campos amenos de feraz verdura;
Murmuradores espumosos ríos...

Y, de amor y ternura estremecida,
Abandonando el mísero presente,
Mi alma llorosa, en instantánea huída, —
Ha remontado hasta su antigua fuente
El dilatado curso de mi vida.

¡Vuelvo á ser niño! - ¡veinte y nueve años
Para mí no han pasado, de dolores,
De inquietudes y acerbos desengaños!... —
En torno á la heredad de mis mayores
Mugen, al alba, inquietos los rebaños;

Su nota resonante y altanera
Alza á lo lejos vigilante gallo;
Y el silencio y la paz de la pradera
Sólo turba el clamor de alguna fiera
Ó el vibrante relincho de un caballo;

Al oriente del cielo aun tenebroso
Tiñe ya leve azul el horizonte,
Y su rayo indistinto y misterioso,
Bajando oblicuo del lejano monte,
Baña los mudos campos en reposo;

Bajo su influjo, con gentil sonrisa,
Lentamente la tierra despertando,
De su niebla despójase indecisa,
Cual de velo importuno; y ya la brisa
Pasa ramas y flores columpiando;

Orlado el río de salvajes cañas
Que unen lianas y agrestes madreselvas,
Con sesgo curso y músicas extrañas
Desciende entre las ásperas montañas
Que, al fondo, cubren azuladas selvas;

Entre el follaje del vecino huerto
Corren las fuentes con parleras ondas,
Y el coro de las aves, ya despierto,
Salta y entona el matinal concierto
Bajo las verdes y temblantes frondas... —

Allá en el interior de la alquería,
En mi oscuro aposento, abro los ojos
De pronto heridos por la luz del día
Que, entrando por la junta celosía,
Raya la sombra en trémulos manojos...

Y aun empapado en plácido beleño
Mi ser, entre ese vago claro-oscuro
De luz y sombra, de vigilia y sueño, —
Y entre el grave misterio del futuro
Y el presente dulcísimo y risueño, —

Indeciso, confuso y soñoliento,
Flota y revuela en giro vagabundo,
Cual si el alma cerniérase un momento
Entre el postrer confín del firmamento
Y los primeros límites del mundo...

Pero al fin mis sentidos indolentes
Á la vida despiertan, extasiados,
Al lejano rumor de los torrentes,
Al murmullo sonoro de las fuentes,
Al profundo balar de los ganados.

En la vecina estancia, á mis abuelos
Oyendo estoy que con murmullos graves
Alzan sus diurnas preces á los cielos;
Y en el jardín, despiertos con las aves,
Juegan ya mis hermanos pequeñuelos.

Por los patios y vastos corredores
La agitación percibo y los afanes
De labriegos que aprestan sus labores
Entre confusos rústicos rumores
Y al agudo ladrido de los canes;

Y oigo también las voces diferentes
De la turba de siervos que, á porfía,
Pasando de las trojes á las fuentes,
Principian ya con manos diligentes
Las faenas domésticas del día;

¡Y, — presidiendo á esa campestre escena
Trasunta de los tiempos patriarcales, —
Grave, afectuosa, musical, serena,
Con acentos sublimes é inmortales
La voz sagrada de mi madre suena!...

Al eco de esa voz sonora y pura
De magia llena y de celeste calma
Como un himno de incógnita dulzura,
Henchida siento hasta su fondo mi alma
De adoración y de filial ternura;

Y desde allí, ya estática divisa
Ni mente su bellísimo semblante
Y, á otra ninguna igual, esa sonrisa,
Suave cual del Edén fragante brisa,
Cual la luz de los astros, rutilante!... —

¡Esa sonrisa! ¡donde, á toda hora,
Mi alma encontró felicidad cumplida,
Y cuya luz perenne y seductora
Fué la celeste misteriosa aurora
Que alumbró la mañana de mi vida!

¡Perpetuo manantial, donde bebía
Mi ser, en dulce calma venturosa,
Néctar divino, mágica ambrosía...
¡Y que espero encontrar en algún día
En la infinita eternidad gloriosa!...

Y mientras que oigo, así, desde mi lecho,
Resonar esa voz en lontananza
Del santo hogar bajo el tranquilo techo,
Siento latir mi estremecido pecho
De ansiedad, de ambición y de esperanza.

Arder yo siento dentro el alma mía
Precoz, secreta, irresistible llama;
Y lleno el porvenir de poesía,
Se ostenta ante mi absorta fantasía
Como un vasto y sublime panorama;

Y mi ardoroso espíritu nutrido
De la Grecia y de Roma en las lecciones
Y de sus vates por la voz mecido,
Queda por largo espacio sumergido
En grandiosos ensueños y visiones... —

¡La vida ante mi vista se despliega
De la edad juvenil en los dinteles,
Cual noble circo : cual palestra griega
En campo inmenso que el Eurotas riega
Entre bosque de mirtos y laureles :

Más allá de las ondas cristalinas,
Como un risueño marco, sus alturas
Muestran frondosas plácidas colinas,
Por cuyas misteriosas espesuras
Cruzan faunos y ninfas peregrinas;

Cerca ya del confín del horizonte,
Envuelta en nieblas blancas y confusas,
La sacra cima elévase bifronte
Del misterioso inaccesible monte,
Mansión divina de las castas Musas;

Del alto Olimpo en la remota cumbre
Muestran los dioses sus augustas sombras...
¡Y, del sol de la Grecia entre la lumbre,
Del valle por las fértiles alfombras
Se agita rumorosa muchedumbre!...

Revestidos de clámides brillantes,
Y en círculo de vasto, inmenso radio
Agolpados sin fin los circunstantes,
Con ansiedad profunda, sus semblantes
Vuelven al centro del glorioso estadio;

¡Percibo allí las lenguas diferentes
De cien extraños pueblos y naciones,
Los clamores de ansiosos combatientes,
La voz de los heraldos impacientes,
Temblar penachos y flotar pendones!...

¡Y suena, al fin, para el ardiente atleta
La alta señal!... ¡en polvorosa nube
Se precipita hacia la ansiada meta
La lidiadora multitud inquieta;
Y el gran rumor hasta el empíreo sube!

¡Y sólo, entre la vasta polvareda
Se ve, que cubre el anchuroso campo,
El raudo huír de una ferviente rueda
Ó el refulgir de un eje que remeda
En denso nublo repentino lampo;

Ó la ansiosa figura de un auriga
Que, en el ardor de la marcial contienda,
Desdeñoso del riesgo y la fatiga,
Sus corceles indómitos hostiga,
Tendido, audaz, sobre la suelta rienda!...

¡Y llega al fin hasta la opuesta valla
El tropel de los carros! grito inmenso
Por todo el circo en derredor estalla;
Mas inmóvil, después, el pueblo calla,
Del fallo de los árbitros suspenso...

¡Y pronuncia una voz, en alto grito,
De los triunfantes los excelsos nombres,
Que cunden de la arena en el circuito...
Y que, en eco creciente é infinito,
De siglo en siglo escucharán los hombres!

¡Soberbia, altiva, en rumoroso vuelo,
Cual fúlgido celeste meteoro
Que, rasgando los aires, baja al suelo,
Tiende veloz por el azul del cielo
La victoria inmortal sus alas de oro;

È inmarcesibles palmas y coronas
Arroja á los insignes vencedores,
Por sobre el vulgo de diversas zonas
Que llena el campo con sus mil rumores,
Como la grande voz del Amazonas!...

Y en pos surgiendo la gigante Fama
Hasta el cenit entre esplendente pompa,
Con rostro audaz que el entusiasmo inflama
El triunfo al orbe atónito proclama
En su vibrante sonorosa trompa!

¡Y el gran concurso en cánticos triunfales
Rompe, y en *vívas* y entusiastas coros
Al feliz vencedor de sus rivales,
Al compás de las músicas marciales
Y al estruendo de címbalos sonoros!...

Y allá, de las frondosas arboledas
Por los claros y opacas lontananzas,
De los efebos y las ninfas ledas
Cruzar se miran las festivas ruedas
Y el círculo armonioso de sus danzas...

Y, — entre las multitudes agitadas
Como al soplo del austro espesas mieses
Ó cual ondas del mar, — contemplo alzadas
De los héroes las frentes coronadas,
Por cima de los fúlgidos paveses.

Y en las gradas, después, de excelso templo
Inundado en elíseas claridades,
En celeste apoteosis les contemplo,
Como sublime é inmortal ejemplo
Á las remotas pósteras edades!!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

«¡Yo también! ¡yo también! ¡oh madre! ¡siento
Del lidiador intrépido y del vate,
Dentro de mi alma, el generoso aliento!
¡También, para el olímpico combate,
El potente vigor y el ardimiento!

« ¡Yo, por las venas de mi ser difusa
Siento una llama ardiente, un fuego santo;
Y en mis entrañas una voz confusa,
Como la voz de la divina Musa,
Como un continuo y melodioso canto!

» Y aquella voz recóndita y extraña
Llena de misteriosas vaguedades,
Por do quiera mis pasos acompaña,
Junto al río, en el valle, en la montaña,
De la selva en las vastas soledades...

» ¡La flor, la nube, el bosque, la laguna,
Del ruiseñor las trémulas querellas,
El sol que muere, la naciente luna,
En el azul profundo las estrellas...
Cuanto en su seno el Universo aduna,

» Todo una extraña embrïaguez me inspira!
¡Todo habla á mi alma un mágico lenguaje;
Y á su influjo, mi ser tiembla y suspira,
Cual, suspensa de un sauce entre el ramaje,
Murmura al viento una templada lira!...

» ¡Cuando de algún poeta soberano
Oigo los bellos himnos palpitante,
Ó recorre sus páginas mi mano,
Como el acento de un distante hermano,
En mi alma se alza un eco semejante!...

» ¡Oh madre! ¡oh madre! ¡aquí bajo mi frente
Y aquí en mi ansioso estremecido seno,
Llevo encerrado un mundo efervescente,
Crepuscular, incógnito, naciente,
De incomparables esplendores lleno!

¡Siempre, del vulgo frívolo distinto,
He sentido emociones misteriosas
De mi alma recogida en el recinto;
Siempre he sentido un poderoso instinto
Que me empujaba hacia las grandes cosas!

¡Con augusta emoción, de mi conciencia
En el secreto fondo, de contino
Siento una extraña enérgica potencia
Que me impele á alcanzar alto destino
En la revuelta lid de la existencia!...

¡Oh madre! ¡oh madre! ¡cuán divina llama
Ciñe á esos héroes, de su patria orgullo!
¡Cuán dulces son los ecos de su fama!
¡Del porvenir cuán plácido el murmullo
Que allá en los siglos su victoria aclama!

¡Cuán vivos son y claros los destellos
De esa radiante é inmortal corona
Que ciñe, perfumados, sus cabellos!...
¡En generosa lid triunfar como ellos
Mi arrebatado espíritu ambiciona!...

¿Y de la excelsa cumbre en el asalto
Quedará, oh madre, mi ambición vencida ?
¿Será posible que, de aliento falto
En la ascensión difícil, de lo alto
Al fondo baje con fatal caída ?...

« ¡No! ¡no puede mentir este entusiasmo,
Esta nativa aspiración y anhelo,
Que llevo en mi alma con secreto pasmo !
¡No puede, no, con bárbaro sarcasmo,
Mis nobles ansias traicionar el cielo !

» ¡Yo también! ¡yo también! cual fuerte atleta
En la azarosa lid lanzarme quiero ;
Y tocando ante todos la ardua meta,
Conquistar los laureles del poeta
De la esplendente Gloria en el sendero...

» ¡Campo libre dejadme ! armas iguales
Dad á mi osada y vigorosa diestra ;
Y, sin miedo al tropel de mis rivales,
Ya veréis, ya veréis que en la palestra
Logro alcanzar coronas inmortales !

» ¡Virgen como la América, me anima
De ardiente inspiración soplo fecundo
Que manda al labio sonorosa rima ;
Y levanta mi espíritu y sublima
El genio celestial del Nuevo Mundo !

» ¡Cual de sus grandes selvas los raudales,
En la penumbra, así, del alma mia
Bullir siento armoniosos manantiales;
Y alza en ella sus cantos ideales
El fénix de una nueva poesía...

» ¡Campo!... ¡del triunfo preparad la copa
Para el joven cantor americano;
Porque él, en medio á la apiñada tropa
De los insignes vates de la Europa,
Va á desplegar su esfuerzo soberano!

» ¡Y os mostrará que,—aunque extranjero vate
Venido de comarcas tan remotas, —
Para su sien que de entusiasmo late
Sabe arrancar las palmas del combate
Que crecen con las aguas del Eurotas!

» ¡Campo libre dejadme! ¡abridme paso!
¡Con noble arrrojo, con viril denuedo,
Yo escalaré la cumbre del Parnaso...
Mi estro inflaman los cánticos del Taso,
Los arrebatos liricos de Olmedo!

» ¡Oyendo sus acentos inspirados, —
En torno de mi sien, nobles y grandes
Revuelan en tropel entremezclados
Los manes de los ínclitos cruzados,
Los legendarios héroes de los Andes!

» ¡Abridme paso !... ¡por mi patria lucho !..
¡Veréis que, si del mundo en el proscenio,
Como á mis padres relatar escucho,
Lució ayer los laureles de Ayacucho,
También ciñe las palmas del ingenio !

» ¡Verán, sí, de la Europa las naciones,
Al contemplar mis líricos trofeos,
Que si tiene la América varones
Émulos de Milciades y Escipiones,
También tiene patrióticos Tirteos !...

» ¡Luchando audaz con indomable brío,
Quiero hacer perdurable mi memoria ;
Y que escriba inclinada el nombre mío
En las tablas de bronce de la historia
Con pluma de oro la severa Clío !...

» ¡Abridme campo ! ¡que en la lucha ardiente
Quiero alcanzar con invencible brazo
Una palma, y un lauro refulgente, —
Que poner de mi madre en el regazo !
¡Que ceñir de mi América á la frente !...

» ¡Ah! ¡lo obtendré!... ¡me dice un grito interno
Que en la palestra arrancarán mis manos
La gran corona, el galardón eterno,
Entre el inmenso júbilo materno
Y el grito de placer de mis hermanos ! »

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

—

¡Así, en amor de gloria enardecido,
Soñaba el niño en el repuesto valle !... —
Mas cesa en la distancia ya el mugido ;
Y, en ecos mil, de la vecina calle
Sube á mi estancia el tumultuoso ruido...

Como en la faz del piélago azulado
Disipa el viento la flotante espuma ;
Como en el cielo, de arrebol bañado,
Vasto edificio de impalpable bruma ;
Así se borra el sueño del pasado ;

Y el valle de mi infancia, y la alquería,
Y aquél de gloria cuadro refulgente
Huye, que acarició mi fantasía ;
¡Y súbito se encuentra el alma mía
Delante de su mísero presente !

¡Y al salir de ese ensueño tan profundo
De antiguas dichas, de esperanza y gozo,
Y al ver deshecho ese brillante mundo,
Mi corazón doliente y gemebundo
Prorrumpe en un misérrimo sollozo !...

¡Oh dolor! ¡Á esos años de ventura
Presto siguiendo porvenir infausto,
En la flor de su edad y su hermosura
Mi santa madre, emblema de ternura,
Nos dió su dulce vida en holocausto:

Por sus hijos luchando valerosa
En tierra extraña contra adversa suerte,
Cayó sin fuerzas en la helada fosa
Y hace ya cinco lustros que reposa
En el inmóvil sueño de la muerte!

Como dos lirios, pálidos y bellos,
Miré también á dos de mis hermanos,
De sus ojos ya opacos los destellos,
Mezclados en la fosa sus cabellos,
Y entrelazadas sus pequeñas manos.

Traslado fiel de la virtud materna,
Consuelo de mis hórridos pesares,
Mi amada hermana cariñosa y tierna
Duerme al presente en soledad eterna
Al sordo arrullo de extranjeros mares.

¡Y mi padre, proscrito, triste, anciano, —
Bajo el brazo durísimo, de hierro,
De su destino reluchando en vano, —
Su vida en suelo terminó lejano,
En las perpetuas ansias del destierro!

¡Y del asilo de mis dulces sueños,
De la quinta cercada de colinas
Y orlada de vergeles tan risueños,
Tan sólo quedan, bajo extraños dueños,
Mudos escombros, dolorosas ruinas !...

¡Y yo, aunque adolescente todavía,
Probando ya del hado la fiereza,
Y crecido en atmósfera sombría,
Sentí sobre mi prístina alegría
Nube extenderse de mortal tristeza ;

Y aquella opaca sombra de dolores
Que envolvió mi temprana adolescencia,
De la dicha extinguiendo los fulgores,
Para siempre sus fúnebres colores
Proyectó sobre todo mi existencia !

¡Mas, en las fraguas del dolor templado,
Y en sed de gloria el alma aun encendida,
Joven, audaz, de mi valor armado,
Me lancé, como intrépido soldado,
En el abierto campo de la vida !...

¡Ah!... ¡no era ella esa inmortal palestra
Donde, en luchas valientes y leales,
Dando el atleta de su esfuerzo muestra,
Puede alcanzar en medio á sus rivales
Inmarcesibles palmas con su diestra !

Donde, del sol á la brillante lumbre,
Puede sus sienes circundar de gloria
Ante absorta infinita muchedumbre,
Y percibir desde sublime cumbre
Los futuros aplausos de la historia...

No era siquier caballeresca justa
Donde triunfa el impávido guerrero
Que con diestra maneja más robusta
La fuerte lanza y el templado acero ;
Y á que preside la equidad augusta ;

No era el vasto magnífico torneo
Donde, al vencer en generosa lucha
El paladín bajo marcial arreo,
Con noble orgullo en derredor escucha
Del pueblo el entusiasta clamoreo !... —

¡Era un vil campo, una siniestra lidia,
En donde esgrime la traición artera
La daga envenenada de la insidia,
En donde oculta anónima visera
El pálido semblante de la envidia !...

¡En donde lucha solitario el bueno,
Bañado el rostro en gélidos sudores,
Los pies hundidos entre sangre y cieno,
Y por los golpes destrozado el seno,
De adversarios astutos y traidores ;

Y al revolver en torno desoladas,
En su abandono y en su angustia acerba,
Hacia el concurso inmenso las miradas,
Sólo escucha las torpes carcajadas
De vendida ó estúpida caterva !

¡ Y si entrega á los hombres su memoria,
Es también engañosa su esperanza ;
Pues la ambición ó intriga proditoria,
De los contemporáneos y la historia
También el fallo á corromper alcanza !

¡ Y si la vista, en su congoja ruda,
Levanta hacia la bóveda del cielo,
La ve, sintiendo pavorosa duda,
Cual cúpula de bronce, sorda y muda,
Como inmenso sarcófago del suelo !...

¡ Circo fatal, de cuyas gradas, llenas
De festivo rumor, las multitudes
Luchando miran contra horribles penas
Á las dolientes mártires virtudes,
Cual contra tigres y feroces hienas !

¡ Vasta, sangrienta fosa de leones
Cual la del babilónico Profeta,
Do, de su ser dejando los jirones,
Sólo afronta el magnánimo poeta
Del vulgo vil las hórridas pasiones !... —

¡Campo de negros odios y rencillas,
Donde contra los buenos y los probos
Se unen de los malvados las gavillas,
Cual de canes famélicas traillas,
Como bandadas de voraces lobos ;

Y con faz torva y ademán villano
En torno suyo puestos en acecho,
Al fin le hieren con traidora mano,
Y despedazan su sangriento pecho,
Cual la raposa atroz del espartano !... —

¡Palenque de continuas asechanzas,
De dolo, de impostura y artificios,
De rastreras hipócritas venganzas ;
Do son secretos vínculos de alianzas
De los malvados, sus comunes vicios !

¡Do el generoso sobre redes pisa ;
Y con frecuencia la ira y los rencores,
Consternado y atónito, divisa
Ocultos tras de plácida sonrisa,
Cual áspid negro entre risueñas flores !... —

¡Campo de asaltos súbitos y fieros,
De encarnizada lucha cotidiana,
En donde de *hoy* los falsos lisonjeros,
Los amigos y amados compañeros,
Son tal vez los contrarios de *mañana !*

¡Donde, al caer las sombras de la tarde,
El pretenso magnánimo adversario
Que hizo ante el sol de su nobleza alarde,
De improviso conviértese, cobarde,
En asesino infame y sanguinario ;

Y do á sus enemigos impotentes
El paladín, — depuesta la armadura, —
Siente en la sombra levantar las frentes,
Y clavarle su aleve mordedura,
Cual deformes maléficas serpientes !... —

¡Inmenso espacio de la fuerza asiento ;
Do fijó la injusticia su reinado ;
Donde ve sin cesar el firmamento
Del justo el doloroso vencimiento,
La insolente victoria del malvado !...

¡Del mal inexpugnable ciudadela, —
En los siglos su sólido baluarte, —
En cuya cumbre el infortunio vela ;
Do ante los orbes desplegado vuela
Su silencioso fúnebre estandarte !...

¡Del escarnio y oprobio ancho sendero,
Donde la humanidad á su Mesías,
Abrumado bajo áspero madero,
Arrastra siempre hacia suplicio fiero
Del pasado en las negras gemonías ;

Y sobre el monte, de su cruz pendiente
Al mirarle, de júbilo nefario
Estremecidas sus entrañas siente...!
¡De la maldad Tabor resplandeciente,
De la virtud cruentísimo Calvario !!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Vi que era duelo y sombra la existencia ;
Y círculo del Dante el vasto mundo ;
Y me enseñó inflexible la experiencia
Que es el desprecio universal profundo
El último resumen de su ciencia !...

¡Eso era el mundo!...¡ay cielos! ¡cuán diverso
De aquel Edén de gloria y de alegría,
De ese de luz espléndido universo,
Que, — aun ignorante del destino adverso, —
En su espacio elevó mi fantasía !...

¡Y he luchado seis lustros, sin embargo,
Domando mudo mi dolor interno ;
Mas, después del combate crudo y largo,
Siento mi corazón, cual hiel, amargo,
Y oscuro como noche del invierno !...

¡Todas las esperanzas que mi cuna
Circundaron cual bellas dulces hadas,
Vi perderse en el cielo, una por una,
Al acento feroz de mi fortuna,
Como blancas palomas desbandadas !

Busqué la gloria ; y, — con la sangre, rojas,
Que destilaba de mi herido seno,
Y tras largas fatigas y congojas, —
Alcancé de su lauro escasas hojas ;
¡Mas encerraban un letal veneno !... —

¿Ni cómo alzarse el alma á las serenas
Cumbres del ideal, cuando enclavada
Se halla en la simas ásperas terrenas ;
Y del vivir las ímprobas faenas
Se disputan, sin tregua, su jornada ?

¿Cuando sufre el poeta, á toda hora,
De la feroz fatalidad el yugo ;
Y sobre la alta mente soñadora
Sintiendo está su mano abrumadora,
Como la férrea mano del verdugo ?

¿Cuando en el diurno é ínfimo combate
Contra vulgares penas é inquietudes
Sus nobles fuerzas desperdicia el vate ?
¿Cuando su ardor la indiferencia abate
De ignorantes ó ciegas multitudes ?...

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Y he proseguido, sin cesar, mi viaje
Por el lodo y malezas del camino,
Sin que nadie entendiera mi lenguaje
De las gentes que hallaba á mi pasaje,
Cual de otros mundos triste peregrino!...

¡Mi ventura tronchóse como el lirio
Que el cierzo arrastra entre espinosas breñas!
¡Se hundió en la nada mi falaz delirio!
¡Y aun gimen, recordando mi martirio,
Del sendero las rocas y las peñas!...

¡Ay!... ¡Desde el fondo de la antigua *hacienda*,
Por climas diferentes y naciones
De mi largo vivir cruzó la senda;
Ancho rastro de sangre y de aflicciones
Do quier dejando en la fatal contienda!

¡Y esas eran, las ínclitas empresas
Con que mi alma soñó llenar la vida!
¡Las altas realidades eran esas!
¡La suerte, así, de mi niñez florida
Me cumplió las dulcísimas promesas!...

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Henchida el alma de tediosa pena,
Hoy yazgo como el náufrago navío
Lleno de aguas salobres y de arena,
Tumbado sobre el áspero bajío,
Y en cuyo flanco la borrasca truena.

Con formidable estrépito profundo
Se ha desplomado en mis endebles hombros
De mi esperanza el gigantesco mundo;
¡Y hoy vago sollozante y gemebundo
Entre su inmensa ruina y sus escombros!...

¡Y he aquí que de repente me despierto,
Todos deshechos mis ensueños vanos,
En medio de un vastísimo desierto,
De negro luto el corazón cubierto,
La sien rugosa y los cabellos canos!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

—

¡Silencio!... derramando viva lumbre,
Ya el sol del horizonte se desvía
Y lento asciende hacia la etérea cumbre:
Ya empezó la afanada muchedumbre
El bullicioso tráfago del día.

¡Es tiempo ya de que con firme empeño
Á combatir volvamos contra el hado,
Y á afrontar de la vida el duro ceño :
Ya transcurrió la hora del ensueño;
La hora de la lucha ya ha sonado!

Ya nos reclama la fatal tarea :
¡Aun tu gemido! ¡oh corazón! ¡acalla!
¡Afuera ya la multitud vocea...
Volvamos otra vez á la palea!
¡Volvamos otra vez á la batalla!...

Lancémonos en medio á su destrozo
Sofocando en el pecho palpitante
De tu dolor el trémulo sollozo;
Y de glacial indiferencia ó gozo
Mostrando la expresión en el semblante :

Aun prosigamos con tenaz coraje
Ésta de la existencia lucha extraña,
Que es una lid y es á la vez un viaje,
Cual la *senda de guerra* del salvaje
Ó en tierra ignota múltiple campaña;

Guerra en que el enemigo está en acecho
Detrás de cada roca y cada tronco;
Ó nos espera en cada paso estrecho;
Y puede coronar cada repecho
De sus trompetas al estruendo ronco...

Y puede hallarse tras de cada monte
Su hueste ya en batalla desplegada,
Ó en la línea asomar del horizonte;
Como en la peligrosa retirada
Del relato inmortal de Jenofonte...

Mas, para ese combate largo y fiero,
Marchemos con las armas bien templadas
Y guarnecidos de infrangible acero,
De la cabeza al pie, como el guerrero
Solitario y audaz de las Cruzadas!

¡Y adelante animosos prosiguiendo
Por la ancha ruta que la sangre riega,
Del contrarto escuadrón el choque horrendo
Resistamos, sin tregua combatiendo
Entre el alto clamor de la refriega!... —

Si alguna vez nuestra templada cota
Llegamos á sentir, en la batalla,
Al duro filo de la espada, rota,
Y nuestra sangre de la herida brota
Entre el tejido de la férrea malla;

Si adversa lanza, con empuje rudo
Á nuestra frente intrépida asestada,
Nos hiende el fuerte triplicado escudo;
Y, rodando por tierra la celada,
Nuestro rostro en la lid queda desnudo...

¡Que nunca de dolor un solo acento
Brote de nuestros labios! ¡ni del alma
Revele el congojoso desaliento!
¡Que ni un pliegue de oculto sufrimiento
Turbe de nuestra faz la inmóvil calma!

¡No demos, corazón, al vulgo indigno
De nuestros sufrimientos la alegría;
Que no sorprenda su mirar maligno
En nuestra frente involuntario signo
Del dolor ó la íntima agonía!

¡Que hallen siempre sus ímpetus feroces
De mi ancho pecho la invencible roca,
Y sus ardientes cóleras atroces,
Sus insultantes clamorosas voces,
La altanera sonrisa de mi boca!

¡Sobre esa turba, sin flaqueza ó miedo,
Fulminemos la aguda y fuerte lanza
Ó la tajante espada de Toledo!...
¡Que comprenda de mi ánimo el denuedo!
¡Que sienta de mi brazo la pujanza!

¡Y aunque rugiendo pugne y se revuelva
En mi redor en denso remolino;
Aunque contra mi pecho airada vuelva
De agudas picas erizada selva;
Hacia adelante abrámonos camino!

¡Como allá en Roncesvalles, de Rolando
Descollaba la talla gigantea
Entre el opuesto innumerable bando
Que, ante sus golpes hórridos cejando,
Por largo trecho temeroso ondea;

Cual, bramando impotente, la oleada
En torno al alto escollo se desborda;
Así, ante los mandobles de mi espada,
Cejará confundida y espantada
De la mundana multitud la horda!...

Y si, con fiero empuje y ronco amago,
Me abruma al fin su inmensa pesadumbre,
De adversa sangre verterá ya un lago
Y ancha brecha abriré de horrendo estrago
En medio de esa airada muchedumbre!

¡Pecho á pecho lidiando, frente á frente,
Golpe por golpe, herida por herida...
Mientras mi mano el hierro aun sustente,
Mientras mi osado corazón aliente
Un postrer soplo, un hálito de vida!...

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Yo bien sé, corazón, que sólo encierra
Tribulación suprema este momento;
Que, solitario en tan terrible guerra,
Adversa tienes para ti la tierra
Y adverso ó silencioso el firmamento!...

¡Mas qué importa! ¡Á la suerte no se humilla.
Ni se postra jamás varón estoico;
Luchando sin cesar, con la rodilla
Á su enemigo, al fin, doblega heroico,
Ó espera en calma la fatal cuchilla!...

¡Aunque su enojo contra mí redoble
Tremendo el hado y su pujante saña,
Á su furor resistiré yo inmoble,
Como á los vientos corpulento roble
En la cumbre de la áspera montaña!...

¡Reina en torno el dolor! Queja doliente
Viene á mí desde el fondo del pasado;
Cubierto de amargura está el presente;
Cual de la Esfinge la inmutable frente
El futuro de bruma está velado;

Se siente en la extensión del ancho mundo
Grande desolación, tristeza muda;
Cruza el aura sollozo gemebundo;
Y de los cielos en lo más profundo
El espectro se cierne de la duda...

¡Mas aunque un solo rayo de esperanza
Niegue el Olimpo al consternado suelo,
De Ayax superaremos la pujanza,
Nuestro broquel blandiendo y nuestra lanza
Bajo la inmensa oscuridad del cielo!...

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Oh alma mía! De nobles luchadores
El palenque inmortal por ti soñado,
¡Era un anfiteatro de dolores,
Inmensurable circo ensangrentado
De fieras y de esclavos gladiadores!

¿No ves en torno la terrible escena?...
Sentado en la lejana gradería
En derredor de la espaciosa arena,
Alza el mundo confusa gritería,
Como el susurro de una gran colmena!

En la primera fila, las vestales
De castidad llevando sus coronas
Se muestran entre cándidos cendales;
Y ocupando más lejos sus sitiales,
Patricios y tribunos y matronas...

¡Sobre el excelso trono, del *velario*
Bajo el dosel flotante y purpurino,
Monarca de la tierra sanguinario,
Silencioso, ceñudo y solitario
Descuella inmóvil el fatal destino!

¡Del día entre las luces ya menguadas
Vagar se ven en el celeste abismo,
Por sobre el vasto circo, cual bandadas
De fugitivas aves espantadas,
Los dioses del caduco paganismo!

¡En la arena mortal, que charcos rojos
Manchan de sangre aun espumosa, á trechos,
Siniestros grupos muéstranse á los ojos,
De lidiadores de jadeantes pechos
Y palpitantes lívidos despojos! —

Aquí un robusto *mirmilón* quebranta,
Con terrible ademán y con faz torva,
De su enemigo el pecho con su planta,
É inclinado sobre él, la espada corva
Le acerca inexorable á la garganta;

Y el caído, — la faz ya demudada, —
Alza en señal de súplica la mano,
Y angustiosa revuelve su mirada
Á la plebe que, en júbilo inundada,
¡*Muere!* responde con clamor insano.

En oblicua actitud, baja la frente,
Recogidos los miembros, un *retiario*,
Agitando su red, súbitamente
Desde lejos envuelve á su adversario,
Y le ultima veloz con su *tridente!*

Extendido de espaldas sobre el suelo
Yace más lejos gladiador membrudo,
Vuelta la faz hacia el inmenso cielo
Que mudo vió su servidumbre y duelo
Y su cadáver hoy contempla mudo!

Y en tanto, cual del trueno roncos sones
Ó como sordos subterráneos ruidos,
Allá desde sus lóbregas prisiones,
Formidables se elevan los rugidos
De los hambrientos tigres y leones!...

¡Oh alma llena de eterna pesadumbre!
¿No miras, á los pálidos reflejos
De la postrera vespertina lumbre,
Indistintos bullir allá á lo lejos
Los rostros de esa inmensa muchedumbre?

¿No ves cómo en continuo movimiento
Hierve y ondea, y sin cesar se agita?
¿No escuchas en las ráfagas del viento
De su millón de voces el acento
Y su discorde clamorosa grita?

¿No ves cuál, con malévola esperanza,
Aquella atenta multitud te observa?
¿Y tu mirada á distinguir no alcanza,
Cual relámpago de odio, en lontananza
De sus semblantes la sonrisa acerba?

¿No ves que ansiosa y ávida te espía,
Y desde lejos sin cesar escucha?...
¡Con amarga, sarcástica ironía,
Viene á mirar tu postrimera lucha
Y á gozarse en tu mísera agonía!

¡Ya te ha llegado aquel temido turno
Que llega al fin á cuantos vanos seres
Los astros miran en su giro diurno
Y que, extraño á sus duelos ó placeres,
El hado inmola fiero y taciturno!

¡Ya sonó la señal: hierro y escudo
Blandiendo para esa última pelea,
Y probando en silencio el filo agudo,
Ya del destino el escuadrón sañudo
Desde lejos te envuelve y te rodea!

¡Ya llegó para ti el mortal instante!
¡El instante supremo para el hombre!...
¡Cual de luz un abismo fulgurante,
Tienes para la gloria de tu nombre
El anchuroso porvenir delante!

¡Triunfando al fin de nuestro aciago sino, —
Como el león en su postrero salto,
Álzate en fiero arranque repentino
¡Oh corazón!... y elévate más alto
Que el miserable mundo y el destino!

¡Pues, por traición de la cobarde suerte,
No pudo ser espléndida tu vida,
Muéstrales que eras generoso y fuerte,
Con el ejemplo de tu gran caída,
Con el ejemplo de tu heroica muerte!...

¡Ea, pues! ¡á la lid! ¡la espada esgrime,
Y ejecutando altísima proeza,
En tu muerte revélate sublime;
Y el sello de tu prístina grandeza
Sobre el vil polvo de la tierra imprime!...

¡Que de tu paso las profundas huellas
Borrar no pueda en la mortal llanura,
Donde con marca de dolor las sellas,
Ni el volver de las cosas, ni en la altura
El eterno girar de las estrellas!...

¡Yo, cuando en esa lucha al fin reciba
El mortal golpe de la espada ó dardo,
Ante la atenta multitud festiva
Sabré caer con expresión altiva
Y *en ademán artístico y gallardo!*

Y al reclinarme sobre el ancho escudo,
La faz alzando, gritaré al destino
Que preside la arena inmoble y mudo :
¡Oh de la tierra Emperador divino!
¡Al tiempo de morir, yo te saludo!

Y al morir, comprimiendo mi honda herida,
Que suene, hasta las últimas edades,
El grito postrimero de mi vida...
¡Y que aplaudan los hombres mi caída,
Y del oscuro Olimpo las deidades!

Lima, marzo de 1876.

POESÍAS PATRIÓTICAS

POESÍAS PATRIÓTICAS

CANTO DEL PORVENIR

LA LUCHA FINAL

La Europa, un día, sobre el Nuevo Mundo
Lanzará sus pujantes batallones...
¡Mas detendremos su ímpetu iracundo
Del Ande en los titánicos bastiones!

¡Sí! ¡en aquella estupenda cordillera
Que cruza el ancho suelo americano,
Como eterna fortísima barrera
Que alzó de Dios la omnipotente mano!

¡Tras aquel robustísimo baluarte; —
Audaz desafiará nuestro heroísmo,
De libertad batiendo el estandarte,
Las legiones sin fin del despotismo!

¡De las ásperas cumbres en lo alto, —
En fila inmensa y de LA PATRIA al grito,
Presentaremos á su rudo asalto
Doble muro de acero y de granito!

¡Y del cañón al hórrido estampido,
Y al sangriento fulgor de cien volcanes,
El Orbe mirará despavorido
Nueva, tremenda lucha de Titanes! —

¡De Antiguo y Nuevo Mundo la batalla!
¡De lo pasado y porvenir la guerra!
¡La grande lid, de que pendiente se halla
El destino futuro de la tierra!...

¡Nuestro el triunfo será! ¡Precipitada
Desde la cumbre, rotas sus enseñas,
Quedará aquella hueste sepultada
Entre los riscos y las duras peñas!

¡Gigantesco festín, sangriento pasto
Los cóndores tendrán, de nuestro suelo!...
¡Del firmamento azul espacio vasto,
Por largos días, nublará su vuelo!

¡Tristes reliquias quedarán tan sólo,
De su altivo poder para memoria!...
¡Y hasta el cielo, — del uno al otro polo, —
Subirá nuestro canto de VICTORIA!...

¡Y ardiendo en nuevo y férvido coraje...
Con más audaz y generoso intento...
Para vengar el secular ultraje!...
¡De la inicua opresión para escarmiento!...

¡De la hermana del Norte en los bajeles
Del mar cruzando los tendidos llanos,
En medio á sus palacios y verjeles
Buscaremos de Europa á los tiranos!

¡Feroz se trabará, crudo, tremendo,
Aquel supremo y último combate!...
¡Mas los pueblos cautivos, á su estruendo,
El yugo romperán, que hoy les abate!

¡Polonia! ¡Italia! ¡Hungría! generosas,
¡Francia! en duras cadenas aherrojada!...
¡Y ante las huestes brillará gloriosas,
De Garibaldi la fulgente espada!

¡Y, — unidos los esfuerzos de los bravos,
De los libres de América y de Europa, —
Cejarán los ejércitos de esclavos,
Y arrollada será su inmensa tropa!

¡Allí, en el choque tumultuoso y cruento
Contra los rudos pretorianos viles,
De la joven América el acento
Como el clamor resonará de Aquiles!...

¡Y al tirano felón y carnicero
Tal vez hallando en la hora de venganza,
En el menguado corazón artero
Le clavará la ponderosa lanza!

¡Y revuelto en su púrpura sangrienta,
En las gradas cayendo de su trono,
Satisfará de Méjico la afrenta
Y de la tierra el justiciero encono!...

¡Rotos palacios y altos capitolios, —
De roja sangre en las hirvientes charcas,
Y del incendio al resplandor, los solios
Por siempre se hundirán, de los monarcas!

¡Caerán los edificios en fragmentos,
Que el error y la fuerza han levantado,
De la mengua del hombre monumentos,
Herencia ignominiosa del pasado!...
. . . . . .

¡Y el estrago y tumulto al fin cesando, —
Por alfombra teniendo los pendones
De los reyes, — de gozo palpitando,
Se estrecharán las razas y naciones!

¡Y, entre el rumor confuso y asordante
De la inmensa agitada muchedumbre,
El porvenir se entreabrirá radiante,
Olas vertiendo de brillante lumbre!!

¡Y á su fulguración esplendorosa,
Con el alma de fe invencible llena,
La humanidad proseguirá gozosa
Del sublime progreso la faena!...

¡Ahuyentada del Orbe la desgracia,
Y todo mal proscrito y toda guerra,
El pendón de la santa democracia
Bajo sus pliegues cubrirá la tierra!

¡Y de luz en un piélago perdido,
Y bajo un cielo límpido y risueño,
Verá al fin el espíritu, cumplido
De universal república el ensueño!

¡Inmóvil, fijo, en el azul profundo
Sus resplandores verterá divinos
El sol de la justicia!... — ¡Y en el mundo
Cumplíranse del hombre los destinos!!

Lima, 1864.

LA TOMA DE LAS ISLAS DE CHINCHA

POR LA ESCUADRA ESPAÑOLA

(14 de abril de 1864.)[1]

POEMA LÍRICO

Á los esclarecidos patriotas don José Gálvez[2], don Francisco de Paula G. Vigil y don Manuel Ferreiros.

SUMARIO

Introducción é Invocación. — Magnitud de la ofensa. Exhortación á la lucha. Visión. — Paralelo entre los soldados españoles de este siglo y los del XV. La conquista de América. — Llegada de la pretendida Expedición Científica al Perú. Disimulo y perfidia. Preparación del atentado. Toma de las islas y venida al Callao. — Apóstrofe. Santo Domingo. Los antiguos castellanos. La España liberal. El siglo XIX. La Posteridad.

¿Y posible será que aletargado,
En tan talta ocasión, mi numen duerma?
¿Y no podrá el espíritu indignado
Trabas romper de la materia enferma?[3]

¡De ira y de duelo acerbo, en esta hora,
En hora tan fatídica y suprema!
¿No se alzará mi Musa vengadora
Á lanzar á los viles su anatema?

Si, de la patria ante el inmenso agravio,
Y ante ese aleve crimen inaudito,
El alma tiembla de furor, ¿al labio
No saldrá poderoso y rudo el grito?

1. Véanse las notas al fin del poema.

Y si el inquieto corazón inflama
De santa indignación hoguera ardiente,
¿Su irresistible, abrasadora llama,
Rauda, también, no incendiará la mente?

Arrebatada en férvido entusiasmo,
La nación se apercibe á la batalla,
¿Y mi numen, sumido en ruin marasmo,
Indiferente y taciturno aun calla?

De noble ardor el corazón henchido,
Demanda el joven el combate fiero;
Y sonoro á los cielos ya ha subido
De cien vates el cántico guerrero;

En torno de tribunos elocuentes,
Las multitudes, por do quier, se agitan;
Y ansiosos mis amigos é impacientes
Mi inercia acusan y á cantar me excitan!

¡La patria ha menester hoy de Tirteos
Que sus huestes conduzcan al combate; —
Y mi numen, rebelde á mis deseos,
De aguijón necesita y acicate!...

¿Es que, al tropel de afectos que levanta
Revuelta tempestad dentro del pecho,
Paso abrirle no puede la garganta,
Y el humano lenguaje viene estrecho?

¿Es que, oprimida con la grave carga
De improviso dolor intenso y rudo,
Funeral estupor el alma embarga;
Y helado el labio permanece, y mudo?

¿Tal vez, de mi inspirada adolescencia
El sacro fuego, que juzgué dormido,
Bajo el soplo glacial de la existencia
Del pecho en el hogar ya se ha extinguido?

¿Del corazón, tal vez, el hondo duelo,
Su inconsolable, fiera pesadumbre,
Nubla y envuelve en tenebroso velo
De la fulgente inspiración la lumbre!...

¡Cobarde corazón! ¿tu propia pena
Osaras recordar en tal instante,
Cuando la patria, de amargura llena,
Á sus hijos invoca suplicante?

¡No! ¡jamás! En la pública amargura,
Ahogar te cumple tu dolor insano;
¡Y, arrojando del hombre la envoltura,
Debe quedar tan sólo el ciudadano!

¡En olvido poniéndote á ti mismo,
Tu individual mezquino sufrimiento
Que se absorba y se funda en el abismo
Del nacional augusto sentimiento!...

¡Oh corazón! bajo la vil coyunda
Del destino común, nunca doblado!
¡Que la cadena que tu ser circunda
Sacudes, sin cesar, desesperado!

¡Corazón ambicioso, en el mezquino
Circulo, siempre estrecho, de la vida!
¡Hoy, atento á tus votos, el destino
Con nuevos horizontes te convida!

¡Sí! ¡por primera vez el Cielo escucha
La eterna voz de tu ansiedad, propicio;
Y los días te ofrece de la lucha,
De noble abnegación y sacrificio!

¡Al fin de tu alta aspiración la meta,
El digno blanco, ante tu vista tienes!
¡Podemos hoy, del héroe y del poeta
Con doble lauro, coronar mis sienes!

¡Al Perú alzar un canto, — insigne vate, —
Que de los tiempos al rigor resista;
Y heroico, en medio del feral combate,
Caer gloriosamente ante su vista!

¡Álzate, pues! y al mundo entero muestra
La que encierras en ti, latente fuerza!
¡Y, á la marcial y lírica palestra,
Tu aliento dobla y tu vigor esfuerza!...

¡Musa que, entre los últimos reflejos
De mi infancia feliz, te apareciste,
Y que después, de cerca ó desde lejos,
Fiel compañera de mi vida fuiste;

Que, ardiendo en patrio amor, desde temprano,
Y de entusiasmo férvido en la pira,
Á los héroes del Mundo Americano,
Consagraste los sones de tu lira;

Que ya en la adolescencia, fervorosa,
De la patria ante todos los altares
Te postrabas, llevándoles piadosa
La ofrenda de tus tímidos cantares;

Que, con tu acento aun débil, imitaste
El tumulto y clamor de la pelea;
Que la lucha de *América* cantaste,
Y á *Bolivar* ilustre y *Necochea!*...

¡Musa, por el dolor adormecida!
¿De tu largo profundo abatimiento,
No saldrás, palpitante y conmovida,
De un pueblo entero al clamoroso acento?...

¡Surge, y en el unánime concierto
Lanza tu voz terrible y tronadora!...
¡Hoy todo corazón está despierto!
¡Llegó la grande, la solemne hora!

¡Ven, Musa, ven! y un sonoroso canto
Haz resonar en la vibrante lira,
Que exprese del espíritu el quebranto
Y su entusiasmo y generosa ira;

¡Que el sentimiento que hoy el alma oprime
De la patria, resuma todo entero!
¡Un canto, Musa, enérgico, sublime!...
¡Aunque sea tu canto postrimero!...

—

Ha recorrido ya triple jornada
El sol, de su anual perenne viaje;
¡Y aun su luz, desde oriente derramada,
Viene á alumbrar nuestro tremendo ultraje!

Aun alumbra ese cuadro ignominioso
Que la vista rehuír procura en vano,
Y que el sueño destierra y el reposo
Del pecho del doliente ciudadano: —

¡La patria augusta y santa, por el suelo
Postrada, lacrimosa y sollozante,
Y, de rubor cubriéndose y de duelo,
Con las trémulas manos el semblante;

En sus confines, junto á su ribera, —
Por el aura agitada, que la riza, —
Clavada en tierra la fatal bandera
Que sed de *oro* y de *sangre* simboliza;

Y de ella al pie, por ruin alevosía
Abatido, y rasgado, y entre el lodo,
El patrio hermoso pabellón, que un día
Insignia de terror fué para el godo;

Y al frente, allí, en las naves de la España,
Los inicuos autores de su agravio
Mirando impunes su cobarde hazaña,
Bañado en mofa el insolente labio!... —

¡Oh ignominia! ¡oh baldón!... ¿Y nuestros ojos
Aun mirarán ultraje tan profundo?
¿Y nuestros rostros de vergüenza rojos
La luz de cada sol mostrará al mundo?

¿Quedará, quedará más tiempo inulto
El patrio honor?... ¿y el Orbe, que testigo,
Pasmado, fué, de tan atroz insulto,
Seguirle, atroz, no mirará el castigo?

¿Por la vergüenza devorada el alma, —
Aun se alzarán inútiles los brazos?
¿Y sufriremos, en indigna calma,
Para nuestra venganza eternos plazos?

¿Alguno habrá que su existencia infame
De la ignominia alimentar consienta?
¿Que aun la prudencia y la tardanza aclame,
Teniendo ante sus ojos tal afrenta?

¿Permanecer podremos en sosiego,
Y aun la nación, marcada en su mejilla
Lleva, en rasgos de púrpura... y de fuego,
La ignominiosa mano de Castilla?

¡Ah! ¡no, peruanos! ¡Cada eterna hora
Que en el oprobio y la deshonra pasa,
Con torrentes de lava inflamadora
De nuestro ser las médulas abrasa!

¡Desde el instante aquel que, por perverso
Brazo, fué nuestra honra mancillada,
Atónito y ansioso el universo
Fija tiene en nosotros su mirada!

¡Él, si luchar sabemos con denuedo,
Ceñirá á nuestra sien lauro fulgente;
Mas, si hiela nuestra alma torpe miedo,
Caerá su execración en nuestra frente!

¡Dando á antiguas hazañas nuevo lustre,
Ser podemos de ínclitos mayores
Vástagos dignos!... ¡ó de estirpe ilustre
Viles, degenerados sucesores!

¡Cobardes ó magnánimos, — daremos
Á la patria gloriosos regocijos,
Ó, en herencia perpetua, legaremos
Servidumbre y oprobio á nuestros hijos!

¡Todo, todo, á la lid gloriosa y justa,
Á la lucha honrosísima nos llama : —
Del austero deber la voz augusta,
La sed de gloria y de esplendente fama;

Del patriotismo el grito, que, en lo interno
Del pecho, suena poderoso y fuerte;
El filial cariño y el paterno... !
¡Y hasta la voz de la natura inerte!

¡Si! la natura misma, conturbada,
Sentir parece la mortal ofensa,
Y, en dolorosa expectación callada,
Algo aguardar atónita y suspensa!

¡Inmóvil, muda y con sombrío ceño,
Inclina la montaña la alta frente
Sobre el valle... y el valle en vago sueño
Dormir parece, tétrico y doliente!

¡El padre sol, de la celeste esfera
Irritado sus rayos nos fulgura
Y el mar, al estrellarse en la ribera,
Airadas voces á mis pies murmura!

¡Hoy, de ocaso á las pálidas vislumbres,
Cual de circo titánico en las gradas,
En las lejanas sobrepuestas cumbres
Confusas sombras descubrí sentadas!

¡Las sombras de los altos adalides
Que, del mundo pasmado en la presencia,
En largos años de azarosas lides
Nos dieron libertad é independencia!

¡Todas, inmobles, á la austral orilla [6]
La incierta ansiosa faz mudas tornaban...!
¡Contemplaban allí nuestra mancilla,
Y la venganza atentas esperaban!

¡Y en medio de ellas, el fantasma augusto
Del gran Bolívar, se elevó gigante,
Noble y grave la faz, el ceño adusto,
Envuelto en manto bélico flotante!

¡Y, al divisar el pabellón ibero,
Vi sus ojos brillar con luz siniestra,
Y en ademán amenazante y fiero,
Hacia los mares extender la diestra!

¡Y salió de sus labios ronco grito
Que, allá á lo lejos, asordó los montes...!
¡Y el cortejo de sombras infinito
Se perdió entre los turbios horizontes!...

¡De oscura noche en el horror sereno,
Voces oí fatídicas y extrañas
Elevarse dolientes, desde el seno
De los valles é inmóviles montañas!

¡Eran! ¡ay! ! los misérrimos clamores,
Los acentos de angustia y hondo duelo,
De los antiguos tristes moradores
De este infeliz, desventurado suelo !

¡Y unos se alzaban, en inmenso coro,
De las vastas y lóbregas cavernas,
Donde el indio cautivo, en busca de oro,
Expiraba entre sombras sempiternas !

Otros, desde las tumbas que su mano
Temblorosa cavaba en las colinas,
La saña huyendo de opresor tirano...
¡Otros, del fondo de calladas ruinas !...

¡Y esos acentos míseros, formando
Un alarido solo y gran lamento,
¡Compasión y justicia! demandando,
Subían sin cesar al firmamento !

¡Era la gran lamentación sombría,
La queja inmensa del Indiano Imperio,
Convertido por mano atroz é impía
En vasto, silencioso cementerio !

¡Y á la vez que aquel lúgubre alarido
Del pasado quejábase á los cielos,
Presagiaba, de lágrimas henchido,
Á la patria infeliz futuros duelos !

¡Al escucharlo, de mortal quebranto
Sentí romperse mi oprimido pecho !
¡Y de dolor y de piedad en llanto
Inextinguible, me sentí deshecho !...

¡No! reposad, ¡oh manes dolorosos!
¡Dormid en paz, oh sombras sacrosantas !
¡Jamás vuestros sepulcros silenciosos
Del opresor profanarán las plantas !

¡Nunca el suelo hollarán, en que la historia
Do quier grabada está, de sus delitos ;
Y están, al par, los hechos y la gloria
De nuestros padres, para siempre, escritos !

¡Jamás de vuestros pósteros los cuellos
La argolla ceñirá de viles amos !
¡De ese sagrado sol por los destellos,
Y ante la faz del mundo, lo juramos !...

. . . . . .
. . . . . .

—

¡Los mismos son ! con su brutal rudeza,
Con sus aleves, bárbaras injurias,
Con su soberbia insana y su fiereza...
¡Nada les enseñaron tres centurias !

¡De la santa equidad y la justicia
Extraños al acento, devorados
De sed de sangre y sórdida codicia...!
Los mismos... ¡No!... ¡más viles y malvados!

¡Porque si aquellos, cual fatal torrente,
La infortunada América inundaron,
Y de un pueblo sencillo é inocente
Con raudales de sangre, la regaron;

¡Si sus comarcas todas, — á las voces
Sordos de la piedad y al triste ruego, —
Como legión del Tártaro, feroces,
Talaron con el hierro y con el fuego!

¡Si el cielo, con horror, al tierno hijo,
De la madre arrojar les vió, en la hoguera;
Y escuchar con salvaje regocijo
De su dolor la queja postrimera! [7]

¡Y, el golpe uniendo siempre á la amenaza,—
Viejos herir, infantes y mujeres;
Y de las fieras en unión, dar caza
(¡Nunca vista maldad!) á humanos seres!

Si acaso, con la ruina y con el daño
Que causó la violencia aun no contentos,
La perfidia emplearon y el amaño,
Al logro de sus bárbaros intentos; —

¡Era entonces la edad de hierro impía,
El período de guerra y exterminio,
Y sobre el orbe entero se extendía
De la fuerza el fatídico dominio !

Sumida en noche universal profunda,
Que aquí y allí la luz sólo aclaraba,
La humanidad, sujeta á vil coyunda,
En el mal é ignorancia vegetaba ;

¡Y era aquella plebeya muchedumbre,
Hez de la España y corrompido cieno ;
Nunca en su mente penetró la lumbre
De la verdad, ni descendió á su seno !

Y, aunque sólo sus ánimos movía
Codicia ruin, superstición menguada,
Fuerte su corazón era, y regía
Fuerte su brazo la tajante espada ;

Y en la espada cifrando su derecho,
Mas de una vez en el combate crudo
Presentaban el ancho y firme pecho
Á la fuerte macana y dardo agudo ;

¡Nuevas, vastas, insólitas empresas,
Intrépidos y audaces, intentaban,
Y entre las sombras lóbregas y espesas
De lo desconocido, se lanzaban !

En medio de sus bárbaras acciones,
Lampos brillan de audacia y de grandeza ;
Si son de aventureros sus pasiones,
De héroes es su constancia y fortaleza ; —

¡Mas los indignos jefes de esta flota !...
¡Juntas al ver tanta maldad y mengua,
El alma siente una emoción ignota
Que en vano quiere definir la lengua !

¡De mente ruin, como en los hechos ruines,—
Y en perversa abyección, usan tan sólo
Cual torpes medios de sus torpes fines,
Artificio, doblez, mentira, dolo !

¡No frente á frente y á la luz del día
Osan acometer á sus contrarios ;
En la sombra y con vil alevosía
Hieren, y huyen después, como sicarios !

¡Y en el siglo en que espléndida fulgura
Por do quier la razón sus claridades,
Hechos perpetran, que en su sombra oscura
No encerraron las bárbaras edades !

¡En vano la cultura brilló ante ellos,
Y hasta les dió la ciencia sus lecciones; [8]
Penetrar no pudieron sus destellos
En sus mentes y rudos corazones !

¡Por eso, al ver sus pérfidos ultrajes,
No sabe el labio si llamarles debe,
De esta ilustrada edad fieros salvajes,
Ó de la humanidad abyecta plebe !

¡Ni aun son la digna estirpe estos menguados,
De esos impíos y ávidos guerreros !
¡Los descendientes son degenerados
De una raza feroz de aventureros !

¡Aun á esa fiera soldadesca ultraja
Quien, los de éstos, compara con sus hechos !
¡Jamás un alma tan cobarde y baja
Pudo caber en esforzados pechos !

¡Dolor, asombro, espanto, al alma inspira
Ese tropel insano y furibundo ;
Mas ante esta vil chusma, al par de ira,
Siente el alma aversión, desdén profundo !...

¡No! ¡palabras no hay, ni humano acento,
Con los que el labio declarar consiga
Tan poderoso extraño sentimiento !
¡Que la ignota emoción del alma diga!

¡Ante tanta bajeza y negro crimen,
Y tan cobarde, estúpida jactancia,
Ira y desprecio, al par, el pecho oprimen,
Asco del alma y honda repugnancia !

—

¡Vedles llegar á la peruana orilla,
Y humildes demandarnos hospedaje :
Falaz sonrisa en sus semblantes brilla,
Y es halagüeño y blando su lenguaje ;

De antigua unión y primitivos lazos
Tiernas memorias plácidas evocan ;
Ciñen á nuestro cuello amantes brazos ;
Fraternidad y *santa paz!* invocan ;

Y, la justa cautela y desconfianza
En nuestros rostros al mirar impresas,
De unión pronuncian y perpetua alianza
Sagrados juramentos y promesas ;

Y aun, con engañoso, doble velo
Sus proyectos cubriendo fementidos,
De *nuestra duda y suspicaz recelo*
Tiernamente se muestran ofendidos ;

Y cuando, por sus artes engañados,
Les abrís, oh peruanos, vuestros lares,
Cual predilectos huéspedes amados
Siéntanse en vuestros plácidos hogares ;

Allí, en frecuentes pláticas, departen
Entre vosotros con afable agrado,
Y en vuestras mesas, con vosotros parten
De la hospitalidad el pan sagrado ;.[9]

¡ Y de nuevo á su pecho el vuestro oprimen,
Y una vez y otra estrechan vuestras manos,
Beso de paz en vuestro rostro imprimen,
Y os dan nombres de *amigos* y de *hermanos !...*

¡ Y ya el designio infame cobijaban
En el vil corazón y mente impura !
¡ Y, á su consumación, sólo aguardaban
Favorable pretexto y coyuntura !

¡ Oh execrable maldad ! ¡ El propio seno
Que á vuestro seno con amor se unía,
Negro encono, maléfico veneno,
Allá en su fondo lóbrego escondía !

¡ La mano que estrechaba vuestra diestra
Fiero golpe á asestar se preparaba,
Ó en mengua y daño de la patria nuestra
Torpes calumnias pérfida trazaba ! [10]

¡ Odio ocultaba la mirada oblicua
Que simulaba cariñoso afecto,
Falsa vistiendo la intención inicua
Del alma ruin y el desleal proyecto !

¡ Y tras de la sonrisa placentera
Que dibujaba el halagüeño labio,
Pronta se hallaba la amenaza fiera,
El vil denuesto y el mortal agravio !...

¡Entre nosotros mismos, — abusando
De la hospitalidad franca y benigna, —
Traidores y cobardes, preparando
Iban del plan la ejecución indigna !

Libres, de sur á norte, discurrían
Por nuestro suelo, con mentidas trazas,
Y con mirada atenta recorrían
Puertos, ciudades é indefensas plazas ; [11]

Del Perú, de sospecha y susto ajeno,
Iban reconociendo el débil flanco,
Y, con ojo de gozo y saña lleno,
Marcaban ya á su tiro el fácil blanco ! —

Cual alevoso, desleal guerrero
Que finge de amistad blando mensaje,
Se acercó el invasor, agudo acero
Ocultando de paz bajo el ropaje ;

Y mientras, en falaz abrazo estrecho,
Al seno del Perú su seno junta,
Fácil camino al generoso pecho
Iba buscando la escondida punta ;

Y, — el resquicio al hallar de la armadura,
Lenta y mañosa, su traidora mano, —
El aleve puñal por la juntura
Le hundió, improviso, pérfido y villano !... —

Ven, en el mar, confiado sin defensa
Del mundo á la equidad, el gran tesoro : [12]
Y allá, so capa de mentida ofensa,
Van, de rencor henchidos y sed de oro :

No el reto lanzan, ni el leal aviso
Que el honor y la ley de las naciones [13]
Prescriben ; acometen de improviso,
Como infames piratas ó ladrones ;

¡ Llegan ; y con sus naves prepotentes
Débil y sola embarcación rodean,
Y su cubierta invaden insolentes,
Y de ella, ufanos, ya se enseñorean ! [14]

¡ Innúmeros, después, á tierra saltan,
Y la isla *estrecha* y *rasa*, *desprovista*
De fortaleza ó *guarnición*, asaltan ;
Y consuman, así, fácil conquista !

Y para orlar de otro laurel sus sienes, —
Y de salvaje edad los usos fieros
Renovando, — cual *bélicos rehenes*,
Á nuestros jefes guardan prisioneros.

¡ Y en tierra y mar, por insolente mano...!—
¡ Oh ultraje atroz que aun nuestra frente humilla !
¡ Cae abatido el pabellón peruano,
Y la enseña se eleva de Castilla !...

¡Alta jornada, á fe, sublime hazaña !
¡Digna de esos egregios adalides
Con que se ilustra la *moderna* España, [15]
Maestros en traiciones y en ardides !

¡Cien contra uno, ejecutar proezas
Y conquistar mal resguardadas rocas,
Teniendo atrás flotantes fortalezas
Y de cañones cien las anchas bocas !

¡Himno eterno á Pinzón y á Mazarredo
Que ofrecen á su patria tal victoria !
¡Tan alta prez, tan singular denuedo,
Eclipsar debe de Tetuán la gloria !... —

Ya, resonante, por los mares vuela
Su fuerte prora, y surgen ante el puerto
Que es de Lima avanzado centinela, —
El rostro aun con el disfraz cubierto ;

¡Allí, con maña y pérfido sigilo,
Callan y encubren la fatal noticia,
Y, en continente plácido y tranquilo,
La noche aguardan á su fin propicia !

¡Y era, no hay duda, su intención aviesa,
Colmo poniendo á sus traiciones graves,
Entre la sombra lóbrega y espesa
Todas rendir nuestras guerreras naves !

¡Y aun conocido ya su indigno viaje, [16]
Con torpes imposturas le revisten !...
¡Mas basta ya! ¡que, al par, pluma y lenguaje
Á narrar tanta infamia se resisten !...

—

¡Turba proterva y vil ! ¡vuestras maldades
Vencen cuantas registra fiel la historia,
Y miraron confusas las edades,
Y recuerda del hombre la memoria !

¡Tanto la iniquidad vuestra supera
Los pasados delitos espantosos,
Cuanto aquesta de luz fúlgida era
De aquellos siglos dista, tenebrosos !

¡No con mayor perfidia y falso halago,
En otra edad se viera, ya remota,
Arribar, de los hijos de Cartago,
Á las orillas béticas, la flota ;

No por mayor traición y con más saña
Y atroz violencia, la árabe falange
Precipitóse en la aterrada España,
Muerte sembrando con el corvo alfange !

No, en nuestros días, la pirénea cumbre
Bajó el francés más falso y más astuto ;
Y el hospedaje, en dura servidumbre
Trocó después, y asolación y luto !...

¿Y esa triple traición y atroces furias,
Por las que de la España se levanta
El clamor, al través de las centurias,
Vuestra maldad excede y adelanta ?

¿La misma iniquidad de que, en prolijos
Males, víctima fué la Patria vuestra,
Hoy, de vosotros, — ¡de sus propios hijos ! —
Aquí ejecuta la insensata diestra ?...

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¿Cómo, de hoy más, en nombre de Castilla
Execraréis tan negros atentados ?
¡Á su recuerdo, roja la mejilla,
Bajar debéis el rostro avergonzados !...

De atroz remordimiento eterno asunto
Para vuestra alma y fulminante rayo,
Serán de hoy más los nombres de SAGUNTO,
NUMANCIA, COVADONGA y DOS DE MAYO !... [17]
. . . . . .

¿Dó la nobleza está, dó la hidalguía,
Que pregonaba vuestro acento altivo ?
¿Dónde el honor y la lealtad, que un día
Fueron de España el claro distintivo ?

¡Desparecieron, al girar la rueda
Del tiempo ; y el denuedo y la constancia
También con ellos !... ¡y tan sólo os queda
De aquellas prendas todas la jactancia !

¡Sólo os queda en el ánimo impotente,
De estéril vanidad el necio arrullo,
El amargo despecho del presente,
Y del pasado el miserable orgullo !

¡Hidalguia ! ¡lealtad !... ¡nobles, hermosos
Sentimientos, que un tiempo se abrigaron
En los hispanos pechos generosos !
¡Mas cuyos nombres sólo ya os quedaron !

¡Hidalguia ! ¡lealtad !... mentidos nombres,
Añejas voces, vano, inútil ruido !
¡Vuestra voz los repite aún á los hombres ;
Mas ignora vuestra alma su sentido !

¡Hidalguia ! ¡lealtad !... ¿con proditorio
Pecho, audaz vuestro labio aun las invoca ?...
¡Enmudeced ! ¡sarcástico, irrisorio,
Tal lenguaje resuena en vuestra boca !...

¡De la España los timbres y blasones
Con eterno borrón habéis manchado !...
¡Ante los pueblos todos y naciones
Vuestra villana acción la ha deshonrado !

¡Ignominiosa afrenta, atroz mancilla
En su frente altanera habéis impreso !... —
¡El mundo os miró ayer, en la mejilla
Darnos de Judas el infame beso ! —

¡Bajar la hicisteis desde el noble rango
De ilustrada Nacion, á horda salvaje ;
Y de su honor la túnica, entre el fango
Del embuste arrastrasteis y el pillaje !

¡Con menguada traición, con lodo inmundo
La bandera manchasteis española !...
¡Aun vuestra mano, ante la faz del mundo,
Cual pendón de piratas la enarbola !

¡Habéis vulgar ladrón sostitüido
Al antiguo adalid, ó aventurero,
Y el León orgulloso, convertido,
En torva hiena ó en chacal rastrero !...

¿Y aun á la España pretendéis insanos
Restituír, vosotros, su grandeza ?
¿Ceñir de nuevo, con filiales manos,
La caída diadema en su cabeza ?

¿Alzar queréis, venciendo los rigores
Del tiempo inexorable y de la suerte,
Cual la que vieron ya vuestros mayores,
Una España gloriosa, noble y fuerte ?

¿Á la patria queréis, del hondo abismo,
Hasta su cumbre levantar, primera ?...
¡POR LA AUSTERA VIRTUD Y EL HEROÍSMO
TAN SÓLO UNA NACIÓN SE REGENERA ! —

¿Y cuáles, las que encierra vuestra alma,
Altas virtudes son, y noble aliento,
Con que alcanzar imagináis la palma
En el difícil y grandioso intento ?

Testigo es ya el Pacífico Oceano
Del *honor* y *lealtad* de vuestros pechos ;
¡Mas aun mira otro mar americano
Más *generosos españoles hechos !*

¡Sí ! ¡al tender á lo lejos la mirada,
En medio del Atlántico distingo,
Herida en partes mil y ensangrentada,
Á la heroica, inmortal Santo Domingo ! [18]

¡De sus montes y selvas, gemebundo
Grito sale, que, en ecos lastimeros,
Por la extensión dilátase del mundo,
Y sonará en los siglos venideros !

¡Negra traición, cadalsos mil, estragos,
De abrasadas ciudades los despojos,
Montes de cuerpos y de sangre lagos...
Allí contemplan con horror mis ojos !

¡Tantas venganzas y furor acerbo,
Porque rechaza el férreo hispano yugo
Que, en venta mil, le impuso hijo protervo, 19
Su Judas, á la vez, y su verdugo!...

¡Oh indignos hijos de la antigua España! —
¿Lo veis? — ¡por donde va vuestra bandera,
Alevosa perfidia la acompaña,
Execrable maldad, barbarie fiera!

¡Aciago el sino es, funesto el astro
Que presidiendo está vuestro destino!
¡De ignominia y de sangre un ancho rastro
Señala por doquier vuestro camino!... —

¡Baldón tú eres, raza degradada,
De tus egregios, ínclitos mayores!
¡De tu propia Nación, por ti infamada!
¡De esta Edad de fulgentes resplandores! —

Cuando, á deshoras, de su helada fosa,
De aquellos héroes nobles y preclaros
La muchedumbre se alce esplendorosa,
¿Qué dirá, frente á frente al contemplaros?

¿Qué dirá aquella estirpe sin mancilla,
Cuya gloria abrillantan más los años:
¡Pelayo! ¡Alfonso! ¡el Cid! ¡Guzmán! ¡Padilla!
¡El de Austria!... ¡y el postrero, el gran *Castaños!*

¡Oh! ¡ante vuestro mezquino, ignoble aspecto!
¡De vuestra mengua al contemplar el lodo!
¡En grado tal, al contemplar abyecto
En vuestras manos el renombre godo!...

¡Al ver que se han, con ellos, extinguido
El heroísmo y el esfuerzo hispanos,
Y á su gigante raza, ha sucedido
Generación raquítica de enanos!

¡Al ver que de las prístinas virtudes
No os quedan ya ni aún débiles indicios,
Y encierran vuestras torpes multitudes,
Con los nativos, los extraños vicios!...

¡Ante tanta ignominia y tal miseria —
Estremecido su ánimo potente, —
Por no mirar la humillación iberia,
Hundirán en el túmulo la frente!...

¡Mas, al hundirse, en ímpetu violento,
De la tumba en la lóbrega caverna,
Sobre vosotros lanzará su acento,
Terrible, airada maldición eterna!... —

¡Y la España también!... ¡No la ruin sierva
De ministros imbéciles y reyes;
No de soldados la brutal caterva
Y de ignorantes ó de abyectas greyes!...

No esa, que en torno al solio se acumula,
Turba de miserables cortesanos,
Que al trono, á quien su baja lengua adula,
Tienden, del polvo, las avaras manos ;

Que en los palacios bulle y hormiguea,
Y al compás de sus amos llora ó ríe,
Y ufana ostenta la servil librea,
Y de su propria humillación se engríe !...

No los mendaces coros vocingleros
De diaristas venales y falsarios,
De la prensa cobardes *condottieros*,
Del error y del mal ruines sicarios ;

Que, por público oficio ó por vil suma,
Contra el derecho su puñal afilan ;
¡De cuyo corazón, y lengua, y pluma,
Hiel y ponzoña sin cesar destilan !... [20]

¡No aquella España que, tenaz, los ojos
Del porvenir cerrando á los albores,
Quiere de *ayer* funesto los despojos
Heredar, y los crímenes y errores !

¡No la que en sueño fúnebre aun reposa
Bajo el árbol mortal del despotismo,
Y que envuelve la noche tenebrosa
De profunda ignorancia y fanatismo !

¡La que está aún con el filtro aletargada
Que bebió del pasado en la ancha copa;
De la opresión y la violencia aliada ;
Ludibrio de los pueblos de la Europa !...

¡No la España caduca ya y anciana,
Que, otra España mintiendo ser *moderna*,
Bajo aparente juventud lozana,
Vejez esconde y podredumbre interna !...

¡Otra España !... ¡la España que palpita
En nobles, levantados corazones
Que el ansia ardiente de emular, agita,
Las antiguas magnánimas acciones ;

La que alienta en los probos ciudadanos
Que viven en honesta medianía,
De aquellos vicios, á la par, lejanos,
Que la miseria ó la opulencia cría ;

Esos del culto pueblo honrados hijos,
Que, entre el rumor y afán de las ciudades,
Moran en calma, ó rústicos cortijos
Pueblan, y aldeas, campos y heredades !...

¡La que en el pecho alienta del labriego
Que, al romper de la tierra las entrañas,
Dando á los surcos de su frente el riego,
De sus padres medita en las hazañas ;

La que vive en los ánimos honrados
De francos y leales caballeros,
De honor, nobleza y probidad dechados,
De las antiguas prendas herederos ;

La que en los pechos generosos late
De esa joven legión, que contra inmensa
Hueste, por el derecho, audaz combate
En el ardiente estadio de la prensa!

¡ Y, allá en Madrid, ante el poder tremola
El fulgente pendón republicano !...
¡ La genuina nación libre española !
¡ El corazón del pueblo castellano !

¡ La España, sí, del siglo diez y nueve,
Que ya, con sordo rumoroso estruendo,
Ansiosa y palpitante se conmueve,
Transformación profunda presintiendo !

¡ La que tal vez, en días no remotos,
La vil cadena romperá en pedazos,
Y, — aun en ellos teniendo anillos rotos, —
Nos tenderá los fraternales brazos ! [21]

¡ La que, dejando atrás *ayer* oscuro,
Convierte al porvenir su noble anhelo ;
La España esplendorosa del futuro !
¡ La que á emprender va ya su altivo vuelo !...

¡ La que, cual fénix, tras espacio largo,
Ya va á surgir de su ceniza helada !
¡ La que, del secular hondo letargo,
Á levantarse va transfigurada !...

¡ Aquella España ! ¡ el deshonor profundo
Que sobre ella arrojáis y hediondo cieno
Al contemplar, con brazo furibundo
Os lanzará de su materno seno !

¡ Y de vuestras infamias y delitos
Grabando en vuestras frentes negro emblema,
Como á traidores hijos y malditos,
Fulminará en vosotros su anatema !... —

¡ Y esta edad generosa, grande, augusta !
¡ Este sublime siglo en luz bañado ! —
¡ De la razón virilidad robusta !
¡ De la justicia y la verdad reinado ! —

¡ Que, mientras el pasado, á su almo influjo,
De la nada se hunde en los abismos,
Os ve, — cual otra edad férrea os produjo, —
Eternamente subsistir los mismos !...

¡ Que, mientras del progreso en la ancha vía,
De refulgente atmósfera ceñidos,
Marchan los pueblos todos, — en sombría
Noche os mira á lo lejos sumergidos !...

¡Que, cuando de *odio*, *fuerza* y *servidumbre*
Creyó extinguidas las antiguas plagas,
Mostrar os ve, oprobiosas, á su lumbre,
De la barbarie las horrendas llagas !...

¡Que proyectar os ve tiniebla oscura
En medio de su luz resplandeciente ;
Y con mancha empañar, torpe é impura,
Su generosa inmaculada frente !...

¡Él, en la sien os grabará los signos
De vuestros hechos hórridos y feos,
Cual del progreso apóstatas indignos,
De lesa humanidad infandos reos !... —

¡Y del triple anatema ¡OH MISERABLES !
Con la candente marca infamatoria,
Pasarán vuestras sombras execrables
Al dominio terrible de la historia !

¡Allá en el porvenir! — ¡en la ancha plaza,
En la llanura inmensa y polvorosa,
Donde la humana venidera raza
Se agitará confusa y rumorosa...

De infamia sobre altísimos tablados,
Avergonzadas, trémulas, oscuras,
Entre insignes históricos malvados
Se alzarán vuestras réprobas figuras !

¡Y, una en pos de otra, con horror, pasando
Las humanas sin fin generaciones,
Á vuestros rostros lívidos lanzando
Sus afrentas irán y sus baldones !

¡Del vil cadalso, la justicia, al frente,
Vuestra faz mostrará torva y siniestra
Á la posteridad eternamente,
Con desdeñosa inexorable diestra !...

¡Sí ! ¡allá en el porvenir, vuestra memoria,
Sin que el olvido destructor la venza,
Tendrá del crimen la perpetua gloria,
Y la inmortalidad de la vergüenza !

¡De un siglo al otro siglo trasmitidos,
Serán vuestros indignos viles nombres
Cual símbolos de infamia repetidos
Y afrenta del linaje de los hombres !

¡Y hasta que el ángel fúnebre, iracundo,
El universo entre sus brazos rompa,
Publicará vuestra maldad al mundo
La eterna fama con sonante trompa !

¡Y así, mientras el sol su luz derrame
En fulgente raudal desde la altura,

Baldón será vuestra memoria infame
Y horror perpetuo de la edad futura !

. . . . . .

. . . . . .

14 de julio de 1864.

NOTAS

Á « la toma de las islas de Chincha. »

Prólogo de las Poesías Patrióticas y religiosas que formaban el tercer volumen de *Los Clamores del Occidente.* — No sé cual de los críticos que se han ocupado de mis composiciones ha hecho la observación de que mi ingenio poético — (bien escaso, á la verdad) — ofrece en su desarrollo tres fases diversas : patriótico-religiosa y elegiaca, la primera; erótica ó amatoria, la segunda; y filosófica, la tercera; — y en consecuencia divide todas mis poesías en otros tantos diferentes grupos.

Adoptando yo esa clasificación que me parece acertada, presento al lector en este volumen la mayor parte de los cantos consagrados por mi musa á la Religión y á la Patria. Y digo que la mayor parte, porque algunos de ellos he creído necesario suprimir en la presente colección, en vista de su absoluta falta de mérito, proveniente, ora de la radical insuficiencia de mi numen, ora de la temprana edad en que fueron escritos. — El público se apresura siempre á cercenar las colecciones de versos, suprimiendo con su indiferencia aquellas composiciones que encuentra destituídas de calidades relevantes; á guisa del hortelano que corta inexorablemente las ramas inútiles y las hojas secas del árbol. Preferible es, bajo todos conceptos, que el poeta ahorre al lector semejante trabajo, haciendo por sí mismo de antemano poda tan prudente y saludable.

Así y todo, aun tengo que reclamar la indulgencia del público de hoy respecto de muchas de las obras que constituyen esta serie, compuestas, — en época ya muy lejana, — entre los quince y los diez y siete años de hedad, y, según

hedicho en otra parte, en circunstancias literarias de favorables de todo punto. —

Acabando de salir, entonces, de un largo y borrascoso período de conflictos internacionales y de revueltas y agitaciones intestinas, el Perú comenzaba apenas á echar las bases de su constitucionalidad, bajo la primera administración del general Castilla; y en todo ese lapso de tiempo, los hombres de ingenio superior, completamente absorbidos por las preocupaciones políticas y por los graves acontecimientos de cada día y de cada hora, no habían tenido la libertad de ánimo indispensable para dedicarse al ameno cultivo de las letras. — Los escritores casi contemporáneos de la guerra de la Independencia, — cumplida dignamente su misión de pnblicistas, de oradores ó de poetas, — se habían entregado al reposo á que tenían harto derecho después de tan ímproba tarea, limitándose al papel de doctos aristarcos y consultores en materias científicas y literarias; los de la generación subsiguiente, á poco de haber levantado su voz más ó menos vigorosa, la habían sentido apagarse entre el fragoroso estrépito de las armas agitadas en contiendas fratricidas: unos y otros enmudecían por completo en ese intervalo entre la anarquía y la reorganización de la República, en esa época de transición del caos político al armonioso y fecundo sistema constitucional. No existía tampoco, á la sazón, cátedra alguna de verdadera enseñanza literaria, qne pudiera mantener vivo en las inteligencias y en los corazones el fuego sagrado del arte y de la poesía. Las producciones que de tarde en tarde registraba la prensa, eran del todo insignificantes ó de procedencia extranjera. Desierto, infecundo y abandonado, se presentaba, pues, el terreno de las letras, semejante á una extensa y solitaria llanura completamente devastada y cubierta de espesa capa de arena por la impetuosa avenida de las revoluciones.

Al través de ese estéril y desolado campo, — muy joven aun y sin más apoyo ni guía que los consejos, voluntaria-

mente escuchados, de algunos de aquellos sabios respectables, — me puse yo denodadamente en marcha, junto con Fernando Velarde, José Arnaldo Márquez y Manuel Adolfo García; siguiéndonos, poco después, algunos poetas más jóvenes que nosotros, como Clemente Althaus, Juan de Arona, etc., y otros coetáneos nuestros, pero menos avanzados en ideas literarias. ¿Qué mucho, pues, si, al cruzar el dilatado y arenoso desierto, mi paso no ha sido siempre firme y seguro, ni mi rumbo siempre recto y certero hacia la tierra prometida de la belleza y del ideal?

Hechos estos indispensables y legítimos descargos en favor de las producciones de mi temprana juventud, aun me resta apuntar aquí dos ligeras consideraciones ó advertencias.

Atañe la primera de ellas á las dedicatorias que van puestas al frente de cada una de las poesías de que se compone este volumen. — Estando él dedicado en su conjunto al Perú, en donde he residido por espacio de más de treinta años; siendo el tema de la mayor parte de sus cantos algún hecho notable de la historia de esta República; nada me ha parecido más propio y oportuno que enlazar cada una de esas composiciones con la memoria de uno de los personajes que representan sus antiguas y más verdaderas glorias en las letras, en las ciencias y en la política. — Al proceder así, he querido, además, satisfacer en algo la deuda de gratitud que tenía contraída para con esos hombres eminentes que me colmaron de tan honrosas distinciones y me ayudaron tan eficazmente con sus consejos y sus estímulos en los difíciles comienzos de mi carrera. — Como el creyente que acaba de salir de larga y peligrosa dolencia, ó que arriba encólume á la deseada orilla tras oscura y deshecha tormenta, yo he suspendido con mano reverente mi humilde *ex-voto* á la efigie de cada uno de los patronos que se levantan en los altares del templo de las glorias y de los recuerdos de la patria.

La segunda de dichas observaciones se refiere al poema

lírico intitulado « La Toma de las Islas de Chincha », en el que se encuentran algunes pasajes que pueden parecer violentos ó acerbos en demasía, á la distancia en que hoy estamos colocados de los gravísimos sucesos que los inspiraron. Aunque en las notas respectivas puestas al fin del volumen, — y que ruego al lector se tome el trabajo de recorrer atentamente, — doy sobre este punto amplias y detenidas explicaciones, agregaré aquí algunas breves palabras.

Al reimprimir en la actualidad ese poema, podía yo ciertamente haber mitigado los colores demasiado fuertes de varias de las partes de mi obra; mas ella no habría reflejado ya fielmente el cuadro enérgico y sombrío de los tumultuosos sentimientos que agitaban el alma del pueblo en aquella ocasión crítica y solemne : podía yo haber bajado el diapasón de las notas de mi canto; mas no habría resonado ya en sus estrofas el eco vibrante del poderoso grito de indignación, de cólera y de alarma, juntamente, que arrancó del pecho de todos los patriotas aquel tremendo cuanto inmerecido ultraje á la dignidad y á la honra del Perú y aquella audaz amenaza contra el presente y el porvenir de toda la América. — Mi obra habría ganado tal vez bajo el punto de vista de la escrupulosa exactitud en las apreciaciones políticas ó históricas, pero habría perdido notablemente bajo el punto de vista de la verdad psicológica y poética. La razón imparcial y austera, el análisis tranquilo y frío, habrían imperado quizá mas completamente; más á costa del sentimiento, de la pasión, de la emoción estética, — elementos constitutivos, condiciones primordiales y eternas de toda obra del arte.

1. La Toma de las Islas de Chincha. — Pág. 102. — Innecesario nos parece relatar aquí ese acontecimiento, cuyos pormenores dió á conocer por entonces la prensa en al mundo entero. Nos limitaremos, pues, á deplorar la realización de ese atentado internacional, que, aunque, según aseguró más tarde un hombre público de España, « fué obra

exclusiva de unos cuantos españoles atolondrados y de algunos malos hijos del Perú », pertenecientes á cierto círculo harto conocido y animado siempre del afán de enriquecerse á todo trance, ocasionó una guerra larga y sangrienta entre dos pueblos del mismo origen, despertando odios y rencores ya casi completamente extinguidos y retardando por largos años su reconciliación, vivamente anhelada por todos los buenos españoles y americanos, y de tan alta y trascendental importancia para el porvenir de ambos pueblos, en el movimiento general de la civilización. Al mismo tiempo rogamos de nuevo al lector que tenga á bien excusar algunos arranques por demás violentos y airados que pueden notarse en esos versos escritos en el estado de natural exaltación producida por acontecimientos tan graves y dolorosos para todo corazón amante del Perú y de la América.

(2). Pág. 102. — Este hombre eminente por su inteligencia y por sus altas cualidades morales, y amigo mío desde mucho tiempo atrás, fué uno de los tres patriotas á quienes dediqué el siguiente poema relativo al suceso que produjo la guerra internacional en que él perdió poco después la vida. Hay en esto una extraña coincidencia ó como un singular presentimiento de mi parte. Posteriormente me tocó, en calidad de comisionado del Gobierno para la realización del Monumento del 2 de Mayo, perpetuar el recuerdo de su heroico sacrificio, deber que gustosamente cumplí del modo que es notorio á todos cuantos conocen esa magnífica obra de arte.

(3). Pág. 102. — Efectivamente, me hallaba yo entonces enfermo, del cuerpo no menos que del alma.

(4). Pág. 107. — Alusión á los colores rojo y amarillo de la bandera española.

(5). Pág. 110. — Por aquellos días hubo realmente en las costas próximas á Lima una recia tempestad, fenómeno muy raro en estas latitudes.

(6). Pág. 111. — Estos versos fueron escritos en el pueblo de Chorrillos, situado á la orilla del mar, en las inmediaciones de Lima, y desde donde se divisan las montañas escalonadas de los Andes, que se extienden al frente, formando como un semi-círculo ó anfiteatro inmenso. Veinte ó veinticinco leguas al sur de ese punto, y á muy corta distancia del litoral, se encuentran las Islas de Chincha, de las que se había apoderado sorpresivamente la escuadra española.

(7). Pág. 114. — Este hecho atroz es referido por uno de los historiadores de la conquista de América.

(8). Pág. 116. — Varios de los individuos que se hallaban á bordo de la escuadra eran profesores de ciencias, pertenecientes á la titulada Comisión Científica

(9). Pág. 118. — Todos los marinos y demás personas que venían en las naves españolas fueron recibidos del modo más afectuoso en el seno de la sociedad de Lima; y se les obsequió con suntuosos banquetes y bailes, á los que ellos asistieron, haciendo las más expresivas demostraciones de cordialidad y regocijo.

(10). Pág. 119. — Mientras que en la capital se les prodigaban tan delicadas atenciones y agasajos, algunos de los individuos de la expedición, dirigían á España correspondencias en extremos ultrajantes para el Perú y aun para el honor de las señoras de Lima, correspondencias que vinieron publicadas, algunos meses después, en diversos periódicos de Madrid.

(11). Pág. 120. — Poco tiempo antes del asalto de las Islas de Chincha, los jefes de la escuadra española pidieron permiso al gobierno peruano, para que algunos individuos pertenecientes á ella recorriesen libremente el país, con el objeto, según decían, de « hacer observaciones científicas »; permiso que franca y generosamente les fué concedido, y del que, como lo demostraron posteriormente los hechos,

hicieron uso para la más fácil realización de sus premeditados planes.

(12). Pág. 121. — El tesoro ingente del guano, — que hasta entonces, y por tan considerable número de años, había permanecido depositado en esas Islas, desprovistas de fortificaciones, sin escuadra ni tropa suficientes para defenderlo, y enteramente confiado á la buena fe de las demás naciones del mundo.

(13). Pág. 121. — La escuadra española, á las órdenes del almirante Pinzón y del comisario Mazarredo, ejecutó sus acto de violenta hostilidad contra el Perú, sin que hubiera precedido siquiera la declaratoria de guerra prescrita por el derecho de gentes, en todo los pueblos civilizados.

(14). Pág. 121. — Apareciendo inesperadamente en las Islas de Chincha, todas las naves de guerra que componían la escuadra española, rodearon al trasporte de vela peruano « La Iquique », que se encontraba allí de estación con un oficial y unos cuantos hombres á su bordo; y después de un inútil aparato de abordaje con su numerosa tropa, tomaron prisionera á su escasa tripulación y arriaron la bandera peruana, sostituyéndola con la española. Otro tanto hicieron en seguida en las Islas; declarando entonces Mazarredo y Pinzón que « desde aquel momento comenzaba la guerra de « reivindicación ó reconquista de estos territorios que nunca « habían dejado de pertenecer á la España, como quiera « que entre esta nación y el Perú sólo había existido una « tregua de cuarenta años », etc., etc.

(15). Pág. 122. — « La *moderna* España » — esta era la expresión favorita de los individuos de la expedición citada. Decían, que los hechos atroces de la conquista de América, lo mismo que los de la guerra de nuestra independencia, habían sido obra de « la España *antigua* »; pero que ellos eran los precursores y como los heraldos de « la España *moderna* », la cual venía á América con una misión entera-

mente fraternal y civilizadora. Por desgracia, los sucesos se encargaron de desmentir bien pronto tales afirmaciones y protestas, poniendo de manifiesto la superioridad aun de los conquistadores del siglo xv, respecto de los expedicionarios del siglo xix.

(16). Pág. 123. — Inmediatamente después de consumados los atentados que acabamos de indicar y de los que sólo llegaron al principio vagos rumores al Callao y á Lima, la escuadra española se presentó en la bahía de aquel puerto, revestida de engañosas apariencias de paz. Preguntados sus jefes por las autoridades de Callao, que fueron á bordo desde temprano, si había algo de cierto en las gravísimas noticias que circulaban en la población, contestaron : que ellas eran completamente falsas, y que su viaje á las islas de Chincha no había tenido otro objeto que hacer aguada para sus buques; y en la misma actitud se mantuvieron hasta muy cerca de la noche. Solamente cuando se vieron ya descubiertos, por haberse confirmado tales hechos con las noticias que traían los buques precedentes de las islas, que sucesivamente iban entrando al puerto, se despojaron completamente de la máscara con que se encubrían; y aproximándose súbitamente, en faz de enemigos, intentaron, aunque en vano, una especie de ataque contra el Callao, de cuya rada sacaron á la goleta de su propia nacionalidad, « Heredia », cargada de víveres.

No cabe duda en que todos estos procedimientos de los hombres que, desgraciadamente, mandaban entonces las fuerzas españolas del Pacífico, — en sí mismos, y por las diversas circunstancias que los acompañaron, — fueron de todo punto vituperables y por demás indignos del buen nombre español. — Existe en el mal una especie de lógica inflexible, que hace que un error sea seguido siempre de otro error más grave, un delito de otro mayor delito. — Mas no hacemos nosotros, ni jamás hemos hecho, responsable de tales actos de unos cuantos individuos malévolos ó

mal aconsejados, á la muy noble nación española, que hemos tenido ocasión de conocer de cerca; entre cuyos hijos se cuentan amigos nuestros muy queridos y personas á las que sobremanera estimamos; y que encierra en su seno cumplidos caballeros y un pueblo generoso, al que hemos hecho justicia en diferentes pasajes de este mismo poema, no obstante el estado de vehemente exaltación patriótica bajo cuyo influjo lo escribimos.

(17). Pág. 124. — Coincidencia verdaderamente singular es la de que en esta estrofa, escrita desde julio de 1864, — es decir, más de un año antes de que empezara la guerra entre las Repúblicas aliadas y la España, — figurasen precisamente los tres nombres de la *Numancia*, *Covadonga* y *Dos de Mayo*, que, — famosos ya, — debían hacerse, por diversos motivos, nuevamente célebres, en el curso de esa misma guerra.

(18). Pág. 127. — Al mismo tiempo que en el Perú se apoderaba de las Islas de Chincha, la España, ó, más bien, el gobierno español se esforzaba en someter bajo su dominación á la República de Santo Domingo, sosteniendo allí una guerra encarnizada y sangrienta.

(19). Pág. 128. — El presidente Santana — que, á trueque de los honores que le concedió el gobierno español, y faltando á sus más sagrados deberes y juramentos, vendió la independencia de su patria, y se puso en seguida á la cabeza del ejército invasor que, por la fuerza de las armas, procuraba sojuzgarla bajo el yugo extranjero, inundando su territorio en torrentes de sangre de sus hermanos.

(20). Pág. 130. — Algunos periodistas de la Península, impulsados por mezquinos odios ó por motivos más innobles todavía, propalaron groseras imposturas tocante á los asuntos del Pacífico y prodigaron ultrajes atroces é inauditos á la nación peruana, extraviando de este modo la opinión pública de su país, y haciendo más difícil, ó, por mejor decir,

imposible, la solución pacífica del conflicto internacional, — No hay palabras bastante severas para anatematizar la conducta de esos indignos representantes de la prensa, cuyas publicaciones fueron una de las causas principales de esa guerra de tan funestas consecuencias para ambos pueblos.

(21). Pág. 132. — Nuestra predicción se realizó bien pronto; pues al cabo de poco tiempo, en 1868, la España, constituída en República, nos tendía los brazos, invitándonos á una cordial reconciliación, la cual se hubiera llevado á efecto, á no impedirlo las gravísimas visicitudes y agitaciones á que se vió sometido inmediatamente después el Perú, lo mismo que la España

AL CORNETA DEL « HUÁSCAR »

MUERTO EN EL COMBATE CONTRA LOS BUQUES INGLESES EL « SHAH » Y LA « AMATIST »

(El 29 de Mayo de 1877.)

Cual tremenda flamígera tromba
Que lanzó desde su antro Luzbel,
Fulminante penetra una bomba
Por la popa del fuerte bajel;

Rompe, estalla, y esparcen sus cascos
Por do quiera fatal destrucción,
Como rompe los rudos peñascos
La centella en la andina región;

Y al soldado que incita al combate
Del clarín con la trémula voz,
Sobre el puente de súbito abate,
Como abate á la espiga la hoz :

Se incorpora él sangriento; pasea
Su mirada con velo mortal;
Y elevando la sien, victorea
Á ¡LA PATRIA! en acento marcial;

Y expirando, la bélica trompa
Aun alienta, en sublime actitud...
¡Mas es fuerza que el cántico rompa
De la muerte la eterna quietud!...
. . . . . .
. . . . . .

¡Oh glorioso, aunque humilde soldado!
¡Esa voz del sonoro clarín,
Que la muerte inflexible ha apagado,
Vibrará en las edades sin fin!

¡Y sus roncos acentos marciales,
Del futuro venciendo el rumor,
Á los hombres, en ecos triunfales,
Narrarán tan heroico valor!...

Hoy, envuelto en la enseña gloriosa
Que dió sombra á aquel grupo inmortal,
Tu sangriento cadáver reposa
En la tierra querida natal;

Y grabada ha quedado en tu pecho
Esta hermosa fulgente inscripción :
« DE LA PATRIA POR LA HONRA Y DERECHO,
YACE, MUERTO EN ESPLÉNDIDA ACCIÓN!... »

La figura del nuncio espartano
Me recuerda tu eterna actitud;

Mas del noble corneta peruano
Es más grande la heroica virtud.

¡De la gloria supiste á la cima,
Por tu esfuerzo, de un vuelo surgir...
Bronce, mármol y férvida rima
Tu proeza dirá al porvenir!

¡De tu muerte el sublime episodio
Lleno está de grandeza y dolor;
Él acaso suscite un Harmodio!
¡Él acrece en las almas el odio
Contra el vil y salvaje opresor!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

En el templo enlutado, á la lumbre
De los cirios, y junto al altar,
De un gran pueblo la gran muchedumbre
Tu sarcófago vi circundar...

¿Por qué el fausto y la pompa suprema
De esa fúnebre augusta ovación?...
¡Porque en ti de la patria el emblema
Reconoce su fiel corazón!

¡Del Derecho valiente soldado,
Y Clarín de los Pueblos, cual tú, —
En intrépida lid destrozado, —
Ha caído también el Perú!

¡Con asalto tenaz cuanto impío,
Le postraron *las huestes del Mal;*
Tu sarcófago mudo y sombrío
Simboliza su tumba fatal!

¡Como á Lázaro, — lepra viviente,
Ruin enjambre, su cuerpo royó;
Y, agotadas sus fuerzas, la frente
En la fosa por fin reclinó!...

¡Mas veremos tal vez otros días
En radioso horizonte lucir;
Y tras largas tinieblas sombrías,
Á la voz de un potente Mesías,
El cadáver podrá resurgir!

Callao, junio de 1877.

HIMNO

AL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE BOLÍVAR

(24 de Julio de 1883)

CORO. — LAS OLAS DEL ATLÁNTICO.

Desbordada, por fin, la ancha copa
Del oprobio, del crimen y el mal, —
Hemos visto á los pueblos de Europa
Sacudir su coyunda fatal.

Tras de noche siniestra y profunda
Amanece otra fúlgida Edad;
¡Y la Tierra en sus rayos inunda
La triunfante, feliz Libertad!

ESTROFA Iª — LA AMÉRICA

¿Hasta cuándo ¡gran Dios! hasta cuándo
Sola yo doblaré la cerviz,
Á la orilla del mar sollozando
De un dragón como presa infeliz?

UNA VOZ DE LO ALTO

¡Cese el llanto ¡oh Beldad! Un Perseo
Prostrará de ese monstruo el furor;
De alma heroica y vigor giganteo,
Va á nacerte inmortal redentor!

—

CORO DE LOS MONTES

De la tierra las hondas entrañas
Sordamente sentimos temblar;
Conmociones violentas y extrañas
Nos empiezan también á agitar :

¡Cómo brota, entre el rayo y el trueno,
Nuestro flanco potente volcán,
Contemplamos salir de su seno
Iracundo y grandioso Titán!

ESTROFA 2ª. — LA AMÉRICA

Ígnea espada refulge en su diestra :
Contra el monstruo se lanza á la lid...
¿En tan cruda, azarosa palestra,
Derribado será mi Adalid?

VOZ DE LO ALTO

¡Ten, oh América, ten esperanza!
¡Te acompaña del Cielo el favor!
¡Del dragón la sañuda asechanza
Domará su invencible valor!

—

CORO DE LOS RÍOS

¿Qué Gigante es aquel, cuya sombra
De las cumbres miramos bajar?
¡Orinoco espantado le nombra!
¡Amazonas le anuncia á la mar!

¡En carrera asombrosa, vadea
Nuestras ondas su raudo alazán:
Sus legiones, en vasta pelea,
Tributarios de sangre nos dan!

3ª. — LA AMÉRICA

« ¡BOYACÁ! » por los vientos escucho;
« ¡CARABOBO! » « ¡PICHINCHA! » « ¡JUNÍN! »
Y otro nombre glorioso: « ¡AYACUCHO!... »
¡Ay! ¿mi afrenta y dolor tendrán fin?

VOZ DE LO ALTO

¡Ayacucho!... ¡Su espada allí trunca
Para siempre tu yugo opresor :
En los siglos, el gran Condorcunca
Brillará con eterno esplendor!

—

CORO DE LOS VOLCANES

¡Gloria al Padre de cinco Naciones!
¡Gloria al Héroe de Iliada inmortal!
¡Nuestras cúspides son los blandones
Que iluminan su marcha triunfal!

¡Tras las rudas, sangrientas faenas,
Tras la homérica lucha tenaz,
Á las faldas de su Ávila, amenas,
Goce al fin de descanso y de paz!

4ª — LA AMÉRICA

Coronada de lauros la frente,
Duerme el Héroe... mas negro reptil
Sus entrañas mordió... ¡la serpiente
De la Envidia maléfica y vil!

VOZ DE LO ALTO

¡ Desde el tiempo de Atenas y Esparta,
De los Grandes la Envidia va en pos!
SANTA HELENA será ó SANTA MARTA...
¡ Siempre tiene calvarios el dios!

—

CORO DE LOS GENIOS DE LOS ANDES

Del delito magnánimo reo
De traerte la luz celestial,
Ha expirado tu gran Prometeo
Devorado por odio letal;

Mas las bellas Repúblicas, hijas
Del benéfico, excelso Titán,
Su infortunio, con ansia prolijas,
En los tiempos sin fin plañirán.

5ª. — LA AMÉRICA

¡ Ya del Héroe en la mísera fosa
Una palma contemplo surgir :
Su apoteosis eterna y gloriosa
Preparándole está el Porvenir!

VOZ DE LO ALTO

¡Su sepulcro, cual puro santuario,
Brillará de la gloria al fulgor;
En la Historia, su triste Calvario
Se alzará cual sublime Tabor!

—

CORO DEL MUNDO ANTIGUO

¡Oh guerreros que vió el Escamandro
Junto al muro de Troya pugnar!
¡Oh Sesostris! ¡oh Ciro! ¡Alejandro!
¡Sol que irradia hasta el índico mar!

¡Oh varones que alzó al Capitolio
Roma entera, entre pompa triunfal!
¡Oh gran César, caído del solio
Bajo el golpe de fiero puñal!

¡Del Oriente, de Grecia y de Roma
Héroes todos! ¡la sien prosternad
Ante el Gran Colombiano que asoma
En las brumas de póstera Edad!

CORO DE LOS CONTEMPORÁNEOS

Á cien pueblos, ya libres de reyes,
Del desierto llevando al través,
Desde el monte Sagrado, tus leyes
Les dictate, cual nuevo Moisés :

Del humano destino, tú, el arca
Custodiando, en depósito fiel, —
Condujiste á la fértil comarca
De Canán, al moderno Israel.

¡Tú libraste las múltiples proles
De Jafet y de Cam y de Sem;
Y el cimiento pusiste á las moles
De la humana futura Salem!

CORO DEL PORVENIR

De tu gloria en el tronco se embota
De los años la férrea segur :
La cadena enlazaste, ya rota,
Del divino inspirado Ligur :

Si el audaz genovés á este mundo
En sus naves le trajo la Cruz,
Tú, Bolívar, Colombo segundo,
Del Derecho le diste la luz.

¡Salve, ejemplo de excelso heroísmo!
¡Salve, fuente de egregia virtud!
Cada siglo, al caer al abismo,
Te dirá, como ahora : ¡SALUD!!!

EL DIEZ DE AGOSTO

DE 1809[1]

Al Doctor don Augustin L. Yerovi.

Del uno al otro extremo de los montes
De la Andina ciclópea cordillera;
Tocando los opuestos horizontes
De la celeste inmensurable esfera;

Cual fúnebre mortaja que cubría
El cuerpo de una víctima yacente;
Oscura, inmensa nube se extendía
Por encima del Nuevo Continente;

Y bajo de ese tenebroso manto
Resonar se escuchaban, por momentos,
Sollozos de misérrimo quebranto
Sordos ayes de incógnitos tormentos;

De supremo dolor los alaridos,
Largo clamor de inconsolables penas,

1. Estas estrofas, escritas en pocas horas, á instancias de mi amigo el doctor Yerovi, para la fiesta nacional del Ecuador, son casi una improvisación.

Del látigo del amo los crugidos,
Y rumores de grillos y cadenas...

¡Oh! ¡qué cuadro, á los últimos reflejos
Del sol en occidente moribundo,
Contempló, por tres siglos, á lo lejos
Con su mirada indiferente, el mundo!

Esa nube de oprobio y de delito
Sobre los rudos Andes extendida,
Inmoble, y sorda del dolor al grito,
Semejaba la losa de granito
De gigantesco dolmen del Drüida;

Y en la penumbra, la confusa forma
De doliente hermosura allí postrada
Se divisaba, como bella norma
Á implacable Isminsul sacrificada:

¡La América! ¡gentil sacerdotisa,
Vestal sublime de inspirada frente,
Del porvenir del mundo profetisa,
Sibila de las playas de occidente!

Y, sobre ella inclinándose ceñudo,
Un sacrificador, de furia lleno,
Que le arrancaba con cuchillo agudo
El palpitante corazón, del seno... —

¡Y los años pasaban y los siglos,
Y perduraban servidumbre y duelos;
Y esa noche de horror y de vestiglos
No aclaraba ni un rayo de los cielos!

El humano linaje, tras penosa
Marcha, alcanzando prósperos destinos,
Al fin entraba, en ascensión gloriosa,
Del edén á los cármenes divinos;

Mas, como á su Beatriz unido el Dante,
Al sumergirse en el fulgor eterno,
Hacia abajo volviendo su semblante,
Miraba, allende de la mar de Atlante,
El *doloroso reino*[1] del Infierno :

El Tártaro del fiero despotismo,
Donde, al influjo de implacables hados,
Entre sombras de error y fanatismo,
Un enjambre poblaba el hondo abismo,
De réprobos, sin culpa condenados!

¡No un infierno de cárdenos fulgores,
Sino infierno moral, — donde las calmas,
De la creación, sus pompas y esplendores
Eran como un sarcasmo á los dolores
Que abrumaban los cuerpos y las almas!

1. Il doloroso regno... DANTE.

Mansión perpetua de hórrido suplicio,
Siniestra cárcel de eternal venganza;
De iniquidad titánico edificio
Que ostentaba en su oscuro frontispicio
La fatal inscripción *¡no hay esperanza!*
. . . . . .

¡Muerte, desolación, por todas partes!
¡La catapulta del progreso humano
Dejaba en pie los sólidos baluartes
De la opresión del pueblo americano!

¡Ni una estrella en el vasto firmamento!
¡De la tierra en el haz ninguna lumbre!
¡Do quiera postración y abatimiento!
¡Hondo estupor! abyecta servidumbre!...

Mas ¡oh prodigio! su fulgor derrama, —
Al ecuador, constelación gloriosa;
Y altiva voz que « ¡Libertad! » proclama
Sacude el gran cadáver en la fosa!

¡Sublime apelación á lo futuro,
Del presente anatema, — se alza un grito;
Y en el brumoso firmamento oscuro
« *De la América Luz* », refulge *Quito!*

¡Oh Patria! ¡un noble grupo de tus hijos
Los férreos grillos de sus pies quebranta;

Y en el alto Ideal los ojos fijos,
Á combatir osado se adelanta :

Del degradado siervo el miedo flaco
De sí arrojando, á los tiranos hiere ;
Lucha como el indómito Espartaco,
Como él sucumbe, y denodado muere !

¡Mas á los pueblos del mortal desmayo
Despierta aquella voz atronadora ;
Y de la cumbre del Pichincha el rayo
Bien pronto enciende universal aurora !
. . . . . .

¡Sí ! ¡en lontananza, triste, solitario,
El Nuevo Mundo, en los pasados dias,
Se mostraba, cual fúnebre calvario,
Circundado de infectas gemonías !

Y entre nieblas impuras y vapores,
En torno de ese Gólgota, esperaba
Al Cristo redentor de sus dolores
La gemebunda muchedumbre esclava ;

Y entonces, del verdugo la cuchilla
Desafiando y del déspota el alfanje,
No uno se alza por ti contra Castilla,
De redentores surge una falange !

¡Y subieron al monte del suplicio, —
Cual víctima inmortal propiciatoria; —
Mas los alzó su heroico sacrificio
Al Tabor refulgente de la historia!

Cual de la vid los deleitosos jugos
El lagar bañan en purpúreo mosto [1]
Así corrió á los pies de los verdugos
Su generosa sangre, el *Dos de Agosto;*

Corrió á raudales, noble, inmaculada,
Mas, al par, á los déspotas ahoga
Entre su roja y férvida oleada,
La sangre de MORALES y QUIROGA!...

. . . . . .

—

¡Ya lo veis, de la sangre de patriotas,
De la sangre de mártires, torrentes
Se necesitan, no menudas gotas,
Para abonar el árbol que las frentes
No cobija jamás, de los ilotas!

¡Cual lo muestran las hondas cicatrices
Q' de la Patria aun se abren en el pecho,
Con su sangre regaron las raíces
Del árbol sacrosanto del derecho
Que da sombra á sus pósteros felices!

1. Imagen tomada de la Biblia.

¡Pues esa sangre, digna de espartanos,
Cual savia de sus fibras él encierra,
Cultívenle piadosas nuestras manos;
Y que, al cubrir la ecuatoriana tierra,
Tan sólo abrigue su ramaje hermanos!

. . . . . .

¡Rompieron nuestros férreos eslabones
En el comienzo de esta gran centuria;
Que completar nos miren las naciones
La obra de aquellos ínclitos varones
Y del Piloto egregio de Liguria!

Libres al fin del ominoso peso
De antigua servidumbre nuestros hombros;
De la discordia atado el monstruo avieso;
Hollando del pasado los escombros,
Escalemos las cumbres del progreso!

Guayaquil, agosto 10 de 1890.

POESÍAS JUVENILES

POESÍAS JUVENILES

Del prólogo del tomo III de la colección de Lima tomamos el pasaje siguiente, que da una idea, aunque ligera, de las desfavorables circunstancias literarias en medio de las cuales fueron escritos estos ensayos, publicados casi en su totalidad por el autor, en Lima, entre los quince y los veinte años de edad.

. . . . . .

« Acabando de salir, entonces, de un largo y borrascoso período de conflictos internacionales y de revueltas y agitaciones intestinas, el Perú comenzaba apenas á echar las bases de su constitucionalidad, bajo la primera administración del general Castilla; y en todo ese lapso de tiempo, los hombres de ingenio superior, completamente absorvidos por las preocupaciones políticas y por los graves acontecimientos de cada día y de cada hora, no habían tenido la libertad de ánimo indispensable para dedicarse al ameno cultivo de las Letras. — Los escritores casi contemporáneos de la guerra de la Independencia, — cumplida dignamente su mi-

sión de publicistas, de oradores ó de poetas, — se habían entregado al reposo á que tenían harto derecho después de tan ímproba tarea, limitándose al papel de doctos aristarcos y consultores en materias científicas y literarias; los de la generación subsiguiente, á poco de haber levantado su voz más ó menos vigorosa, la habían sentido apagarse entre el fragoroso estrépito de las armas agitadas en contiendas fratricidas : unos y otros enmudecían por completo en ese intervalo entre la anarquía y la reorganización de la República, en esa época de transición del caos político al armonioso y fecundo sistema constitucional. No existía tampoco, á la sazón, cátedra alguna de verdadera enseñanza literaria, que pudiera mantener vivo en las inteligencias y en los corazones el fuego sagrado del Arte y de la Poesía. Las producciones que de tarde en tarde registraba la Prensa, eran del todo insignificantes ó de procedencia extranjera. Desierto, infecundo y abandonado, se presentaba, pues, el terreno de las Letras, semejante á una extensa y solitaria llanura completamente devastada y cubierta de espesa capa de arena por la impetuosa avenida de las Revoluciones.

« Al través de ese estéril y desolado campo, — muy joven aún y sin más apoyo ni guía que los consejos, voluntariamente escuchados, de algunos

de aquellos sabios respetables, — me puse yo denodadamente en marcha, junto con Fernando Velarde, José Arnaldo Márquez y Manuel Adolfo García; siguiéndonos, poco después, algunos poetas más jóvenes que nosotros, como Clemente Althaus, Juan de Arona, etc., y otros coetáneos nuestros, pero menos avanzados en ideas literarias. ¿Qué mucho, pues, si, al cruzar el dilatado y arenoso desierto, mi paso no ha sido siempre firme y seguro, ni mi rumbo siempre recto y certero hacia la Tierra Prometida de la Belleza y del Ideal?... »

Á AMÉRICA

CON MOTIVO DEL CONGRESO AMERICANO REUNIDO EN LIMA EN 1848.

Á la amada memoria de mi padre.

¡Venus nacida de la blanca espuma
De los azules mares
Que besan hoy con murmurantes ondas
Tu róseo pie, y á tu gallarda frente
Ciñen, cual velo de ligeras blondas,
Perpetua banda de flotante bruma!
—¡Ninfa agreste y gentil, que, ora á la sombra
De pintorescos bosques de palmares
Ó de las altas selvas seculares,
Vagas con lento paso; ora te inclinas
Desde lo alto de hirviente catarata,
Ó por el borde, intrépida, caminas
Del torrente soberbio y espumoso
Que entre peñas sus ondas arrebata;
Ya tus formas divinas
Á las linfas entregas
Del Amazonas vasto y majestuoso,

Y en ellas leda y caprichosa juegas,
Mientras que aljofarado se desata
Por tus hombros y mórbidas espaldas
De tu cabello de ébano el tesoro !...
— ¡Augusta Reina que en tu sien ostentas
De diamantes, turquesas y esmeraldas
Riquísima diadema fulgurante ;
Que, por trono, te asientas
Sobre alto monte de luciente plata,
Y en escabel magnífico de oro
La excelsa planta con desdén colocas ;
Que extiendes de tus leyes el imperio
De uno al otro hemisferio,
Y entrambos polos con tu cetro tocas !...
— ¡Sirena de Occidente encantadora,
Amor del Sol, por quien intenta en vano
Detener su carrera brilladora,
En la tumba al caer del Oceano ;
Tú, á quien su postrimer sonrisa envía,
Inefable, doliente y cariñosa,
En los destellos últimos del día !...
¡América! ¡salud !... ¡Oye mi canto
Con placentero rostro,
Que ya en el altar santo
De la divina Libertad me postro !

¡Óyeme, Madre de héroes ; y despliega
Las hojas, ante mí, de tu Pasado,
Y á tu vate las páginas entrega

Donde escribió tu Porvenir el Hado !
Dámelas, sí ; que si, á profanos ojos,
Blancas están, cual nunca hollada nieve,
Á la lumbre del estro que me inflama
Saldrán á luz los caracteres rojos !
Presta, presta la luz de tus volcanes
Al bardo que entre sombras se encamina,
Como nocturno pálido anticuario,
Para arrancar la ponzoñosa yedra
De la rastrera envidia de los hombres
Que con ramaje vario
Borrar intenta los gloriosos nombres
Grabados de los Siglos en la piedra !
¡ Presta, presta la luz de tus volcanes
Para que el Mundo tus hazañas vea,
Para que el Mundo de rodillas lea :
« La Libertad, América y Bolívar,
« Compañeros perennes de la Gloria,
« Sublime Trinidad de la Victoria ! »

¡ Tú, Libertad, inspírame !
¡ Tú que tuviste en los antiguos días
Por augusto Pontífice al Mesías !
¡ Tú, Libertad, inspírame ; y extiende
Propicia mano á mi inexperto numen,
Para que escale audaz tu firmamento ;
Mi alma en tu fuego enciende ;
Y para que en mi mente caber puedas,
Ensancha ¡oh Libertad ! mi pensamiento !...

¡Y tú también, gigante colombiano,
Lánzame de tu genio una centella
Desde la andina prodigiosa cumbre
Donde inmóvil levántase y descuella
Tu grandioso fantasma soberano,
Cual de América eterno centinela !
¡Como faro de gloria rutilante !...
¡Dame un destello de tu viva lumbre,
Astro inmortal que arrebatado admiro !
¡De los libres glorioso Sol radiante,
En torno al cual mi Inspiración revuela,
En incesante giro,
Cual águila embriagada y palpitante !

II

No ya, como otras veces,
Apoyas en la palma la mejilla,
Y llanto amargo, cual de hiel las heces,
Viertes por tu infortunio y tu mancilla ;
Ni en tanto ¡oh Patria! que las duras barras
Te agobian ¡ay! del Español triunfante,
Y su León rampante
Clava en tu seno sus feroces garras, —
¡Yaces sumida en tenebrosos vahos,

En el hondo silencio de la tumba,
En el silencio fúnebre del Caos !...
¡ No ! ¡ que en redor retumba
Belicoso rüido !
¡ Insólito clamor, en son violento,
Del soberbio Illimani ha interrumpido,
Y el Chimborazo, el eternal concento !

¡ Dos gigantes, como ellos, son ! ¡ Titanes
Que sus membrudos brazos entrelazan,
En el llano, y rugiendo se rechazan
Como dos encontrados huracanes !
¡ Dos Colosos luchando ! ¡ Tiembla el mundo
Á su esfuerzo iracundo,
Á peso y furia tanta,
Como herido del Tiempo por la planta !
¡ Nunca tal lucha se fingió el deseo,
Desde que absortos los antiguos dioses
Ceñirse vieron á Hércules y Anteo...
Desde que, asidos con tremendo lazo,
Lucharon dos querubes brazo á brazo,
Y cayó derrocado el ángel reo !

¡ Bolívar y el infando
Despotismo español ! ¡ tales los nombres
De entrambos son ! En la revuelta arena
El Despotismo ensangrentado cae
Sobre los nudos de su vil cadena ;
Arrastra en su caída sus altares ;

Y, al través de los vientos arrojado
Por el brazo del héroe,
Húndese, nuevo Licas,
Allá en el seno de remotos mares...
¡Y plácida armonía
Derramando á torrentes, vense abiertas
Del cielo azul las diamantinas puertas !

« ¡LIBERTADOR ! » decían
Los ángeles en coro desde el cielo ;
« ¡LIBERTADOR ! » cien pueblos repetían
En torno suyo, con ferviente anhelo ;
Y vibró acelerado sus latidos
El corazón de América gozosa,
Cual ave que con júbilo aletea
Libre ya de su cárcel enojosa ;
¡Los INCAS á sus *huacas* se asomaron
Para verle pasar ! rugió el Demonio
De la antigua opresión y el fanatismo ; —
¡Y sobre su cabeza,
Que circundaban ínclitos laureles,
Los cóndores del Ande revolaron,
Cual otro tiempo el águila de Arbeles
Sobre la frente audaz del Macedonio !

Tú, Patria mía, entonces,
« Ven, mi Libertador, tregua da al brazo, »
Dijiste, « ¡clava tus guerreros bronces ;
Y enjuga tu sudor en mi regazo ! »

Él te escuchaba ; reclinó en tu seno
Su frente palpitante y altanera,
¡ Y el rostro, con la ibérica bandera,
Del sol velando, se durmió sereno !

III

Mas, entre sueños, vino
Á sus oídos de hórrido combate
El rumor fragoroso y repentino ;
Y de sus hijos se ofreció á su vista
El fratricida bando
Que, entre el sangriento batallar infando,
«¡Guerra!» clamaba, «¡Esclavitud! ¡Conquista!»

¡ Las Repúblicas, que antes temorosas
Á su manto guerrero se acogían,
Ya, con puñal agudo, rencorosas
Los corazones, sin piedad, se herían !
Los Cóndores, con alas iracundas,
Á las esbeltas Llamas azotaban,
¡ Y, — al caer en las rocas, moribundas, —
Sus palpitantes miembros desgarraban !...
¡ Desolación y luto,

Catástrofes sombrías,
Por todas partes, y homicida saña !...
¡ Lagunas eran de caliente sangre
Las verdes praderías,
Y las ciudades, tiendas de campaña !
Ante tan negros trágicos horrores,
Entre nublados escondiendo el rostro,
Tornaba el Sol la espalda ;
Apagaba el volcán sus resplandores
Estremeciendo la anchurosa falda...
¡ Y entre nubes de cálida ceniza
Y remolinos de su lava hirviente,
Coronas mil hollando de laureles,
Chocaban, como rápidos espectros,
De Junín y Ayacucho los corceles !...
¡ Desolación y luto
Miró el Héroe do quier, á los reflejos
De las siniestras moribundas llamas,
Mientras que, amenazante, allá á lo lejos
El monstruo de las iras españolas
Alzaba su cabeza entre las olas !...
¡ Y con íntimo afán y honda zozobra,
Prorrumpió, al despertar, acongojado :
« ¡ SEÑOR ! *¿ es ésta mi obra ?...* »

¡ Triste, inmóvil, fatídico, callado,
Quedó después el generoso atleta,
Como el fantasma de la Muerte impía
En el dintel de Eternidad sombría...

Y como aquel Profeta
Que de Salem la destrucción futura,
Sentado en una roca, lamentaba,
Así Bolívar se postró doliente,
Y vertieron sus ojos llanto ardiente !...
¡Mas, de improviso, cual en nube oscura
Que amenaza cubrir el firmamento
La luz del Iris resplandece ufana,
Su mente poderosa el pensamiento
Concibió, de LA UNIÓN AMERICANA !

IV

¡Y ese iris fué también IRIS DE ALIANZA !
Porque la Libertad al Nuevo Mundo
Como prenda lo dió, de bienandanza ;
Y á su brillo, las jóvenes Naciones
Ante unas mismas aras se postraron,
Y, unidas y fervientes, elevaron
Por la dicha común, sus oraciones !

PANAMÁ las vió, al grito
De su Libertador, con brazo amante
Estrecharse gozosas,
El seno de ternura palpitante ;

¡Y al frente de ellas el Caudillo oraba,
Como Moisés ante su pueblo, un día,
En las rugientes ondas del Mar Rojo
Sepultada al dejar la Tiranía !...
Pero se alzó del fango vil la Envidia,
Con macilento rostro
Esgrimiendo el puñal de la perfidia ;
La Discordia agitó su infernal tea
Llevando en pos á la Maldad y al Crimen...
¡Como Israel, los pueblos ¡ay! cegaron,
Y de su PROVIDENCIA murmuraron!...

. . . . . .
. . . . . .

¡Y de Bolivar se ha cumplido el sueño !
¡En seis lustros de luchas y de horrores
Nos mostró la Fortuna airado ceño,
Escribiendo con sangre sus furores !
¡Portete ! ¡Ingavi! ¡Socabaya ! y *¡Áncachs !*
¡Y *Miñarica* y cien !... ¡nombres malditos !
¡Sobre el suelo de América pasaron
Como voces de muerte, cual clamores
Siniestros de los ángeles precitos !
Y ayer no más, de su distante orilla,
Los soberbios leones de Castilla,
Azuzados por ruin traición proterva,
En bandada famélica y rugiente
Los centellantes ojos enclavaban,

Al través del Atlántico oceano,
Sobre su antigua infortunada sierva ;
¡ Y en las cálidas brisas de Occidente
El vapor de la sangre olfateaban !...
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡ Mas hoy !... ¡ de paz la aurora
Luciendo está ; y el ósculo fraterno
Se dan cinco Naciones ;
Y la Guerra Civil asoladora
Húndese, amedrentada, en el Averno !
¡ Brilla ya el sol !... ¡ Mirad el horizonte
Que se abre ante los ojos refulgente...
Y oid la voz, que va de monte en monte,
¡ Unión y paz ! diciendo,
De región en región, de gente en gente !...

¡ Salud, nobles hermanas
Que abroqueláis el delicado pecho
Con el escudo de la unión, ufanas !
¡ Salud ! ¡ el orbe un día
Á todas vuestras glorias será estrecho ;
Y altivas erguiréis vuestras cabezas
De las grandes Naciones á la altura,
En las cándidas manos sosteniendo
El cetro del poder y la hermosura !...

¡Cayó el robusto Alcides cuyo brazo
La feroz hidra sofocó, española ;
El Coloso que tuvo al Chimborazo
Por pedestal, y al *Iris* de aureola!
¡Cayó el Héroe del Sur, roído el seno
De la calumnia vil por el veneno !
¡Y sus hijos, éntonces, á Colombia
Entre sí desgarraron
Cual los judíos, que al Señor hirieron
Y su manto, después, se sortearon !...
¡Pero vive su idea! — ¡Y si el caudillo
No existe, de Israel, en el desierto
La gran columna de fulgente brillo
Faro será de nuestro viaje incierto !

Lima, marzo de 1848. — (Revisada en 1860).

EN LA MUERTE DEL GENERAL NECOCHEA

« Como marina tromba, rumorosa,
Allá en los vastos mares se levanta;
En gigante columna pavorosa
Á los altos bajeles se adelanta;
Ruge con la potente voz del trueno,
Y de su hirviente seno
Lanza devastadora catarata;
Bate, rompe, destroza.... y masteleros,
Y trastornado casco, y marineros,
En inmensa vorágine, arrebata;

« Así la Muerte presentóse impía
Á los caudillos que, en reñida guerra,
Derribaron por tierra
Al coloso español, que con su planta
El seno de la América oprimía;
Que con mano iracunda
Su tierno corazón despedazaba;
¡En tanto que su frente moribunda
Con el cetro de bronce quebrantaba!
Así la Muerte se ofreció á su vista,
Sangrienta luz ardiendo en sus miradas;
Sopló sobre los héroes; á su soplo,
Temblaron vacilantes; las espadas
Cayeron de sus diestras impotentes;

Volvieron en redor los tristes ojos;
Exánimes dobláronse sus frentes...
¡Y abrió la tumba la voraz garganta,
Y recibió sus pálidos despojos!

«¡LAMAR! ¡SUCRE! ¡BOLÍVAR!... ¡Ya no hay hombr
Que lleven tales nombres!
Rayó la Eternidad, astro fulgente,
Y al cielo sus espíritus volaron,
Cual las diáfanas gotas que la aurora
Vierte en el dulce cáliz de las flores
Y que el sol con sus rayos evapora
Al mostrar en oriente sus fulgores.

«¡Todos desparecieron! La tormenta
¡Ay! la Nave deshizo,
Y en los nautas intrépidos, crüenta,
Sus tremendos furores satisfizo;
En ellos que, al través de ignotos mares,
Serenos navegaban
En pos de Libertad augusta y bella,
Su fijo Norte, su Polar Estrella!
¡Todos desparecieron! ¡Cual las olas
Que hasta el cielo se elevan un momento,
Y después se sepultan... y tan sólo,
Aquí fueron... nos dice el pensamiento!
¡Y el insaciable Genio de la Muerte
En medio á sus cadáveres sentóse,
Como, en la margen del remoto Nilo,

Hambriento, cabe su roída presa
Solitario se tiende el cocodrilo!...
Así, al fulgor de luna macilenta,
En el campo sangriento de batalla,
Ayer testigo de su excelsa gloria,
Feroz conquistador mudo se sienta,
¡Y de allí, pensativo, sus miradas
Vagabundas pasea
Por el sudario de insepultos huesos
Que el astro silencioso de la noche
Con sus reflejos pálidos blanquea!...

« ¡Uno solo, uno solo,
De pie, en la ruina universal, contemplo!
Es la postrer antorcha que ilumina
De nuestra gloria el solitario templo;
¡Es el último faro
Que entre la noche de civiles guerras
Brilla sereno y claro;
Cual la esperanza pura,
Divino infatigable centinela
Que en el fondo de un alma sin ventura
Entre reliquias lastimosas vela!

« Su nombre... es NECOCHEA;
Su gloria... el Mundo la miró asombrado
Con blancos huesos en Junín escrita;
Su fulminante espada
Está en el templo del valor colgada! »

Así, en noche siniestra, yo decía,
La suerte de los héroes lamentando;
Y *¡ya desparecieron!* repetía
Por los aires acento triste y blando;
Absorto alcé los ojos : Gabriel era;
Del alba le cubría
La nebulosa túnica ligera;
Y á mi lado sentándose, me dijo :
« ¡Oh tú, del Guayas hijo,
» Cantor de los sepulcros! ¡vierte, vierte
» Lágrimas de dolor!... ¡ay! ¡de la Muerte
» Una víctima más allí te ofrezco :
» Templa las cuerdas de tu triste lira;
» Canta sus glorias, y su fin lamenta! »
Dijo y volóse; ¡y al volver los ojos,
Á mis pies un cadáver se presenta!

¡Una víctima más!... ¡Sobre su frente
Majestuosa y tranquila,
Vierte la luna pálidos destellos;
Sin voz están sus labios, sin mirada
Su empañada pupila;
Por el polvo se arrastran sus cabellos;
Y en su desnudo y fuerte pecho, donde,
Como en el fondo de urna silenciosa,
En sueño eterno el corazón reposa,
Se ven los signos de dolor y gloria
Con que sella á sus hijos la Victoria!

« ¡Un guerrero! ¡un guerrero!...¿cuál su nombre? »
Temblando clamo de pavor á impulsos
De terrible, fatal presentimiento...
Y allá, entre tumbas, un espectro asoma
Y así me grita con amargo acento :
« ¡Sopló otra vez la Muerte! del santuario
« Ápagóse también la última tea :
« Ese cadáver yerto... ¡es NECOCHEA! »
¡Á tal grito, á tal nombre,
Sobre sus tumbas los difuntos se alzan,
Sus esqueletos á la luna brillan,
Y encima de las losas se arrodillan!
¡De sus cuevas se lanzan por los aires
De negros buhos agoreras tropas;
Y los cipreses fúnebres
Doblan gimiendo las dolientes copas!

¿Y es verdad? ¿y es verdad?... ¿ese cadáver
Es el gran NECOCHEA?...
¡Ó mi mente delira,
Ó en el augusto mundo de los muertos
También penetra la procaz mentira!...

¡Venid los que le visteis
Lanzarse en medio á la feral batalla,
Entre ayes de dolor, gritos de ira,
Y entre nubes de polvo y de metralla;
En su corcel indómito y ligero,
Pechos, cabezas, muertos, moribundos,

Rotos cascos, sangrientos estandartes,
Raudo hollar; — y altanero,
Audaz, blandiendo el fulminante acero,
Aparecerse al enemigo bando,
Como el rayo en la nube cabalgando!...
¡Venid! los que le visteis!
Pálido de furor, ardiendo en saña,
Al mirar á la América tendida
Bajo los pies de la orgullosa España;
Cual águila caudal sobre su presa,
Sobre ella abalanzarse; arrebatarla
El cetro ponderoso; en sus rodillas
Tornarlo mil astillas;
En sus brazos ahogar al Despotismo,
Y con su acero mismo
Cortar del tronco la feroz cabeza,
Y al Orbe entero, que miró su audacia
Lleno de espanto y estupor profundo,
Presentarla en sus manos, sanguinosa,
Como nuevo David del Nuevo Mundo!...
¡Venid, todos! decidme : ¿ese cadáver
Es el gran NECOCHEA?...
¡Ay! ¡vuestros rostros desolados veo,
Y la amarga verdad en ellos leo!...

¡Triunfar en Chacabuco!
¡Ser de Junín la Estrella!
¡Vencedor en cien lides,
Eclipsar con sus ínclitas hazañas

Los hechos de Pelayos y de Cides!
¡Ceñirse del valor y bizarría
Doble diadema hermosa!
¡De la gloria tocar la excelsa cumbre!...
¡Y tropezar allí con una fosa!...
¡Cuánto de grande y cuánto de mezquino,
De los héroes se encierra en el destino!...

¡Ay! tu infortunio es cierto,
¡Oh Patria sin ventura!
¡Rasga, como Jacob, tu vestidura,
Que tu Josef ha muerto!
¡Libertad! en su losa
Llanto de sangre vierte noche y día...
¡Tiranos! ¡en su tumba
Rugid, como leones, de alegría!...

. . . . . .

Mas ¿quién hablar insano.
Aquí, de muerte osa?
¡Para el héroe cristiano
Esa muerte no es muerte; es nueva vida;
Que con doble existencia le convida:
Con la inmortalidad allá en el cielo!
¡Con la inmortalidad aquí en el suelo!

La tumba es el capullo
En donde el vil gusano de la tierra,
Depuesto el necio orgullo,

Arrastrándose mísero se encierra;
Para salir después, con nuevas galas,
Convertido en brillante mariposa,
¡Y por el éter azulado y puro
Al Eterno, su Sol, tender las alas!...

¿Á nosotros mezquinos,
Qué nos vale el vivir, si nombre oscuro
Tan sólo legaremos á la tierra,
Al trasponer de la existencia el muro?
¿Si nuestra pobre historia, —
En lo fugaz, al humo semejante
Que una extinguida antorcha tras sí deja, —
Nadie tendrá mañana en su memoria?...
¿Es acaso morir, dejar un nombre
Á cuyo son la cumbre de los Andes
En convulsión se agita,
Y del corazón del Mundo Americano
De dolor llora, de placer palpita?...
¡Oh! ¿es morir, su cifra refulgente
Grabada con la punta de su sable
Dejar de un siglo en la soberbia frente?
¿Eso llaman morir?... ¡Ah! ¡si la gloria
Y la vida trocar posible fuera,
Vencedor en Junín y en Chacabuco!
Mi vida en su lozana primavera,
Por tu sublime gloria perdurable,
Sin vacilar y con placer, te diera!

Lima, mayo de 1849.

LA MUERTE DE JESÚS

Á JERUSALÉN

¡Triste Jerusalén! ¡tú la sentencia
Osaste pronunciar, en tu demencia;
Tu labio condenó á suplicio acerbo
Al Encarnado Verbo!...
¡Y la condenación del Inocente
Como un monte cayó sobre tu frente!

¡Tú le insultaste, emblema de los hombres,
Con irónicos nombres!
El Universo entero
Tres veces palpitó, en las tres caídas
Del Celestial Cordero;
¡Y tú, en pos dél, gozábaste en su angustia,
Y estampabas tu mano en su faz mustia!

El serafín radioso,
Recogiendo á sus pies las blancas alas,
Le adora, en el Empíreo, respetuoso;
Y, bajo el leño, tú, al verle caído,
Con que sus flacos hombros abrumaste,
Sin piedad le empujaste,
Y el Gólgota, con mofa, señalando :
« ¡No llores tu abandono;

« Ve », le dijiste, « que te está aguardando
« ¡Rey de los cielos tu sublime trono! »

¡Bañado el rostro de amargura y llanto
Contemplaste á María,
Que con voz gemebunda te pedía
Le volvieses su amor, su hijo, su encanto!
Su tierno corazón, despedazado
Viste, de hondo dolor por dardo agudo;
Y la apartaste á un lado,
Con violento ademán y gesto crudo;
¡Y, con demencia y ceguedad extraña,
En Él saciaste tu deicida saña!

¡Símbolo triste del linaje humano!
¡De tu furia en el vértigo insensato,
Dél blasfemaste ingrato;
Y el mundo, por tu mano,
Ébrio de audacia loca,
Hondo cáliz de hiel puso en su boca!

Le arrastraste á la cumbre del Calvario;
De su suplicio atroz el instrumento
Con priesa alzaste y bárbaro contento,
¡Pueblo! ¡Pueblo nefario!
Oiste enronquecerse en la agonía
Su congojoso pecho traspasado,
Y escuchaste con hórrida alegría:
« ¡Todo está consumado!! »

¡Al ver de Dios al Hijo
En un madero, por nosotros, fijo;
En mortal parasismo
Al vencedor del tenebroso abismo;
El Sol también, con funeral desmayo,
Cerró los ojos y apagó su rayo!
Y el Mundo, á un tiempo mismo,
Contempló de dos Reyes la agonía:
Del Universo el Rey y el Rey del día!...
Las tumbas con estrépito se abrieron
Y los yertos cadáveres sombríos
De sus hondas entrañas repelieron;
Ellos, puestos de hinojos,
Entre los blancos pliegues del sudario,
Tendieron, fijos, de pavor, los ojos
Á la sangrienta cumbre del Calvario...
¡Y al divisar la Cruz, hondo lamento
De universal terror dieron al viento!
Estremecióse vacilando el Mundo,
Como en la lid herido combatiente;
Como si furibundo
El polo hiriese vengador cometa
Con flamígera cola; ó de repente,
Los espacios llenando, allá en los cielos
Tronase ronca la final trompeta!...
¡Entre pavor universal y horrura,
Agonizó convulsa la Natura
Al sonar de Jesús el postrer grito!
El querube precito

Hundióse para siempre en el infierno,
Lanzando, de furor, ronco alarido...
¡Y tú, Pueblo sacrílego y maldito,
Del Hijo del Eterno
Te gozaste en el último gemido!...

Lima, Semana Santa de 1847.

LA BAJADA DE JESUCRISTO Á LOS INFIERNOS

(FRAGMENTO)

¡Envuelto en luz de gloria refulgente,
Al Infierno Jesús ha descendido,
Cual baja el rayo en noche tenebrosa
Desde las nubes á la negra frente
De gigante montaña peñascosa!
¡Ante su brazo omnipotente, alzado
Á descargar su saña justiciera,
El infierno espantado
Un gemido lanzó, cual ronco trueno;
Á sus plantas tendiendo por alfombra
La cerviz humeante y altanera!

Solamente un espectro,
Torva, siniestra, gemebunda Sombra,
Se atrevió á contemplar, por breve instante
Y con inciertos espantados ojos,
La augusta faz del Salvador del Mundo;
Mas, al herirle su esplendor radiante,
Desvanecidas sus tremendas dudas,
Desplomóse de súbito de hinojos
Con fiera angustia y con horror profundo!

¡Judas! clamó con resonante grito
El coro inmenso de querubes... *¡Judas!*
Clamó en redor el eco
En rumor prolongado é infinito,
La anchurosa caverna estremeciendo;
Y el apóstol nefario,
Desesperado hiriendo
Á impulsos de la rabia del precito,
Las ígneas rocas con el cráneo seco,
« *¡Ay!* » prorrumpió, « *¡yo, con mi atroz delito*
Yo le trazé la senda del Calvario! »

Su cuello negra víbora ceñía,
Que el veneno asqueroso de sus labios,
Aun más letal que el suyo, recogía...
¡Labios que tantas veces se posaron
En la sagrada mano del Maestro;
Que, allá en Getsemaní, con beso impuro
Su semblante divino profanaron...
Que hora de rabia y de amargura gimen!... —
¡Ayer de un Dios discípulo querido;
Suicida hoy, y réprobo, y perjuro...
¡Tan poco dista la virtud del crimen!...

¡Su irresistible marcha victoriosa
Siguió el Señor augusto,
Hasta la estancia opaca y misteriosa
Do se hallaban en ásperas cadenas, —
Al par, de duelo y de esperanza llenas, —

Las almas del patriarca, el niño, el justo;
Y á su potente voz, quedan abiertas
De su prisión las seculares puertas!
Ellas, dejando el tenebroso infierno
En inquieta y ansiosa muchedumbre
Y en pos volando de su eterna lumbre,
Rápidas y gozosas se elevaron
Por el azul espacio refulgente
Al regazo amoroso del Eterno...
Así, cuando en el Caos reposaban
Los gérmenes de vida confundidos,
Con voz omnipotente
« ¡HAYA MUNDOS! Él dijo, « ¡LA LUZ SEA!... »
¡Los astros por el éter se lanzaron
Trazando estelas de oro,
Y, más brillante entre el brillante coro,
Ardió del Sol la fulgorosa tea!

. . . . . .

Semana Santa de 1847.

LA RESURRECCIÓN

(FRAGMENTOS)

I

Cuando envuelto en tinieblas yace el Mundo
Fatigado é inerme
Y en silencio profundo,
Bajo el manto de Dios hundido en sueño,
Como cansado de ladrar, se duerme
Un lebrel á las plantas de su dueño;
Cuando el loco placer ha enmudecido,
Y sólo miro en torno
Sombras y soledad... de alto deseo
En las ardientes alas conducido,
Traspasando los siglos y distancias,
Lleno de gloria y majestad... ¡le veo!

¡En desierto apartado, en la montaña,
Ó en la puerta del templo,
Dando al pueblo judío
De humildad y de amor lección y ejemplo! —
¡Las procelosas aguas sometiendo
Á las leyes de su alto poderío! —

¡La tumba quebrantando y de su seno
Levantando animado el polvo frío
Con su voz y su nombre! —
¡Resignado en el Huerto
Á apurar con sus labios la amargura
De las culpas del Hombre! —
¡En una cruz muriendo, entre la horrura
Y universal pavor y desconcierto,
Mientras su augusta sangre nos redime!...
¡Siempre grande le veo!
¡Siempre el hijo de Dios! ¡siempre sublime!...

Mas ¡ay, Señor! mi corazón se agita,
Con más intenso júbilo palpita,
Si á la tumba su presa de tres días
Arrancar otra vez, también, te miro,
Y al seno remontarte de tu Padre...
¡Y de pesar y de placer suspiro!
¡Y el celeste fulgor que te circunda
En inefables éxtasis me inunda!...
¡Necios! ¡que en derredor de tu cadáver
Pusieron de soldados fila espesa;
Que encerrar pretendieron
Al Hijo del Señor en una huesa!
¡Tanto encerrar valdría
En urna de cristal al Rey del día!

Saltó la dura losa... ¡cuán hermoso
Hombre-Dios, tu semblante resplandece

Para los justos que en tu voz creyeron!
¡Cuán terrible aparece
Ante la vista, al par, de los que impíos
Blasfemando de ti, se maldijeron!
¡Helos, Señor, caídos
De tu sepulcro al pie, despavoridos,
Cual ruedan, con el austro, por el cieno
Desparramadas las gavillas de heno!...

¡Los ángeles descienden desde el cielo;
Los azules espacios, en su vuelo,
Con luminosos rasgos abrillantan;
Y en la losa postrados,
« *¡Hosanna! ¡hosanna al vencedor Mesías!*
« *¡Hosanna! ¡Hosanna!* » cantan!
Célicas, entusiastas armonías.
Sus harpas brotan, que los aires hienden
Publicando tu gloria,
Y al Universo férvidas se extienden!...

II

El Orbe, ya caduco y carcomido
Por los antiguos crímenes del hombre,
Se alzó de nueva juventud henchido;
¡Mas, ciego con la luz de tu hermosura,

Dobló ante ti las cumbres de sus montes!...
La Ciencia sacudió su vestidura
Manchada con el polvo de los siglos,
Y se perdió su atónita mirada
En nuevos y sublimes horizontes;
Fortalecida con celeste ayuda,
En sus robustos brazos
El cetro del Error saltó en pedazos;
¡Y es desde entonces la Razón guïada
En el mar tenebroso de la duda
Por la alta luz divina
De las doce apostólicas centellas,
Cual nocturno viajero que camina
Á la fúlgida luz de las estrellas!...

III

¡Yo te adoro, Señor!... ¡Tú contemplaste
Á la doliente Humanidad luchando
Entre las garras de león sañudo;
Y su fiereza y su vigor postrando,
Su soberbia cabeza quebrantaste,
Como Sansón fortísimo y membrudo!

La viste, con los hierros de su culpa
Encadenada en solitaria roca

Pasto ya de un dragón que, desde lejos
Las espantosas alas agitando,
Voraz abría la sangrienta boca...
¡Y tú fuiste su intrépido guerrero,
Y cayó el monstruo al filo de tu acero!... —

La Justicia de Dios sangre pedía,
Y tú dijiste : ¡DERRAMAD LA MÍA!...

Semana Santa de 1847.

Á UN EMIGRADO POLÍTICO

QUE PUBLICÓ UNA CANCIÓN CONTRA SU PATRIA

DEDICADA Á UNAS SEÑORAS

¡Oh ignominia del Parnaso,
Al escuchar tu canción,
Se ha estremecido mi espíritu
De sacrosanto furor!...
¡No! quien menguado levanta
Contra su Patria la voz
Quien hiere y magulla el vientre
Que la existencia le dió;
Quien lanza contra su madre
Sacrílega maldición,
Y estampa en su frente un sello
De vergüenza y deshonor;
Quien, al verla atribulada
Y en honda desolación,
Escupe su noble rostro
Y ríe de su dolor...
¡Ese, jamás ha abrigado
Alma de poeta! ¡nó!
¡Ni tiene en las venas sangre,
Ni en el pecho un corazón! —

¡No es, lo juro por los Cielos,
No es buen hijo ¡vive Dios!
Quien, á impulsos del despecho
Ó mezquina indignación,
Se junta de sus verdugos
Á la caterva feroz,
Y desoyendo sus gritos
Y su lúgubre clamor,
Entre el fango la revuelca
Y el oprobio y el baldón!... —
¡Porque exánime y postrada
Y sin defensa quedó;
Porque su frente ceñía
Negro, fúnebre crespón;
Hollaste así á la Matrona
Que allá, bajo el Ecuador,
Sola, al pie del Chimborazo
Sentada en muda aflicción,
Deja correr tristemente
Sus lágrimas de dolor!...
¡Ah! ¿no viste que aun ardía
Con luz que nada empañó,
En su frente majestuosa
De los trópicos el Sol,
Y en su semblante un reflejo
De su pasado esplendor? —
¡Aun de su altura caídos,
Grandes los ángeles son!
¡Toda majestad pasada

La Tierra siempre acató! —
¡Por el Cielo! ¡esa que impío
Ultrajaste, sin rubor,
Entre el ruido de una fiesta
Ó el aplauso de un salón,
Allá en más gloriosos días,
Contra el déspota español
Magnánima y generosa
En cien combates lidió;
Y, donde quiera triunfante,
Su fulgente pabellón
Manto fué de la Victoria
Y túnica del Honor!...

¡No era esa, ciudadano,
No era esa tu misión! —
¡Ante el duelo de la Patria
Debe callar tòda voz! —
¡Ahogar en tu alma debiste
La serpiente del rencor;
Y postrándote á sus plantas
Con filial veneración,
Ir vendando las heridas,
Que negra mano le abrió;
Llorar con ella, ó, al menos,
Callar ante su dolor!

Lima, 1854.

DESALIENTO

¡Huyeron! ¡ay! ¡huyeron esas horas
De esperanza y zozobras y pasión!
Ya de placer, ó de dolor, no lloras...
¡Muerto estás en mi pecho, corazón!

¿Dónde te has ido, tiempo venturoso
Con tu entusiasmo y tu risueña fe?
¿Tu inquieta dicha, tu esplendor glorioso,
Tu encantada ilusión, dónde se fué?

¡Ay! ¡pasaste! cual pasa en el estío
El murmullo de insecto zumbador...
¡Y aquí en mi corazón árido y frío
Sólo me queda el rastro del dolor!

¡Pasaste!... ¡Y sin embargo, á tus memorias,
Aun suspiro y aun tiemblo de placer!
¡Aun lloro al recordar tus dulces glorias!
¡Tus dichas ¡ay! que nunca han de volver!

¡Oh tiempo hermoso de ansiedad demente,
De confianza... y súbita inquietud!
¡La luz de tus recuerdos solamente
Alumbra ya mi estéril juventud!... —

¡Entonces, en mi älma todavía —
En mi älma hora triste é infeliz —
El árbol del dolor no echado había
Tan hondamente su áspera raíz!

¡Entonces en mi frente palpitaba
Lumbre oculta de noble inspiración;
Entonces tras la gloria me lanzaba;
Y era virgen y ardiente el corazón!...

Entonces fué cuando la vez primera,
Como celeste aparición, la vi
Del tranquilo Oceano en la ribera...
¡Y de amor y placer me estremecí!

¡Entonces, por mirarla entre las olas,
Iba á sentarme orillas de la mar,
Y palpitando, suspiraba á solas
Al verla entre las aguas resbalar!

¡Su inefable recuerdo en todo instante
Embargaba de gozo mis sentidos,
Siempre á mis ojos su gentil semblante
Y su nombre y su voz en mis oídos!

Contemplando su imagen me dormía;
Y entre sueños su imagen me halagaba,
Y al despertar, entre la sombra fría
Sus negros ojos ante mí veía...
¡Y con dolor profundo sollozaba!

¡Y era mirarla mi único deseo;
Y era escuchar su acento mi esperanza;
Y su amor!... ¡mi perenne devaneo,
Imagen de la eterna bienandanza!

¡Cuánto la amaba! ¡oh Dios! ¡Por donde quiera
Iba en pos de ella mi pupila avara :
En el mundo, en la danza placentera,
Y bajo el templo, y hasta al pie del ara!...

¡Ah! su sonrisa, su mirar, su acento,
Todo era hermoso y lo adoraba en ella;
Su tranquilo ademán, su dulce aliento...
¡Y hasta el lugar en que estampó su huella!

¡Y de tarde, de noche, y de mañana,
Iba girando en torno á sus umbrales,
Para verla, al pasar, en su ventana,
Ó al través de los diáfanos cristales!

¡Y al divisarla, de zozobra lleno,
Doblábanse mis trémulas rodillas,

Y desde lo profundo de mi seno
Se agolpaba la sangre á mis mejillas!

¡Y al rumor de sus tímidas pisadas,
Opreso el corazón se estremecía;
Y junto á ella, absortas mis miradas,
En silencio, de amor desfallecía!...

¡Y una hoguera llevaba yo en mi frente,
Y una hoguera en mi pecho cobijaba;
Y taciturno, y pálido, y doliente,
Por el desierto mundo caminaba!...

—

¡Hora, tan sólo helada indiferencia
Mi corazón habita! — Ayer la vi
Radiante de beldad, y á su presencia
¡Ay! ¡nada, nada en mi interior sentí!

¡Y una vez y otra vez, sobre mi pecho
La mano puse con inmenso afán!...
¡Y es de un torrente el solitario lecho,
El apagado cráter de un volcán!

¡Y una vez y otra vez, gimiendo en vano,
Revolví sus cenizas con dolor!...
¡Y nunca! ¡nunca pudo hallar mi mano
Ni una centella del antiguo amor!!! —

¡Ay! ¡que ese tiempo dulce y venturoso
De esperanza y amores, ya se fué!
¡Y yazgo ahora en lúgubre reposo,
Moribunda la antorcha de la fe!

¡Porque secó de la ilusión la palma
El sol abrasador de la verdad;
Y grabó el desengaño aquí en mi älma
Con su duro buril la realidad!

¡Porque me abruma un hondo sentimiento
Que yo mismo no alcanzo á comprender:
Letargoso pesar! ¡vago tormento!...
¡Doliente afán! ¡ignoto padecer!...

¡Porque mi labio, siempre gemebundo,
El idioma ha olvidado del amor!
¡Porque soy en el triste y vasto mundo
El hijo predilecto del dolor!

¡Ay! ¡porque mis amores son fatales,
Y mi amarga existencia está maldita;
Y, — presa triste de ignorados males, —
Arrastro del sepulcro á los umbrales
Mi angustia, como el mar, honda, infinita!!!

Lima, marzo de 1852.

ESTROFAS

A mi amigo y colega don Luis B. Cisneros.

Si, á mis pies derramando su tesoro,
Me dijese algún rico de la tierra :
« Escucha, trovador : he aquí más oro
» Que en los abismos de la mar se encierra;

« Con él tendrás la dicha y los placeres
» Por que tu ardiente corazón suspira,
» Y el amor de bellísimas mujeres,
» Grandezas y poder; dame tu lira. »

Y si el mayor de todos los monarcas
Arrojase la púrpura suprema,
Y mostrando á lo lejos sus comarcas,
Colocase en mi frente su diadema;

Y me dijese : « Tuyos son, poeta,
» Mis vasallos, mis pueblos, mis honores;
» Dame el acento de tu lira inquieta,
» El harpa en que suspiras tus amores! »

Si el orador me diese la elocuencia
Que á torrentes derrama en la tribuna;
Y el sabio los caudales de su ciencia;
Y el capitán su bélica fortuna;

Á todos, sin dudar, respondería :
« Mi alma esos dones admitir rehusa;
» Porque le agrada más la melodía
» Y el blando acento de mi triste Musa!... »

Mas, si el tímido y puro adolescente
Me brindase su tierno y casto ardor...
¡Yo le daría mi laúd doliente,
Por la dulzura del primer amor!

Lima, 1852.

ENTUSIASMO

¡Al fin, al fin en mi nublada frente
El vivo rayo del amor lució!
¡Al fin, al fin mi corazón doliente
De su fúnebre calma despertó!

¡Al fin raudales de divino llanto
Tornan mis secos ojos á verter!...
¡Y de mis labios se desata el canto
De la felicidad y del placer!...

¡Gracias, gracias, mi bien! ¡Tú comprendiste
Mi oculta melancólica ansiedad,
El profundo dolor de mi alma triste,
Su abandono y su mísera orfandad!

¡Tú penetraste el funeral misterio
Con que mi vida circundó el dolor;
Y á mi sediento labio el refrigerio
Le diste, de las ondas de tu amor!

¡Tú la pálida frente del poeta
Acogiste en tu seno de marfil,
Y en su sien, que abrasaba angustia inquieta,
Deshojaste las flores de tu Abril!

¡Tú entre tus brazos cándidos y bellos
Calmaste su febril agitación;
Y cubriendo su faz con tus cabellos,
Le volviste la paz del corazón!...

¡Y uniste á mi dolor tus alegrías;
Y tu suerte á mi horóscopo fatal;
Y la pura corriente de tus dias
Á mi turbio y salobre manantial!... —

¡Oh! ¡nunca, nunca olvidaré el instante
Venturoso y celeste en que te vi,
Y, clavada mi vista en tu semblante,
Absorto y mudo me postré ante ti!

¡Oh! nunca, nunca olvidaré aquel dia
De pasión, de entusiasmo y de embriaguez
Cuando en mis brazos te miré ¡alma mía!
Palpitando de amor y timidez!

¡En vano, en vano mi rugosa frente
Los hielos de los años cubrirán;
Siempre tu imagen brillará en mi mente,
Como brilla entre nieves el volcán!...

¡Gracias, mujer! ¡Por ti la vez primera
Bendije arrebatado mi existir!...
¡Y, en la vasta extensión de su carrera,
Vieron los siglos un mortal feliz!!

¡Gracias, mujer! ¡Con ambicioso anhelo,
Dejando el orbe terrenal detrás,
Yo encumbraré mi refulgente vuelo
Do mente humana no llegó jamás!

Yo el himno santo que el querub entona
En el empíreo, audaz, sorprenderé...
Y ceñirá mi frente una corona...
¡Y á tu plantas, mi bien, la arrojaré!

Y al mirarte, inclinándose los hombres,
« ¡Es la adorada del cantor! » dirán;
¡Y en alas de la gloria, nuestros nombres
Los siglos á los siglos llevarán!

1852.

DESOLACIÓN

EL POETA Y EL SIGLO

Á don Fernando Velarde.

¿Cómo cantar, cuando llorosa gime,
Sin esperanza y sin amor, el alma;
Y por doquiera, con horror, la oprime
De los sepulcros la siniestra calma?

¡Cuando de los espíritus el vuelo
Ata doliente universal marasmo;
Y, con sus alas azotando el suelo,
Palpita moribundo el entusiasmo?

Cuando, si un generoso pensamiento
Surge en el alma y su dolor halaga,
Del piélago sin fin del desaliento
En las ondas inmóbiles naufraga?

¡Cómo cantar, cuando al audaz poeta
El mundo cierra con desdén su oído;
Y el noble acento de su musa inquieta
Muere en la vasta soledad perdido?

Cuando la envidia, que aun las tumbas hoza,
Con torvos ojos pálida le espía;
Y sus entrañas á traición destroza,
Y escarnece el dolor de su agonía?

Cuando la turba de plagiarios viles
Á sus cantos se lanza jadeante,
Revolcando en su lodo, cual reptiles,
Su corazón sangriento y palpitante?

Cuando su canto ardiente y sobrehumano
Amalgama y confunde el vulgo idiota
Con las míseras rimas, donde en vano
Mezquino vate su impotencia agota?

Cuando, si el noble y dolorido bardo
Su alma descubre rota y destrozada, —
En su honda herida revolviendo el dardo,
Le arroja el vulgo imbécil carcajada?

¡Cómo cantar, cuando en la sed de fama
La generosa juventud no arde;
Ni el santo fuego del honor la inflama,
Ni hace de heroica abnegación alarde?

Cuando de *Patria* y *Libertad* los nombres
En ningún corazón encuentran eco,
Cual se apagan los gritos de los hombres
De los sepulcros en el hondo hueco?

Cuando, al amor ya sordas las mujeres
Y al brillo indiferentes de la gloria,
Corren en pos de frívolos placeres,
Y ansiosas buscan la mundana escoria?

Cuando el justo derrama inútil lloro;
Y *bate el Vicio triunfadoras palmas;*
Y, entre el aplauso universal, EL ORO
ES EL SOL REFULGENTE DE LAS ALMAS?

Cuando, como Proteo, á cada hora
Nuevas formas reviste el egoismo;
Y en los áridos pechos sólo mora
Estéril duda, fúnebre ateismo?...

¡Ay! ¡cuándo en torno el ojo atribulado
Descubre sólo corrupción, miseria!
¡Y doquier, al espíritu humillado
Huella con pie triunfante la materia!...

¡Oh! ¡en tan inmensa postración, el vate
Su turbulenta inspiración acalla;
La llama extingue que en su pecho late;
Y en los sepulcros se reclina, y calla!

¡Y nada, nada su silencio amargo
Un solo instante á interrumpir alcanza,
Ni á turbar el horror de su letargo,
Ni á encender en su pecho la esperanza!... —

¡Ay! yo he palpado el corazón humano;
Y muerto ¡para siempre! le encontré...
¡Muerto!... — ¡Rompamos, generoso hermano,
Nuestro laúd con iracundo pie!

Lima, octubre de 1852.

CONTRA LOS IMITADORES

ANATEMA

¡Oh! *rebaño servil de imitadores*
Que en ajeno caudal tu industria empleas,
Tú que libas la miel de ajenas flores,
¡Imbécil chusma! ¡maldecida seas!

¡Bandidos literarios! ¡mi alma os odia
Con furia ardiente, con profundo encono;
Porque hacéis de lo grande vil parodia,
Cual remeda á los hombres feo mono!

¡Alza el genio su estatua soberana,
De noble orgullo y entusiasmo lleno;
Y vosotros venís, y... ¡turba insana!...
La embadurnais con pestilente cieno!

¡Oh! *rebaño servil de imitadores*
Que á los poetas sin rubor saqueas,
Tú que libas la miel de ajenas flores,
¡Enjambre imbécil! ¡maldecido seas!

1851.

Á MI AMIGA

LA INSIGNE ARTISTA CATALINA HAYES

(Fragmentos.)

Como se postran las verdes cañas
Bajo los rayos de estivo sol;
Cual blanco lirio que en sus entrañas
Gusano oculta devorador;

Como cadáver en honda huesa;
Cual lago inmóbil, cual muerto mar,
Cubierto siempre de bruma espesa,
Jamás batido del huracan!...

¡Por el gusano del negro hastio
Así roído mi corazón,
Postrado estaba, yerto y sombrío,
En tenebrosa desolación!

Ningún acento, ningún rüido
Turbaba su honda, letal quietud...
¡Sobre su lecho de horror tendido,
La paz dormía del ataúd!...

¡Mas cuando vino tu suave acento
En mis oídos á resonar, —
Refloreciendo mi pensamiento, —
De nuevo pude sufrir y amar!

« ¿Qué voz es ésta dulce y sombría? » —
Dije, saliendo de mi sopor : —
« ¿Viene del Cielo la melodía
» Que abre las fuentes de mi dolor?

« ¡Ay! ¿quién la imagen en mi alma evoca
» De mi perdida felicidad?
» ¿Quién de la negra y estéril roca
» Frescos raudales hace brotar?... » —

¡Divina Maga de la memoria,
Tu plañidera sublime voz
Dentro de mi alma la dulce historia
De mi pasado resucitó!...

. . . . . .

¿Quién eres, dime, mujer doliente,
De tristes ojos, de noble faz?
¿Por qué así doblas tu augusta frente?
¿Cuál es tu pena?... ¿cuál es tu afán?...

¡Al contemplarte, mi alma abatida
Con tu noble alma simpatizó;

En otros mundos, en otra vida
Sin duda hermanas fueron las dos!...
. . . . . .

¡Ah! ¡si supieras cuántas angustias
Han circundado mi juventud!..
¡Mira! ¡mis sienes flacas y mustias
Ha ajado el soplo de la inquietud!

¡Soy desgraciado! ¡muy desgraciado!...
¡Mas, como nadie supo mi afán,
Ni mis insomnios ha contemplado,
Al escucharme, se mofarán!...

¡Ay! ¡que mi vida, cual sombra vana,
Triste y sin gloria pasando va!
¡Cuando mi tumba se abra mañana,
Nadie en la tierra me llorará!...

El infortunio su signo aciago
Grabó en mi frente, cuando nací...
¡Como un murmullo sonoro y vago
Desvaneciósc mi edad feliz!...

¡Oh de la infancia risueños días!
¡Oh venturosa tranquila edad!
¡Oh dulces sueños! ¡oh melodías!...
¡Alegres horas de amor y paz!...

¡Oh idolatrada comarca hermosa
Llena de aromas y de esplendor,
Do, sorprendida y ébria y gozosa,
Mi alma á la vida se despertó!

¡Hogar dichoso, do de cariño
Santo al abrigo, feliz crecí!
¡Campos amenos, por donde niño
Alegre, ufano y audaz corrí!

¡Oh silenciosas grutas repuestas
En cuya sombra soñé tal vez!...
¡Arroyos! ¡valles! ¡montes! ¡florestas!
¡Mágico ásilo de mi niñez!...

¡Oh dulces años! ¡desde el desierto
Por donde vago sin fuerzas hoy,
Solo y marchando con paso incierto,
Con vuestra imagen llorando voy!...

¡Con su corona de blancas flores,
Cuán presto ¡ay cielos! la infancia huyó!
¡Cuán presto el soplo de los dolores
¡Nido paterno! te dispersó!...

¡Cuál se han deshecho, madre, los sueños,
Las esperanzas de aquella edad!
¡Tantos delirios, tan halagüeños!
¡Tanta soñada felicidad!

« ¡Espera! ¡espera! » — tú me decias —
» Vuelve tus ojos al porvenir;
» ¡No llores, hijo! mejores días
» Para nosotros van á lucir!

» Si de amargura se encuentra lleno
» Algunas veces tu corazón,
» ¡Pobre hijo mio! ¡ven á mi seno!
» ¡Dime tus ansias y tu aflicción!... »

. . . . . .
. . . . . .

¡Y de la vida, cual potro ardiente,
En los espacios yo me lancé!
Amor soñaba, glorias mi mente
Y eternos lauros para mi sien!...

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Oh maldecidos mil veces sean
Los que rasgaron mi corazón!...
¡Do quier mi sombra delante vean!
¡Que los abrume mi maldición!..

¡Mi alma está enferma! ¡mi alma es un caos
Negro y siniestro; confuso mar
Donde, cual rotas perdidas naos,
Las esperanzas flotando van!...

¡El brillo fúnebre de algún recuerdo
Lo alumbra á veces con su fulgor!...
¡Pasa!... y, gimiendo, después me pierdo
En su perpetuo lúgubre horror!...

¡Placer, amores, todo lo estraga
Mi inextinguible, fiera ansiedad!...
¡Dentro del pecho llevo una llaga
Que nunca, nunca se curará!...

¡Yo soy el cóndor americano!
Grandioso instinto se agita en mí;
Pero mis alas sacudo en vano;
Aire y espacios no encuentro aquí!...
. . . . . .

¡Ah! si mis sienes estremecieran
Las grandes alas del huracán!
¡Si al fin las nieblas rotas cayeran,
Que mi existencia cubriendo están!

¡Si entre las nubes del torbellino
Surgiera el rostro de una mujer!

¡Si un soplo ardiente de amor divino
Regenerara mi triste ser!...

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Oh! ya mi frente, cual seca arista,
Sacude y dobla la inspiración...
¡El vuelo alcemos, sublime artista,
Á otras esferas, á otra región!...

¡Mira! los astros á nuestra planta
En giro eterno rodando van:
¡Es tiempo ahora!... ¡tu voz levanta!
¡Cielos y Tierra te escucharán!...
. . . . . .

¡Ya siento abrirse mi herida eterna!
¡Ya se estremece mi corazón!
¡Cual león indómito en su caverna,
Adentro ruge mi antiguo amor!...
. . . . . .

¡En los raudales quiero, infinitos,
Mi sed eterna, por fin, saciar!

¡Abrir los brazos, lanzar mis gritos,
Llenar con ellos la inmensidad!...

. . . . . .

. . . . . .

Diciembre de 1853.

Á***

¡Oh! ¡cuán bella te ha formado
Con sus manos el Señor!...
¡Serafín! ¿quién te ha lanzado
Á los valles del dolor?

¡Aun brilla en tu frente el sello
De tu origen inmortal,
Y circunda tu cabello
La aureola celestial!

En tu acento va escondido
Doliente y profundo son,
Tan suave como el gemido
De las harpas de Sión.

¡Anoche escuché tu canto
Y tus músicas oí;
Y, absorta en éxtasis santo,
Á Cecilia ver creí!...

¡Oh! ¡cuán bella resplandeces
Á nuestros ojos, mujer!
¡Oh! ¡cómo el alma estremeces
De esperanza y de placer!... —

Como al través de un celaje
Reluce estrella fugaz;
Como entre oscuro ramaje
La luna muestra su faz;

Como brilla entre espadañas
Arroyo murmurador;
Tal brilla entre tus pestañas
De tu mirada el fulgor:

Tu flotante cabellera
Se mece al viento sutil,
Como el sauce en la pradera
Con las auras del Abril:

Tus mejillas son dos rosas
De los huertos del Señor,
Puras, frescas, delcitosas,
De suave y fragante olor...

¡Tú eres la virgen hermosa
Que encantaba mi niñez,
Entre nubes de oro y rosa,
Ceñida de brillantez!

¡La virgen por quien doliente
Suspiraba mi laúd!
¡El fantasma de mi mente!
¡Sueño de mi juventud!...

¿Nunca, nunca comprendiste
Mi silenciosa pasión?
¿En mi frente no leíste
La ansiedad del corazón?

¡Yo te amaba! ¡yo te amaba!
¡Pero en silencio gemía!...
¡Mi pecho se desgarraba,
Y mi labio sonreía!

. . . . . .
. . . . . .

¡Oh! ¡cuán bella resplandeces
Á nuestros ojos, mujer!
¡Oh! ¡cómo el alma estremeces
De esperanza y de placer!

¡Oh! ¡cuán bella te ha formado
Con sus manos el Señor!...
¡Serafín! ¿quién te ha lanzado
Á los valles del dolor?...

1853.

Á MI HERMANO EMILIANO

EN SU PARTIDA PARA SU COMARCA NATAL

EL VALLE DEL CAUCA

(Fragmento)

¡Te vas, hermano, á aquella dulce tierra
Donde mi infancia, en venturosa paz,
Risueña y pura trascurrió, al abrigo
Del cariñoso seno maternal!

¡Á aquella dulce tierra, que mil veces
Enardecido el labio te pintó
En nuestras largas plácidas veladas,
Mientras todo callaba en derredor!

Á aquella tierra, do la luz del dia
Vió nuestra madre la primera vez;
Do tú naciste, y sus primeros pasos
Grabó tu tierno mal seguro pie;

En cuyo frío seno, silenciosos,
Duermen el sueño último y sin fin

Los abuelos ancianos, que á los juegos
De mi edad, sonrïeron, infantil!

¡Á aquella tierra idolatrada, adonde,
Como atraído por secreto imán,
Al través de los montes y los mares,
Se vuelve el pensamiento sin cesar!

¡Á aquella tierra que virtud extraña
Tiene para el amante corazón...
Y que ve la encantada fantasía
Como un mundo de luz y de esplendor!...

¡Cuánto envidio tu suerte! ¡Mi destino
Siempre duro y tiránico y crüel,
Felicidad tan grande me prohibe,
Tan ignoto, tan íntimo placer!

¡Tan hondas, tan inmensas emociones
Tú, hermano de mi amor, no sentirás;
Al alejarte de esos bellos sitios,
Aun no corriera un lustro de tu edad!

¡Otra vida, otro mundo, otros objetos,
Á tu alma presentáronse después;
Nuevos rostros, distintos panoramas,
La ocuparon en fúlgido tropel!

¡De las bellas memorias de la infancia,
Detrás, fuése eclipsando el esplendor...

Sombras confusas, en seguida, fueron...
Y su brillo, por fin, se disipó!

¡Tú no llevas la imagen, en tu mente,
De tu primera, venturosa edad,
Maravillosa, pura y refulgente,
Como risueña página ideal!

¡Tú no lloras tu infancia en otro suelo
Distinto ¡ay! del que la vió correr!
¡Tú no suspiras por el dulce cielo
Que cobijó tu plácida niñez!

¡Tú no lloras, perdida, abandonada,
De tu vida la mágica mitad!
¡Tu niñez en un valle sepultada,
Detrás del horizonte y de la mar!...

¡La mano ponderosa del destino
No abrumó tu doliente juventud;
Ni el tronco de tu mísera existencia
Cortó en dos partes su fatal segur!...

¡La tristeza fatal de lo pasado
Tan profunda jamás te devoró!...
¡Tú no has sido, cual yo, tan desgraciado,
No has vivido dos veces, como yo!...

¡De dos vidas, de dos distintos mundos
No has sentido la interna lid tenaz,
En tu alma no has llevado los profundos
Dolores de esa extraña dualidad!...

¡Acaso, al contemplar esos lugares
Que tan niño cruzastes una vez;
Ante aquella grandiosa perspectiva!
¡Los campos de la patria al recorrer!...

¡Lentamente y confusos, los recuerdos
De tu ser en el fondo surgirán,
Cual melodiosas olvidadas músicas,
Que vuelven en el alma á resonar!

¡Mas aun entónces ¡ay! esas memorias
Dulce concierto, musical rumor
Serán, que aduerma blandamente al alma
En vaga y melancólica aflicción!...

¡Pero yo! ¡pero yo!... ¡cuando esos sitios
Vuelva segunda vez á contemplar!
(¡Antes que baje al sueño de la tumba,
Que los vea el Señor permitirá!)

¡Cuando tras lentas, agitadas noches,
Inquietos sueños y ansiedad febril,

De aquella larga serie de colinas
Toque á la cima última, por fin!

¡Cuando desembocando allá en la altura,
Y poniendo al galope mi alazán,
De las brisas natales la corriente.
Fresca azote de súbito mi faz!...

¡Cuando de aquella brisa en mis oídos
Los acentos murmuren en tropel,
Como indistintas quejas y gemidos
Que al alma hablaran de la edad que fué!...

¡Cuando tendiendo al valle la mirada
Y girándola ansiosa en derredor,
Contemple esa comarca desolada
Dormida en el silencio del dolor!...

¡Esas colinas tristes y ese llano,
Y de mis muertos padres la heredad!
¡Y ese arroyo escondido entre los sauces!
¡Y el monte que se yergue más allá!... —

¡Ese arroyo ¡oh dolor! cuyo rüido,
Cuyo uniforme murmurante son
Diez años sin cesar aquí en mi oído
En mis insomnes noches resonó!... —

¿Podré yo resistir de ese momento
La inenarrable incógnita emoción,
Y al peso de tan grande sentimiento
No estallará mi pobre corazón?...

¡Ah! ¡no! ¡Cayendo, súbito, de hinojos,
Sollozos de mi pecho brotarán,
Y arrasados en lágrimas los ojos,
Con ambas manos cubriré mi faz!...

. . . . . .

Lima, 1856.

POESÍAS DIVERSAS

POESÍAS DIVERSAS

DUALIDAD

EL POETA LATINO-AMERICANO

(Fragmentos).

¡Hijo del triste pueblo americano
Y de la antigua Europa, — en mi existencia
De ambas porciones del linaje humano
He recibido la penosa herencia;
Y en mi alma siento, con afán insano,
Juntarse, — en misteriosa conflüencia, —
Los dolores secretos y profundos
De entrambas razas y de entrambos mundos!

Yo, del pueblo magnánimo latino, —
Depositario de la luz febea,
Heraldo y paladín de lo Divino,
Noble porta-estandarte de la idea, —
Al duelo secular contra el destino
Ansioso asisto; — y, en la gran pelea,
Ora le miro en pie, y ora caído,
Quebrantado tal vez, mas no vencido!

¡Vencido, nunca! ¡mientras un destello
De lo alto, alumbre nuestra oscura senda!

¡Mientras la luz del bien y de lo bello
En nuestra mente y corazón se encienda!
¡Mientras brille en nuestra alma augusto sello!...
¡Que, á ser vencido en la inmortal contienda,
De la materia entre la noche helada
La humanidad se viera sepultada!!...

. . . . . .

¡Desde su nido, el águila de Roma
Tendiendo el vuelo para vasta guerra,
Al orbe, como á tímida paloma,
Entre sus garras tembloroso aferra;
Con sus legiones invencibles doma
Desde Germania á la africana tierra...
Y sobre el Universo alzó su trono,
Entre inmenso terror é inmenso encono!

¡Mas, del valor y la virtud la lumbre
Muerta al fin en los últimos romanos,—
Rueda el Imperio, de la excelsa cumbre,
Del vicio hasta los pútridos pantanos;
Y acudiendo en ruidosa muchedumbre
Del Polo cuervos y del Rhin milanos,
Entre el fango devoran, palpitante,
El tendido cadáver del Gigante!...

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Del mar del tiempo en las revueltas olas,
Y de la humana historia entre el conjunto,
Miro llegar las glorias españolas
Al lienzo dando y al buril asunto;
Pero, al ceñir eternas aureolas
Al pueblo de Numancia y de Sagunto,
Cual cometa sangriento, su heroísmo
El alfanje postró del islamismo!...

¡Con honda pena, con ardiente saña,
Miro á la sarracena muchedumbre
Precipitarse en la vendida España,
Muerte esparciendo, oprobio y servidumbre...—
Y de Jerez en la fatal campaña,
Del sexto día á la ominosa lumbre,
Moribunda caer, tras lid suprema,
Rota en la frente la mural diadema!...

¡Y noche, que duró siete centurias,
Después sobre la tierra se derrama,
En que el infiel con bárbaras injurias
Al cristianismo y á la Europa infama;
Y en las montañas ásperas de Asturias
Arde, tan sólo, una escondida llama,
Que allí encendió como futuro rayo
El invencible esfuerzo de Pelayo!...

¡Temblad, infieles!... ¡De la cruz la espada,
En Salem de vosotros victoriosa,

Ya en Vizcaya de nuevo fué forjada
Y con su punta vuestro pecho acosa;
Y ya, esgrimida en la inmortal jornada
De las sangrientas Navas de Tolosa
Por Aragón, Castilla y por Navarra,
Va á quebrar la morisca cimitarra!

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

¡Grave dolor, al par, mi pecho abruma
Cuando implacable el Español se avanza
Por el reino feliz de Motezuma,
Y, entre sangre y estragos y matanza,
Al fin su ruina y su opresión consuma!...
¡Y en mi alma siento el bote de la lanza
Con que, osado, Cortés cava en Otumba
Del grande Imperio de Anahuac la tumba!!

¡Y en sus fieros tormentos acompaño
Al Escévola indiano, al gran caudillo,
Noble Guatimozín, al miedo extraño
Y al plomo indiferente y al cuchillo;
Sus regias plantas con mi lloro baño;
Y, de su hoguera abrasadora al brillo,
Escucho enternecido los acentos
Sublimes, de sus últimos momentos!

. . . . . .
. . . . . .

¡Firme, tenaz, inconmovible, austero,
Incontrastable y ciego como el hado,
Del mar del Sur al capitán ibero
Miro llegar, Conquistador-Soldado:
Puesta la mano en su invencible acero;
Sobre la frente el yelmo; y encerrado
De hierro entre su sólida armadura,
Que su pecho y entrañas menos dura!...

¡Del Perú floreciente en la ribera
Fija su pie, cual destructora marca;
Y, salvando arenal y cordillera,
Entra en el corazón de Cajamarca;
Y con violencia atroz y maña artera
Vierte la sangre allí del gran monarca;
¡Horrendo crimen, mancha infamatoria,
Baldón eterno de la hispana gloria!...

¡Oh Atahualpa infeliz!... víctima al verte,
¡Cuánto dolor mi corazón inunda!
¡Cuánto me apiada de tu grey la suerte,
Por tres siglos atada á la coyunda;
Y esa, de odiosa esclavitud y muerte,
Larga tiniebla, lóbrega y profunda,
Que disipó, cual repentina aurora,
De Bolivar la espada redentora!...

. . . . . .

. . . . . .

¡Así, en mi mente y corazón, latentes
Llevo de entrambos pueblos los dolores,
Cual se tocan tal vez dos vivas fuentes
Sin confundir sus linfas y rumores;
Y en mis insomnios de poeta, ardientes,
Sus gemebundos íntimos clamores
Siento alzarse de mi alma en el abismo,
En angustioso y singular dualismo!

Cual de dos flautas el rumor incierto
Se alza en la noche entre los montes graves;
Como en medio al silencio del desierto
Los dolorosos trinos de dos aves;
Cual dos hadas que en lánguido concierto
Juntan sus voces tristes y süaves...
¡Así es el doble canto que resuena
En mi alma absorta y de amargura llena!...

. . . . . .

. . . . . .

Lima, diciembre de 1875.

SOLILOQUIO NOCTURNO

Á Monseñor Telésforo Paúl,
Dignísimo Arzobispo de Bogotá.

En la línea del último horizonte
Y desde el seno del distante mar
Aun no se alzó la luna tras el monte,
Difundiendo su viva claridad;

Mudas, solemnes, infinitas, bellas,
Tan solamente, en el opaco azul
Luciendo están las pálidas estrellas
Que al orbe envían su indecisa luz;

Bajo ellas yace sepultado el mundo
En honda calma, en silenciosa paz,
Cual si mirara en éxtasis profundo
El augusto misterio sideral...

¡En lo alto, melancólica penumbra
Que no alcanza la luz á esclarecer;
Cual caótico mar que nada alumbra,
El universo lóbrego á mis pies!...

Ante el alto silencio y la honda calma
Que de un confín se extiende á otro confín,
En los senos recónditos de mi alma
Siento extrañas imágenes surgir :

¡Y esa penumbra vaga y soñolienta
Que envuelve la tiniebla universal,
De las cosas á mi alma representa
El primitivo albor crepuscular;

Del limbo de los seres el misterio,
Del cosmos el instante precursor;
Antes que de la nada en el imperio
Sus grandes brazos extendiera Dios!...

1886.

EL CHIMBORAZO

Hoy vi al gigante, sin brumosos velos
Que, cual radiosa cúpula de lumbre,
Alzaba en lontananza hasta los cielos
Su prodigiosa y argentada cumbre :

¡Tras el confín de la selvosa playa,
Y por encima de azulados montes,
Le miré, como inmóvil atalaya,
Dominando los vastos horizontes!

Y hallé en su excelsa cúspide el emblema
¡Oh esposa eternamente presentida!
De mi pasión, cuya altitud suprema
Surge en los horizontes de mi vida!..,

Guayaquil, 1888.

DESDE MI ESTANCIA

AL EMINENTE CRÍTICO Y POETA ARGENTINO

DON CALIXTO OYUELA

Mi ventana, que se abre á la campiña
Do se extiende fantástico paisaje,
Cubre del huerto trepadora viña
Con la tupida red de su ramaje;

Entre su fronda, hasta la oscura estancia
Filtra su blanca luz la luna llena
Que, alumbrando los campos á distancia,
Surge en el cielo fúlgida y serena :

Dando tregua á misérrimas congojas,
Contemplo yo, de la penumbra opaca,
El arabesco de las negras hojas
Que en argentado fondo se destaca;

De la cumbre de próxima montaña
Desciende el aura y el follaje agita;
¡Y siento entonces emoción extraña,
Ansiedad soñadora é infinita!...

¡Afuera, allá, las mágicas florestas,
Dormidos valles, encantados montes!...
¡Y esos hierros, y ramas interpuestas
Ante aquellos grandiosos horizontes!... —

De la terrena cárcel tras la reja,
Mira así el alma con dolor profundo
El infinito que su luz refleja
En los oscuros ámbitos del mundo;

¡Y así contempla, en la penumbra hundida,
El lejano ideal de su ventura,
Por entre las malezas de la vida,
Donde, á veces, de lo alto descendida,
La divina pasión sólo murmura!...

Guayaquil, 1891.

AL ANOCHECER

Á Doña Soledad Acosta de Samper.

Tras arreboles pálidos, al frente,
El sol se oculta en el inmenso mar;
Alumbra débil luz el occidente,
Y todo es sombras el oriente ya;

Tenue rasgando la creciente luna
Del horizonte el sonrosado tul,
Vierte sobre el otero y la laguna
Sus temblorosas lágrimas de luz;

Los collados de bruma ya cubiertos
Vense, de la llanura en el confín;
Del crepúsculo cesan los conciertos
En presencia del sol que va á morir...

Tristeza indifinible ocupa el mundo
En toda su vastísima extensión;
Y un sentimiento incógnito y profundo
Surge en mi sollozante corazón;

Y, á medida que el astro palidece
Creciendo mi insondable padecer,
Con su luz moribunda me parece
Que va á extinguirse mi doliente ser...

¡Tú, de la luz y de la vida el astro
¡Ay! no te apagues, refulgente sol;
Pues morirá con tu encendido rastro
De mi esperanza el último arrebol!...

¡Ay! ¿por qué esta mortal melancolía
Que devora mi espíritu, sin fin?
¿Eres, quizá, en la tierra ¡oh alma mía!
De alta esfera proscrito serafín?

¿Por qué esta ansia profunda é infinita
Que mis potencias agitando está?
¿Por qué esta voz secreta que me grita
Del orbe en los confines : MÁS ALLÁ!

. . . . . .

Mas ¡oh prodigio! espléndidas y bellas
De la tiniebla el fúnebre capuz
Ha rasgado un ejército de estrellas,
Formando al orbe cúpula de luz;

Y se ha trocado en luminosa fiesta
La tenebrosa y vasta soledad;

Y de la vida en la infinita orquesta
El silencio de la honda eternidad!...

¡En el mundo interior de la conciencia
Se operará una igual transformación;
Y el término será de la existencia
El principio, de fúlgida ascensión!

¡Al dejar nuestro espíritu en la huesa
La envoltura del todo terrenal,
Contemplará en extática sorpresa,
Perspectiva radiante é inmortal!

¡Y su laceria en venturosa gala
Verá trocarse el sempiterno Job;
Y subirá por la celeste escala
El peregrino y mísero Jacob!...

Guayaquil, julio de 1886.

. . . . . .

GRANDEZA MORAL

(Á ORILLAS DEL RÍO CALI, EN EL VALLE DEL CAUCA)

Llegamos á aquel sitio en donde el río,
Como en muelle descanso,
Tras largo viaje y ronco vocerío
Formaba hondo remanso;

Donde, en mi alegre infancia ya remota,
Al dejar la triste aula, —
Como bandada de aves que alborota
Libre al fin de la jaula, —

Yo, con mis bulliciosos compañeros,
Desde altura vecina
Nos lanzábamos ágiles, ligeros,
En la onda cristalina;

Y, cada cual de su destreza alarde
Haciendo entre clamores,
Nadábamos sin tregua, de la tarde
Á los tibios fulgores... —

Ansiaba yo que la adorada mía,
Lejos de los extraños,
Y en la mañana de ese hermoso día,
— Al través de los años,

De más de siete lustros á distancia, —
Bañara su hermosura
En el mismo lugar que de mi infancia
Vió la fugaz ventura.

La escena era grandiosa: — Al lado nuestro,
Atados los caballos
Á las plantas en flor, por el cabestro,
Pacían verdes tallos;

El Cali sesgo y cristalino, al frente,
Como sierpe de plata
Arrastraba entre rocas su corriente
Con voz sonante y grata;

Allende el río, fértiles collados;
Detrás, el arduo monte
Que, con severos tintes aplomados,
Cerraba el horizonte;

Al rededor, vastísimas llanuras,
Boscajes y praderas...
Y en el lejano fondo, las alturas
De azules cordilleras;

¡Y sobre aquel inmenso panorama,
Cual de zafiro un velo,
Al través de la atmósfera de llama
Vasto, profundo, el cielo!...

¡Delante de esa gran Naturaleza
Do el ser absorto se hunde;
Cerca mirando la inmortal belleza
Que vida á mi alma infunde;

De infinita ventura rebosante,
Al Dios que el orbe rige
Alzando mudo el corazón amante,
Por su bondad bendije!...

Ella, escuchando mi pueril deseo,
La voz de mi ternura,
Libre dejó de todo vano arreo
Su olímpica figura;

Y, cual la Huri que el mahometano sueña
En su oriental reposo;
Como la Eva mágica y risueña
De ese edén venturoso;

Como la antigua majestuosa Diana,
En leve albo ropaje
Con su casta hermosura soberana
Iluminó el paisaje;

Y al fin sus formas de belleza suma,
Como las griegas ninfas,
Dejando surcos de bullente espuma,
Sumergió entre las linfas...

¡Ah! ¡no contaba yo con las mudanzas
Que sufre el Universo;
Y olvidé las aleves asechanzas,
De nuestro hado perverso!

¡De ese remanso diáfano y tranquilo,
—Más que las rocas fuerte,
Hizo el Tiempo una *rápida,* un asilo
Oculto, de la muerte!...

¡De repente escuché de mi adorada
Un grito penetrante,
Y á mí la vi volver acongojada
Su pálido semblante!

— « ¡Ay! ¡el agua me arrastra, esposo mío! »
Clamaba en voz doliente :
« ¡En vano lucho del pujante río
Con la veloz corriente! »

Y al pétreo fondo se aferraba en vano,
Como al tronco las yedras;
¡Pues resbalaba su pequeña mano
En las lamosas piedras!...

¡Oh tremendo peligro! ¡oh duro trance!
¡El raudal turbulento
Que la arrastraba, lejos de mi alcance,
Con empuje violento!

Y á breve trecho, rauda catarata
Del río en la revuelta,
Do su corriente ronca se desata
En tumbos mil disuelta;

Do arrebatando piedras resonantes
Que allá en su fondo choca,
Va á estrellarse con ímpetus pujantes
En muralla de roca;

Donde en montañas de agua se derrumba
Con fiero paroxismo;
¡Vasta, siniestra, inevitable tumba!
¡Fúnebre, horrendo abismo!...

¡É iba á morir en ese vórtice! — ¡Ella!
¡El ser privilegiado,
Tan inspirada y santa como bella, —
Por ciega ley del hado!

¡Iba á morir, la víctima inocente
De atroz destino infausto,
Cual paloma ofrecida ante inclemente
Deidad, en holocausto!

¡Y ese monte, ese valle, y cuanto encierra
El terrenal asiento,
Quedaban en quietud: muda la Tierra,
Y mudo el firmamento!

¡Y atado yo, cual réprobo, á la orilla
Por mi fatal dolencia,
Iba á mirar á ese ángel sin mancilla
Morir en mi presencia!!...

¡Ah! ¡no! ¡jamás! Rasgando mi vestido
Con ansiedad vehemente,
Cual por fuerza titánica impelido,
Lancéme en la corriente:

Cogí sus manos, entre angustias hondas,
Con desusado brío;
Y en pie logró ponerse entre las ondas
Tumultuosas del río;

Pero en el sitio aquél más recia y brava
Era ya la avenida,
Y á contrastar su empuje no bastaba
Nuestra fuerza, aunque unida!...

¡Y entonces ¡ay! en su congoja extrema,
En tan terrible instante,
Lanzó una voz de elevación suprema
Su corazón gigante!

— «*¿No lo ves? nuestro esfuerzo es impotente*
Á resistir la ola:
Vas á morir conmigo inutilmente;
DÉJAME MORIR SOLA!! » (1)

¡Oh voz sublime! ¡acento sin segundo!
¡Grandioso, excelso grito
De abnegación inmensa como el mundo!
¡Eco de lo infinito!... —

¡Y ese grande clamor de sus entrañas
Rasgó también el viento,
Sin que aquellas inmóviles montañas
Temblaran en su asiento!

¡Sin que en mi derredor se estremeciera
Cuanto sustenta el suelo!
¡Sin que, allá arriba, la azulada esfera
Se turbara, del cielo!...

¡No! ¡Ante el prodigio de moral grandeza
De ese clamor doliente,
Proseguiste también, naturaleza
Tu curso indiferente!

¡De esta raza de Adán que hacia la fosa
Por tu seno se arrastra,

(1) Rigurosamente exacto. En noviembre de 1884.

No eres tú, ¡nó! la madre cariñosa,
Sino la atroz madrastra!

¡Pues de la humanidad miras tú en calma
La dicha ó la miseria,
Un abismo sin fondo hay entre el alma
Y la inerte materia!

¡Ni chispa del espíritu circunda
Tu vana forma externa!
¡Será sin fin, tu material coyunda!
¡Será tu noche, eterna!... —

¡Yo atónito la oí, de asombro lleno
Y de amor y alborozo;
En lágrimas bañado, henchido el seno
De un trémulo sollozo!

— « ¡Abandonarte yo ¡angel mío!... nunca!
El Cielo me es testigo:
Ó la muerte también mi vida trunca,
Ó salvarás conmigo!

¡Sí, yo te salvaré; ó, entrelazados
En firme abrazo estrecho,
El río á nuestros cuerpos destrozados
Dará mortuorio lecho! »

Y, doblando mi fuerza en ese instante
La emoción poderosa,
Logré arrancarla, débil, vacilante,
Del agua procelosa;

¡Y al asentar su planta, del ribazo
En la menuda arena,
Dobló su blanca sien sobre mi brazo,
Cual pálida azucena!

. . . . . .
. . . . . .

¡Óyeme, luz de la existencia mia! —
Inmensos son los dones
Que en mí has vertido, desde el fausto día
De nuestros corazones!

En ti encontré la encarnación viviente
Del Ideal que en vano
Buscaba por la tierra eternamente,
Con desvario insano;

Tú el dictamo pusiste, de mi seno
En la incurable llaga;
Tú has sido, amada mia, el Angel Bueno
De mi existencia aciaga;

¡De mi vida de acerbas desventuras,
De infortunio sin nombre

Compensación, que el Dios de las alturas
Reserva siempre al hombre!

¡Aurora celestial, tras los horrores
De nocturno delirio!
¡Glorioso galardón de mis dolores!
¡Palma de mi martirio!

De tu inefable voz al son primero,
Se destruyó el conjuro
Con que el bien me vedó torvo hechicero,
Como con triple muro;

De triste duda las obscuras vías
Salvé, asido á tu veste, —
Como guiaba al hijo de Tobías
El Arcángel celeste;

Cual con su arpa David, del Rey insano
Las fúnebres visiones,
Mis recuerdos disipas, de tu piano
Con los vibrantes sones;

Blanca paloma — tú, en el cataclismo
Do naufragara todo,
Me trajiste la fe, sobre un abismo
De llanto y sangre y lodo;

¡Y con la fe, me diste la esperanza
Que lloraba perdida;
Y, con flores de eterna venturanza,
Refloreció mi vida!

Y fué, á tu lado, la existencia mía,
Porque así Dios lo quiso,
Ánfora inagotable de ambrosía,
Terrestre paraíso...

Nadie comprende como yo el tesoro
Que tu almo ser encierra,
Valioso más que las montañas de oro
De tu peruana tierra;

¡De gracia, ingenio y de virtud los dones
Con que Dios te ha colmado,
De todas las humanas perfecciones
Como único dechado!...

Por tantas dichas, por tan dulces bienes
Con que tu amor la inunda,
También en mi alma los tesoros tienes
De gratitud profunda;

Por tan diversas perfecciones altas
Que en ti observo con pasmo,
—Lo sabes bien—mi admiración exaltas,
Mi perpetuo entusiasmo...—

¡Mas el grito por tu alma formulado
En tan supremo instante,
Á tu sublime ser me ha encadenado
Con nudos de diamante!

Que, á esa voz, como á un lampo repentino,
Vi la moral grandeza
Que unida llevas en tu ser divino
Al genio y la belleza;

Y contemplé asombrado tu heroísmo,
Como desde alta cumbre
Se descubre de luz inmenso abismo,
Golfo sin fin de lumbre!...

Y por eso, al recuerdo de aquel día
De tan mortal congoja,
Que aun con el sudor de la agonía
Mi yerta frente moja;

Cuando mi mente, vuelta hacia el pasado,
Las palabras evoca
Que escuché, en ese instante incomparado,
De tu divina boca;

De tu afecto sin límite á la idea,
Con que en el trance adverso
Tu alma, en su sacrificio gigantea,
Dominó al Universo;

¡De tu moral excelsitud sencilla
Al grito heroico y tierno...
Doblo ante ti, Lastenia, la rodilla,
Y absorto me prosterno!

¡Y humilde beso, en religiosa ofrenda,
El polvo que levantas
Al estampar en la terrestre senda
Tus celestiales plantas!

Guayaquil, junio 12 de 1888.

ÍNDICE

ÍNDICE

Biografía y Juicios. I
Poesías dedicadas al Autor. XXXVII

POESÍAS FILOSÓFICAS

Los caballeros del Apocalipsis. 1
Semejanzas. 5
Las ilusiones perdidas 13
Canto de la vida. 19
La edad presente. 34
La naturaleza. 37
Noche de dolor en las montañas. 39
Odisea del Alma 59

POESÍAS PATRIÓTICAS

Canto del porvenir. . . . . ~~99~~ 97
La toma de las islas de Chincha. . . . . ~~109~~ 102
Notas . . . . . ~~144~~ 13
Al corneta del « Huáscar » 147
Himno al centenario del nacimiento de Bolívar. 151
El Diez de Agosto de 1809. 159

POESÍAS JUVENILES

Prologo 169
Á América 173
En la muerte del general Necochea 185
La muerte de Jesús. 193
La bajada de Jesucristo á los infiernos 197
La resurrección. 200
Á un emigrado político 205
Desaliento 208
Estrofas 213
Entusiasmo. 215
Desolación 218
Contra los imitadores. 222
Á mi amiga la insigne artista Catalina Hayes 223
Á***. 231
Á mi hermano Emiliano. 234

POESÍAS DIVERSAS

Dualidad. 243
Soliloquio nocturno. 249
El Chimborazo. 251
Desde mi estancia 252
Al anochecer. 254
Grandeza moral. 257

Paris. — Tip. Garnier Hermanos, 6, rue des Saints-Pères.

1
107-3

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ 8219 L63E8
Llona, Numa Pompilio
La estela de una vida